

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofia y Letras



MANUEL AZANA EN LAS LETRAS ESPAÑOLAS

T E S I S

Que para obtener el Título de
LICENCIADO EN LETRAS Y LITERATURA
HISPANICAS

P r e s e n t a

MANUEL

AZORIN

POCH

17545

09



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A M. B.
aliento y estímulo

INDICE GENERAL

	Pág.
Prólogo	" 1
Nota Biográfica y Semblanza	" 9
Introducción	" 11
La Epoca y el Medio	" 20
Su Generación Literaria; Coincidencias y Disidencias Con el 98	" 49
Su Obra Literaria: a) Artículo; b) Crítica y Ensa- yo; c) Novela; d) Teatro; e) Discursos	" 125
Conclusiones	"
Notas	"
Obras Consultadas	"

P R O L O G O

En el presente trabajo no hemos pretendido hacer un estudio exhaustivo de la producción literaria de Manuel Azaña; sobre la ardua labor - que representaría acometer una empresa de tal magnitud, lo consideraríamos inadecuado si se tiene en cuenta la índole del mismo.

Las muestras tomadas de los distintos géneros literarios que cultivó, nos permitirán alcanzar nuestro propósito, que es el de valorar adecuadamente, junto con el ingenio, otros muchos méritos que caracterizaron al autor a quien nuestro estudio se refiere.

Para la selección de tales muestras, no hemos acudido a aquellas - que generalmente se consideran como las más representativas de nuestro escritor, hemos dejado ello un tanto al azar, por estimar que su producción es, en general, merecedora de ser dada a conocer y por no seguir un campo ya trillado. Otra razón para proceder como lo hacemos ha sido -- las personales preferencias de quien hizo la selección. Sabido es que cuando se trabaja con amor un material, de cualquier índole que este sea, los resultados que se obtienen son de mejor calidad. No pretendemos afirmar con esto que lo sea el nuestro, que la excepción confirma la regla.

Por el respeto y la admiración que sentimos hacia Manuel Azaña, le dedicamos este trabajo, como un modesto tributo a su honrra y valor intelectual.

NOTA BIOGRAFICA

Nace Manuel Azaña Díaz, el diez de enero del año 1881, en Alcalá - de Henares, la Compluto de los romanos, ciudad de fuerte abolengo intelectual en el corazón de Castilla. Fueron sus padres propietarios rurales acomodados, lo mismo que sus cercanos antepasados. Alguno de ellos alternó el cuidado de la hacienda familiar con el estudio de la historia local y el ejercicio de la jurisprudencia. A su padre, Estéban - - Azaña, se debe una Historia de la Ciudad de Alcalá de Henares.

En un corto intervalo de tiempo, menos de un año, cuando es todavía muy niño, pierde a sus padres y es confiado a la tutela de su abuela paterna que cuida de él amorosamente y se ocupa de proporcionarle una esmerada educación. El afecto que esta mujer le prodiga generosamente no basta, sin embargo, para llenar en el niño el vacío que dejaron sus padres y su orfandad prematura va moldeando su carácter retraído y taciturno.

Sus primeros estudios los hace en su pueblo natal, en un colegio de religiosas y más tarde, como becario, ingresa en el Real Colegio de Estudios Superiores, también conocido como Universidad del Escorial, a cargo de frailes agustinos. Allí, cuando cuenta trece años, obtiene con gran aprovechamiento el título de bachiller. Fue, al decir de sus maestros, "alumno excelente y religioso". Tal vez los padres juzgaron religiosidad lo que era realmente introversión y afán de aislamiento.

Se traslada a Zaragoza, posteriormente, para seguir la carrera de derecho, que termina cuando tiene dieciocho años. Ya con el título de abogado pasa a Madrid para cursar las asignaturas del doctorado en leyes en la Universidad Central y tiene como maestro a Francisco Giner de

los Ríos, quien habría de ejercer una influencia decisiva en el joven a lumno.

En Madrid ingresa como pasante en el bufete de un distinguido abogado madrileño, Díaz Cobeña, en donde permanece durante corto espacio - de tiempo. Jurista muy perspicaz y con una sólida preparación, el foro no colma las aspiraciones del joven abogado y finalmente, su falta de - vocación para el ejercicio de la profesión que había seguido, le lleva a abandonarla. De regreso a su solar nativo se dedica a la agricultura y a la explotación de la heredad que sus padres le legaron. Vano inten - to el suyo, acostumbrado a la vida de la capital se siente aprisionado en el estrecho marco lugareño y tras de renunciar a la fortuna que sus padres le legaron en favor de su hermana menor, vuelve de nuevo a Ma - drid.

A su regreso a la capital se presenta a unas oposiciones -ordalías modernas las llama Azaña- convocadas por la Dirección de Registros y No - tarías, en las que obtiene el segundo lugar. Como consecuencia de ello se le nombra Jefe de Negociado en el Ministerio de Gracia y Justicia y aunque cumple con puntualidad y diligencia las obligaciones de su pues - to, no se considera satisfecho. Insatisfacción explicable si se tiene en cuenta que, según sus propias palabras, se consideraba "el hombre me - nos burocrático del mundo". Sumergido en la monotonía de sus activida - des oficinescas, su espíritu inquieto y agudo le impulsa a escribir, a - provechando sus horas libres y como un desahogo ante la función tan o - puesta a su gusto y carácter que estaba obligado a ejercer, un artículo que como parodia del de Vigny, tituló, Grandeza y Servidumbre de los -- Funcionarios.

La "Junta de ampliación de estudios", lo pensiona para que se tras - lade a París, cuando contaba treinta años y en la capital francesa per -

manece durante algún tiempo. Envía crónicas para La Correspondencia de España y la firma con el seudónimo de "Martín Piñol". En estos primeros escritos, se advierte ya su estilo terso y atildado.

Al producirse la primera guerra europea, el gobierno francés lo invita junto con un grupo de españoles distinguidos a visitar los frentes de batalla. En compañía de Luis Bello, Valle Inclán, Américo Castro y otros intelectuales, recorre los campos y trincheras y las impresiones que recoge las traslada a sus lectores en crónicas sustanciosas y llenas de vigor. La simpatía que profesaba a la causa por la que combatían los aliados en su lucha contra los Imperios Centrales era compartida por los liberales españoles de la época y claramente se manifiestan en las crónicas y artículos que envía a la prensa de su país.

Nuevamente en su patria, de regreso de Francia, alterna sus inquietudes literarias con actividades políticas. Ingresó en el Partido Reformista, que acababa de constituirse, fundado por Melquiades Álvarez, ilustre político liberal y figura en la candidatura para diputado a cortes por la provincia de Toledo. El caciquismo imperante en la región le derrotó por dos veces y tal fracaso le hará decir socarronamente: "Tendremos que dedicarnos a escribir". Bien sabía él que ello no sería posible y que tales derrotas, sólo servirían a su firme carácter de acicate para continuar en las lides políticas.

En 1929 contrae matrimonio con Dolores Rivas Cheriff, veintidos años más joven que él, mujer de una gran sensibilidad y que ejerció notable influencia en su vida. "Estatua viva que supo modelar con la fuerza de su amor", al decir de uno de sus biógrafos. (1)

Dedicado plenamente a la acción política, forma parte de un Comité Revolucionario que habría de hacerse cargo del gobierno de su país al

desaparecer la monarquía y para burlar las persecuciones de que se le - hace objeto por tal motivo, se ve obligado a refugiarse en la casa de - su amigo Martín Luis Guzmán, mexicano emigrado en España; posteriormen- te en la Legación de México de la capital española, bajo el amparo del poeta Enrique González Martínez, con quien también le unfa una estrecha amistad.

A la caída de la monarquía se proclama la República, "en concejo - abierto" y "sin romper un cristal", según orgullosamente expresaba el - propio Azaña para expresar la forma incruenta con que tal acontecimien- to de tan gran trascendencia se había producido. En consideración a -- sus antecedentes de hombre que conocía a fondo el problema castrense, - como se desprendía de sus escritos Política Militar de Francia y por es- timarse que era poseedor de un carácter firme y capacidad para resolver en su patria el complicado y espinoso problema militar se le nombra Mi- nistro de la Guerra. Con más voluntad que fortuna acometió empresa tan ardua; se propuso la creación de un ejército republicano que estuviese de acuerdo con las necesidades del nuevo régimen. Entre otras importan- tes reformas, debe señalarse la reducción en un cincuenta por ciento de la oficialidad, de lo que llamó con justicia "un ejército sin pie", refi- riéndose a la frondosidad de mandos en el ejército español. Obtiene u- no de los propósitos que perseguía, el de reducir apreciablemente en el presupuesto la partida destinada a estos fines, aunque desgraciadamente fracasa en otro objetivo de importancia no menor, que el nuevo régimen dispusiera de un instrumento militar de la mayor eficacia y de bien pro- bada lealtad.

En el nuevo régimen republicano, con un escogido grupo de hombres de i- deales afines funda un nuevo partido político, Acción Republicana, que reunió a los hombres más puros del republicanismo español. El nombre -

escogido para bautizar la nueva agrupación, al decir de Araquistáin, está de acuerdo con el temperamento de su fundador que imprime a la política una actividad y dinamismo que no era común en el país.

Unos años más tarde y en atención a la labor que había realizado como Ministro de la Guerra, se le nombra Presidente del Consejo, un paso más en su brillante carrera política. La culminaría después con su ascensión a la Presidencia de la República.

En todos los puestos que desempeñó dejó constancia de su extraordinaria capacidad de acción, pero fue sin lugar a dudas en el Parlamento, en donde su personalidad alcanza su más alta expresión. Extraordinario polemista, en los debates parlamentarios no encuentra rival que se le iguale y los ejercicios dialécticos a los que se entregaba durante sus intervenciones, constituían "el deporte de su preferencia", según afirmaba uno de sus biógrafos.

Su obra parlamentaria fue recogida por él mismo en varios volúmenes y no por prurito de vanidad que de tal defecto no adoleció, sino con el propósito de poder disponer de ellos cuando la ocasión lo requiriese.

Se ha dicho que Azaña fue la revelación de la República. Político oscuro antes del advenimiento del nuevo régimen, fue en este sin duda, la figura más relevante y su grandeza de espíritu y la profunda fe que tenía en la nueva forma de gobierno, aparecen plasmadas en las frases que pronunciara en memorable debate parlamentario: "... no hablo de enemigos porque yo no tengo enemigos en política; hablo del adversario". "Si la República no pudiera vivir con dignidad e independencia, yo me daría de baja en ella".

Para Azaña, bien claramente quedaba expresado en sus palabras, en la nueva forma de gobierno era el factor ético lo que fundamentalmente contaba, muy por encima del meramente político que podía ser lo accidental.

Es hombre maduro en lo que se refiere a su edad, cincuenta y seis años, que su inteligencia maduró precozmente, cuando se inicia la contienda fratricida. La guerra, que comenzó siendo civil, se generaliza posteriormente por la abierta intervención de potencias extranjeras -- y éstas convierten al solar español en campo de experimentación de nuevos armamentos y tácticas guerreras. "Una insurrección contra la inteligencia", al decir de Azaña, cubre de sangre su patria y en los frentes de batalla y en la retaguardia, la guerra, que fue bastante más que una insurrección, adquiere formas de violencia inaudita.

Años tristes y de intensa amargura para el hombre que desde la -- más alta magistratura de su país se ve obligado a presidir la feroz -- contienda. Su voz, hecha para ser escuchada en foros y asambleas cívicas, acostumbrada a la polémica constructiva en discusiones civilizadas, apenas alcanza a escucharse en el fragor de la batalla. En España había sonado la hora de "la dialéctica de las pistolas", como declaraba quien preconizaba tan brutal forma de argumentación y una de las primeras víctimas que la guerra cobró.

Tras la injusta derrota, el destino le deparó "esa muerte anticipada que parece el exilio" (2) el destierro en Francia, la Francia de sus amores que años más tarde, si bien temporalmente para su fortuna, habría de sucumbir también ante el mismo enemigo. En suelo extraño, rodeado de un reducido grupo de familiares y amigos, abrumado por infinita pesadumbre quedó, cercana la muerte que ya le acecha, "dueño al cabo de mis actos y único administrador de mis ideas".

Inútiles resultaron las reiteradas gestiones que llevaron a cabo - sus amigos para trasladarlo a México, su mal crónico recrudecido por -- los quebrantos físicos y espirituales que padeció le hostiga sin cesar. Su cansado corazón es incapaz de soportar el peso de la desgracia que - se abatía sobre España y en la ciudad francesa de Montauban, muere el 4 de noviembre de 1940.

Bien podría figurar como epitafio de su tumba, la frase con que al guien lo definió: "Aunó el impulso quijotesco con la destreza del reali zador".

Una cabeza poderosa sobre anchos hombros remata su cuerpo macizo - de aventajada estatura. En la palidez marfileña de su rostro, dos pun- tos negros tras unos lentes de gruesos cristales, sus ojos; ojos de can- sado mirar que revelan veladas interminables sumidas en la lectura, al incansable lector. Sus ademanes sin garbo, poco airoso y una voz que pareciera no ir de acuerdo con su corpulencia; voz "inadecuada a la gra- vedad de su presencia". (3)

Tosca envoltura bajo la cual se esconde una extraordinaria inteli- gencia vivaz y preclara, un ánimo esforzado y un corazón sensible y gene- roso.

Nada más falso que la soberbia que sus adversarios le atribufan. - Se mostraba sencillo en su trato y jamás cuando hablaba, adoptó el aire doctoral que tan frecuentemente se encontraba en multitud de intelectua- les. En el tono de su voz, dejaba traslucir con frecuencia, "... el de

sengaño de alborotadas ilusiones juveniles, sólo quiere que lo dejen en paz con libros que leer y amigos con quienes conversar". (4)

Hombre de temperamento sensible, no se le podría calificar de sentimental, "... porque se suele decir tal de quienes a falta de inteligencia superior, se muestran afeminados y blandengues, en la expresión de sus afectos".

Un carácter enterizo, un ingenio preclaro y una gran comprensión - hacia sus semejantes, distinguieron a este hombre que en el transcurso de su vida, sin vacilaciones ni temores, se mantuvo fiel a los principios de libertad y justicia social que desde su juventud abrazó.

I N T R O D U C C I O N

La obra literaria de Manuel Azaña no ha sido, a nuestro juicio, debidamente valorada. De lo contrario, nuestro autor ocuparía el lugar - prominente que le corresponde entre los escritores de lengua española.

Motivos de índole muy variada fueron la causa de tan injusto he- - cho; quizá el más importante obedeciera al carácter de su producción, - constituida fundamentalmente por ensayos, críticas y artículos y en proporción menor por lo que pudiera considerarse como "literatura pura".

No estimamos suficiente ni válida esta razón, aceptando que a ella se debiese la escasa atención que se ha prestado a nuestro autor, pues si bien justo es admitir que su producción literaria no fue propiamente abundante, tampoco pudiera decirse escasa, posee sobrados méritos para que figure con pleno derecho entre las prosas más sobresalientes escritas en nuestra lengua.

Un motivo más, de no menor fuerza, existe para que se haya pretendido relegarle al olvido, la activa participación que tuvo Manuel Azaña en la política de su país. El trauma que causó a los españoles la guerra que padecieron durante casi tres años, pudo contribuir también a tan injusto tratamiento. Todavía hoy, aún no restañadas las heridas causadas por la cruel guerra, su nombre despierta el afán persecutorio de -- los vencedores -que no "convencedores"- en la contienda. Unas elocuentes muestras del propósito de ocultación de la obra de Azaña, constituyen, entre otras muchas, el hecho de silenciar su nombre como autor de un prólogo de la novela Pepita Jiménez, de Juan Valera, en su edición - de los Clásicos españoles, así como la tenaz oposición manifestada por las autoridades universitarias al servicio del régimen español, en permitir que se conociera la Memoria que para la obtención de su doctorado

en Leyes, presentó en la Universidad Central de Madrid. Estos extremos, inconcebibles alcanzó la furia persecutoria de quienes detentaban el gobierno de su país.

Decíamos en el prólogo de nuestro trabajo, que el estudio de la obra de Manuel Azaña que nos hemos propuesto realizar, será limitado, ya que la extensión que a él conviene, junto a otras causas, no aconsejarían un propósito más ambicioso.

Por los géneros literarios en que incursionó Azaña, fueron a nuestro juicio la crítica y el ensayo en los que se realizó con mayor holgura y amplitud. Fue también, como se sabe, autor de artículos, teatro y novela, además de excelente orador.

De cada uno de estos géneros en que se manifestó el autor, trataremos más adelante.

I.- LA EPOCA Y EL MEDIO

Si bien su prosapia liberal y la situación que atravesaba su país debieron ejercer sobre Manuel Azaña una acentuada presión que le induciría a participar activamente en la política, con no menor fuerza debió sentir el impulso de seguir su vocación literaria. Su formación cultural y humanística, profunda y sólida, su ininterrumpido trato con escritores clásicos y contemporáneos, adquirido en bibliotecas y centros de cultura que desde su juventud frecuentó, debieron crearle dudas y vacilaciones poderosas en la decisión del camino que debería emprender. Tras de algún pequeño revés sufrido en lo que fueron sus primeras andanzas políticas, dice para su colete: "Tenemos que dedicarnos a escribir". Y en verdad que tal actividad hubiera constituido para él una gratísima ocupación y así lo afirma cuando al referirse a ello dice:

"El primer de ordenarlos, la puntual docilidad de los vocablos viniendo de los últimos desvanes de la memoria a significar la fantasía, se me antojaron virtudes de orden poco menos que sobrenatural". (5)

El noble menester de la escritura queda así bellamente definido -- por Azaña, que páginas más adelante, en El jardín de los frailes, nos confía su devoción por las letras: "Un grande amor intimida. Prefieren que adivinen su reserva". Este amor, que guarda con celo, es descubierta durante su estancia en el internado del Escorial y así, escuetamente, lo confiesa al lector: "Un fraile zañorí adivinó el secreto". (6).

Estas dudas sobre lo que constituía su verdadera vocación y la lucha que libra en su interior para decidir la orientación que debía dar

a su vida, las manifiesta reiteradamente a través de su obra: "Muchas veces he pensado que valgo más para la política que para la literatura", debido al sentido realista que poseía y que el mismo se reconoce; continúa diciendo más adelante: "Es mucho más fácil brillar en política... que en las buenas letras". Por provenir tales palabras de -- quien las profería, hombre que tanto amor y respeto sentía por el ejercicio de la política, tienen las mismas un valor singular.

Triunfó finalmente la política, "su apetito político pudo más que su vocación literaria" declara Moreno Villa (7) y a orientarse por tan espinoso camino, debieron contribuir, a nuestro juicio, poderosos factores: La profesión que había seguido, en primer término, quizá influenciado por el ambiente de su ciudad natal, Alcalá de Henares, romana en su espíritu legista y por presiones familiares, más que por verdadera - vocación hacia el derecho, del que se manifestaba un tanto desdenosamente: "un conjunto de fórmulas huecas".

La profesión de leyes, debe recordarse que en su país constituía - una importante plataforma para despegar a la actividad política, que ya había decidido seguir.

Pero con ser este un motivo apreciable que debió influir en su decisión, la causa principal que inclinó la balanza en favor de la política, fué la angustiosa situación que prevalecía en su país en los años - de juventud de Manuel Azaña, una de las más críticas de su historia. - Vientos de renovación recorrían la Península de extremo a extremo y la aspiración de cambios sustanciales en las viejas estructuras se manifestaba en forma generalizada. De ninguna manera podían sentirse ajenos a tales propósitos y de hecho constituían verdaderos crisoles en los que se fraguaban los instrumentos que habría de utilizarse para propiciar -

la renovación que se pretendía, los medios intelectuales y los centros de cultura. Se consideraba tarea inaplazable el destruir el sistema imperante, caduco e inservible, por aquel que permitiese a España salir - de su anquilosamiento e incorporarse al progreso alcanzado por otras naciones europeas.

Es el momento en que se plantea un problema de carácter nacional, el que se ha llamado la "crisis de la identidad española", nombre con el que se le distinguió por quienes trataron de buscar solución a tan delicada y compleja situación. A ello se aprestaron con animosa decisión, los más esclarecidos valores intelectuales de la época.

Tomada ya una decisión en cuanto al camino que debería seguir, Azaña se entrega totalmente a la acción política. Ha descubierto que esta es su misión y en un artículo que publica en La pluma, en 1920, declara: "De las diferentes vocaciones que pueden ofrecerse en la vida, yo preferiría siempre aquella que más en derecho me llevase a ser con plenitud hombre de mi tiempo". Y en donde mejor que en el campo de la política podría cumplirse la preferencia que manifiesta.

Dos insignes maestros ejercieron sobre el joven Azaña una influencia decisiva, don Manuel Bartolomé Cossío y don Francisco Giner de los Ríos, fundadores de la Institución Libre de Enseñanza y el último de ellos, su profesor en una de las asignaturas de doctorado, en la Universidad Central, "zahurda maloliente" según la califica y que en verdad no constituía una excepción entre los centros universitarios de la época.

De extraordinaria podría calificarse la labor que en beneficio de la enseñanza realizaron en España estas relevantes figuras de la pedagogía moderna y profunda fué la huella que en el campo de la cultura de

su país dejaron a su paso. Como tributo a la memoria del fundador de la Institución, don Francisco Giner de los Rfos, reproduciremos la semblanza que ante la tumba del maestro desaparecido, hiciera Antonio Machado, que se contó entre sus discípulos.

"Como todos los grandes andaluces era don Francisco Giner, la viva antítesis del andaluz de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena. Carecía de vanidades, pero no de orgullo; convencido de ser, desdeñaba aparentar. Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales. Era un místico, pero no contemplativo ni extático sino laborioso y activo. Tenía el alma fundadora de Teresa de Avila y de Iñigo de Loyola; pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y el amor. Toda la España viva, joven y fecunda, acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquel alma tan fuerte y tan pura".

Por lo que tal institución significó para España y la enorme trascendencia que supuso su aparición, creemos necesario detenernos brevemente para ocuparnos de la misma.

Como una protesta contra el gobierno por la arbitraria separación de unos maestros que pretendían introducir en la Universidad nuevas ideas sobre las tradicionales que prevalecían en los centros de enseñan-

za superior de la época, un grupo de estos se alza contra quienes int
tan asfixiar el sentimiento de renovación a que aspiraba un núcleo se--
lecto del profesorado español. En 1876, varios distinguidos maestros,
acometen la empresa de establecer un nuevo centro de enseñanza en don--
de, libre de la tutela oficial y desechando los sistemas educativos que
prevalecían, pudieran instruir a las nuevas generaciones de acuerdo con
métodos modernos y eficientes. Con los nuevos planes de estudio que es
tablece la recién creada institución, de acuerdo con una pedagogía que
se aparta totalmente de la tradicional, trata de despertar en el alumno
su afán de conocimientos mediante una participación activa del mismo, -
mediante prácticas y labores extraescolares; se cuida también de manera
muy especial el aspecto ético en su comportamiento, aspecto este que no
obstante la importancia que reviste en la educación, podía considerarse
descuidado en la generalidad de los centros docentes de la época.

Entre las características más sobresalientes que distinguían a los
"institucionistas", se han señalado, el cerrado espíritu de grupo que -
poseían, su mentalidad universitaria, la devoción por los libros y los
idiomas, la primacía que concedían a la docencia verbal, el puritanismo
y la sobriedad en la conducta, la discreción y el antirretoricismo. Am
pliamente podrían comentarse y aún discutirse estas características que
se consideran propias de los "institucionistas", pero no creemos que es
ta sea la ocasión ni el lugar apropiado para hacerlo.

Es indiscutible que el contacto estrecho que mantuvo Azaña con es-
tos hombres, debió influir poderosamente en su formación. Reformadores
morales, su ejemplo de conducta austera, su rigor intelectual, la negación
a la abulia y al pesimismo, así como la esmerada atención al cuida
do y a la higiene del individuo "cuanto más radical, más limpia la cami-
sa" -sostenía Francisco Giner de los Ríos-, y su comportamiento ético,

dejaron a no dudarlo, un sello perdurable en nuestro autor. En buena -
medida, puede decirse, que la actividad política emprendida por él en -
lo fundamental perseguía propósitos muy similares: Renovación por me--
dio de la educación.

Si como hemos dicho, la Institución contribuye a forjar la persona-
lidad de Azaña, también debe atribuirse al Ateneo de Madrid una parte -
importante en su formación. Mucho deben a este centro de "solera" inte-
lectual, artistas y hombres de ciencia, por la labor en beneficio de la
cultura del país incansable y positiva como ninguna. Fundado en el año
1835 del Ateneo puede decirse que fue "centro difusor y fermentador de
la cultura". En su bien dotada biblioteca, en su tribuna de conferen--
cias y salones, hizo Manuel Azaña sus primeras armas políticas y litera-
rias.

Desde su fundación en el año 1835, el Ateneo de Madrid ejerció una
poderosa influencia en la vida política y cultural de España, ello le -
valió en ocasiones persecuciones y hasta temporales clausuras.

Fueron socios del mismo, personalidades destacadas del medio inte-
lectual, tanto en el campo de la ciencia como en el de la política y --
las letras. Mesonero Romanos y el Duque de Rivas, se contaron entre sus
fundadores; fué Larra su socio número uno y entre otras personalidades
que dieron lustre al Ateneo, merecen recordarse Leopoldo Alas, Menéndez
y Pelayo, Menéndez Pidal, la Pardo Bazán, Cajal, Costa, Rodríguez Marín,
Cossío, Canalejas y Alcalá Galiano.

En sus distintas secciones, tuvieron lugar multitud de actos culturales de gran trascendencia y memorables fueron un gran número de conferencias tanto por sí mismas cuanto por las controversias y debates a -- que dieron origen.

Durante su existencia fué el Ateneo lo que a una institución de tal índole correspondía ser, al decir de Sañz de Robles: "Fragua inextinta, fábrica de explosivos, exposición permanente de audacias, clima propicio tanto para las evoluciones mentales como para las tradiciones ortodoxas renovadas" (8) y añade este autor en el mismo tono un tanto humorístico, pero que encierra una indiscutible verdad, "si de la discusión nace la luz, es indudable que jamás estuvo más iluminada la cultura de los españoles que en el Ateneo de Madrid". (9)

Vivió su época áurea, sigue diciendo Sañz de Robles, entre los años 1894 y 1923, cuando el ambiente que allí prevalecía era "alegre, vociferante, tan sensacionalista como fantástico". (10) Posteriormente, "se convierte en un centro cultural demasiado serio, restringido y circunstancial... más afecto a la política predominante en la calle que a la literatura" (11). Hay que convenir que así fué en efecto. El cambio de actitud que Sañz de Robles observa en el Ateneo y que comenta, no sin cierto tono de desaprobación, no fué sino el producto de la repercusión que en su ámbito tuvieron las manifestaciones de malestar, cada vez más acentuadas, que se producían a lo largo de todo el país. Que fuese precisamente en el Ateneo el lugar en donde pudiera pulsarse con más precisión la voluntad popular de cambios en las estructuras sociales, "la política predominante en la calle"; que ocupase asimismo en el transcurso de su historia un lugar de vanguardia en los movimientos no sólo culturales sino también en los sociopolíticos, constituye a -- nuestro juicio, alto galardón que con legítimo orgullo, puede lucir el

Ateneo de Madrid.

Llegó a ocupar Azaña la presidencia de esta "docta casa", como no sin cierta ironía se llamó al Ateneo y en su salón de conferencias pronunció más de una que fuera memorable y que contribuyeron a dar mayor lustre y prestigio a tan insigne institución. Entre estas merece recordarse la que pronunció con el tema "Alcalá de Henares", en un ciclo organizado por la Sección de literatura, sobre los pueblos y ciudades de España. En emocionada evocación de su ciudad natal. Azaña describe con poético tono, las tierras llanas que circundan Alcalá. Con la emoción que le imprime la lejanía, hace una bella remembranza de su Campo Laudable.

Otra conferencia, "Tres generaciones del Ateneo", pronunciada en 1930, constituye un detallado y fino estudio de las distintas épocas del Ateneo, desde que fue fundado en 1835 a través de las personalidades más destacadas de la política y de las letras, que fueron ilustres miembros de esta institución.

Como nota curiosa, señalaremos la decepción que experimentó Azaña en su primer contacto con el Ateneo. Al referirse a su continente apunta irónicamente: "... que me pareció entrar en un templo sería hipócrita, el recinto lóbrego bastaba para creerme en las catacumbas". Se consuela más tarde cuando afirma: "El contenido al que prestaban gran riqueza intelectual buen número de quienes pertenecían a él, compensaba tan triste continente". Lo ha conquistado el Ateneo.

En lo que se refiere a su formación intelectual y a su personalidad en general, mucho debe Manuel Azaña, como hemos dicho, a la Institución y al Ateneo. A la primera, la afirmación de su carácter, confirmar y orientar un propósito de renovación que intuía y después seña

lar los ancestrales vicios arraigados en la conducta de los españoles, tanto en su obra escrita como desde la tribuna, habrfa de combatir incesantemente; significó también la culminación de una preparación cultural que era sólida en sus fundamentos.

Debe al Ateneo, básicamente, el haber encontrado allí el ámbito adecuado para exponerlas y desarrollar todo el rico bagaje intelectual de que era portador.

II.- SU GENERACION LITERARIA; COINCIDENCIAS Y DISIDENCIAS CON EL 98.

Si bien en una forma somera y antes de introducirnos en lo que constituye el tema de este capítulo, sería conveniente que viésemos que es lo que se entiende por generación literaria y qué características deben observarse en un determinado grupo de escritores para afirmar que pertenecen a una generación.

Weschler, autor alemán que ha tratado de definir el concepto de generación, concede una relativa importancia a la coincidencia en la fecha de natalicio. Lo fundamental para él es lo que llamó el "guellpunkt", es decir la coincidencia en el momento en que unos hombres irrumpen en la vida artística de su país. Algo más señala como condición y es el tiempo que debe transcurrir, para que estos hombres puedan imponerse al espíritu dominante de la época. Da también, como requisito indispensable, la existencia de lo que se ha llamado espíritu de grupo. La afinidad de ideales entre los miembros de la generación, se manifiesta generalmente en la fundación de una revista que sirve de portavoz de tales ideales y que constituye la base y la trinchera desde donde se defienden y atacan a la generación dominante que pretenden desplazar.

Ottokar Lorenz al ocuparse del aspecto cronológico, señala que en un siglo están integradas tres generaciones. Coincide en su apreciación con Ortega y Gasset, para quien la vigencia de una generación es de treinta años. Los quince primeros, dice, son de propagación y los restantes de dominio. Cada generación, continúa Lorenz, tiene su propio lenguaje y su peculiar estilo de vida y al aludir al estilo de vida de que no debe confundirse ello con lo que es simplemente moda. La mutación que promueve una generación nueva, finaliza, se percibe más cla-

ramente en la juventud y escasamente en los hombres maduros, por ser el espíritu de estos menos poroso, menos permeable y sensible a cualquier innovación.

Julius Petersen en Las Generaciones Literarias apunta como un hecho fundamental en toda generación, la comunidad de destino, que implica una comunidad de experiencias y de propósitos. Aunque admite que influye el hecho de la coincidencia en la fecha de natalicio, coincide en ello con Weschler, no estima que este hecho sea indispensable. Como factores importantes que deben concurrir en una generación, señala el de la herencia cultural recogida por quienes constituyen el grupo, la comunidad de elementos educativos, la convivencia entre ellos, la experiencia de la generación y el anquilosamiento de quienes les precedieron y a quienes pretenden derribar. Dos requisitos más son necesarios, tener un guía como mentor del grupo y un lenguaje generacional.

El primero que aplicó el esquema de Petersen fué Jescke, dice F. de la Mora, cuando se refiere precisamente a los noventayochistas.

En los autores citados hemos visto una coincidencia en lo que se refiere a la importancia que confieren a la fecha de nacimiento, pero también están de acuerdo en señalar, como hecho más importante y significativo que debe producirse para que pueda hablarse de generación, el de la homogeneidad de experiencias entre los hombres que la constituyen, el propósito común que sirve de guía a todos ellos, el anquilosamiento de los que le precedieron, el lenguaje utilizado y el guía que atrae y señala el camino, "héroe adorado y totem generador" (12).

Parecería oportuno recordar, a manera de refrescante paréntesis, lo que con el humor cáustico que le caracterizaba y en frase que delataba su poco ejercida profesión, fué "medico de aguas", afirmaba Baroja -

a este respecto y coincidiendo con los autores que hemos citado: "Toda generación resulta desinfectante para aquella que le precede e infecta para la que le sigue". En el caso particular de aquella a la que -- perteneció Don Pío, justo será señalar que la del 98, resultó una "infectación" de consecuencias altamente positivas y provechosas para su país.

Coincidentes, en lo fundamental, los distintos criterios que señalan lo que debe entenderse por generación, trataremos de encontrar cual sería aquella, en la que de acuerdo con su personalidad literaria, deberíamos situar a Manuel Azaña. Intento este un tanto delicado y arduo. El propio Azaña señala lo peligroso de ello cuando dice que todo propósito de clasificación lleva consigo el riesgo de provocar "una mutilación de la realidad". Gran verdad encierra su afirmación si tenemos en cuenta que para hacer penetrar en la "rígida armazón", que toda clasificación supone, es con frecuencia indispensable proceder a lamentables mutilaciones.

Conscientes del riesgo, trataremos de evitarlas al situar a nuestro autor entre aquellos escritores que por personalidad literaria afín, su comunidad de propósitos y similares formas expresivas, pudiera considerarse como "su" generación. Aquellos cuya esfera de motivaciones fuese semejante a la suya. Innecesario será repetir, que procuraremos evitar inferir a nuestro autor cualquier mutilación, por poco sangrienta que ésta pudiera ser.

Nada fácil será la tarea que nos proponemos pues la producción literaria de Manuel Azaña, repetimos, no fue propiamente copiosa y no por que su capacidad productiva fuese limitada, que no lo fué, sino a causa de la limitación impuesta por la plena entrega a la política de su país.

Como en gloriosa época de las letras españolas, pudiera decirse que Azaña alternó el uso de la pluma con el de la espada, la bien templada espada de su verbo elocuente y acerado, siempre puesto al servicio de nobles causas.

Se ha señalado, aunque no haya faltado quien la niegue (13) la existencia de una generación del novecientos. ¿Existió realmente tal generación? ¿Los valores literarios que la caracterizan, la personalidad de los hombres que la integran, serían tan definidos y singulares que permitiesen aceptar su existencia?

Antes de proseguir y en primer término, sería obligado ocuparnos de estos escritores señalados como pertenecientes a ella.

Su aparición en la escena española no se produce en forma imprevista; ya había sido anunciada. La aguda intuición de Unamuno había previsto la llegada de estos hombres, cuya aportación al discurrir por el cauce de las letras se desborda para fecundar generosamente los agostados campos de la cultura de su país. "España está por descubrir y la descubrirán españoles europeizados". A estos escritores y no a otros son a quienes, a juicio nuestro, se refería Unamuno. No es a los del 98, cuyo europeísmo no podría asegurarse que constituye una de sus principales características, a quienes aludía Unamuno en su profética frase.

Como es frecuente, no todos los autores están de acuerdo al nombrar a los hombres a quienes se refería Unamuno, la homogeneidad entre quienes integran una generación nunca es absoluta. Existe, sí, unanimidad en señalar como los más representativos a Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, D'Ors, Gabriel Miró, Díez Canedo, Luis Bello, Salvador de Mada--

riaga, Marañón, Américo Castro, Juan R. Jiménez y a nuestro juicio, el más prominente, por los múltiples valores que su obra posee, Manuel - - Azaña. Entre los poetas, Juan R. Jiménez.

Un denominador común une a estos hombres, diez años aproximadamente, más jóvenes que los del 98, todos ellos son de extracción universitaria y se sienten fuertemente vinculados a la Universidad, por donde todos ellos han pasado y se han formado. Aunque por su origen, por su amplia cultura y poderosa vocación para el ejercicio de las letras, actividad para la que han demostrado estar perfectamente dotados pudiera pensarse que era su destino, en la historia de la cultura de su país la mayoría de ellos, son sin embargo, más conocidos como filósofos, historiadores, pedagogos y políticos, que en el transcurso de sus vidas dedicaron a estos afanes las mejores energías de su inteligencia, que propiamente como literatos.

Se les ha definido no con toda justicia, como más intelectuales -- que los de la generación precedente, con más influencia extranjera y -- "asépticos, deshumanizados, menos asequibles y menos populares" (14)

En este grupo de escritores a quienes une independientemente de la coincidencia cronológica de su natalicio una común experiencia y herencia cultural, un propósito común que todos ellos pretenden alcanzar utilizando análogos medios de expresión, el tema central de la obra realizada, lo que pudiera decirse que constituye el eje de la misma fue "la elaboración de la materia española". Utilizan esta materia para su ejecución y a mejorar la calidad de la misma están fundamentalmente dirigidos sus propósitos.

Un interesante juicio que bien pudiera aplicarse a los hombres del 900, expone Salvador de Madariaga, que se contaba entre estos, no obstan

te no manifestarlo claramente. "El movimiento tendiente a incorporar - el instinto creador de la raza a la cultura nacional, es decir a crear una cultura española verdaderamente digna de este nombre, es más reciente. En cierto modo puede atribuirse a la tendencia humanista de nuestra edad". Pasa más adelante a señalar tres nombres como precursores - de este movimiento, Giner de los Ríos, Menéndez y Pelayo y Pérez Galdós, "símbolos de los aspectos ético, crítico y creador de nuestra cultura - de hoy". (15)

Fuera de los límites de su patria, estos escritores que no podían -ni deseaban- disociar su personalidad literaria de la función política, tratan de encontrar ejemplos utilizables en beneficio de su país. Ampliaron sus estudios en el extranjero, completaron su formación, dirigiendo todo ello a un mismo fin, aunque hacerlo significase abandonar, no - sin un gran esfuerzo, el ejercicio de actividades puramente literarias o filosóficas, para dedicarse a la producción de una prosa de profundo contenido social y humanístico.

Son esencialmente humanistas, veamos lo que piensa Azaña del hombre, considerándolo tal como es, como un complejo de emociones opuestas y encontradas, cuando rebate a Taine que en la descripción que hace del hombre se olvida de la persona para disertar del tipo: "La cinta fugitiva y brillante de la conciencia personal donde tantos hilos se urden, es cada vez más delicada, más sensible, más difícil de reducir a una -- forma escueta... Excluir de ella cualquier rasgo es una mutilación preñada de inexactitudes y de injusticias. (16)

Con su obra contribuyeron poderosamente a elevar la cultura y el - pensamiento político, una de sus más importantes manifestaciones, en -- los momentos que padecía el país una peligrosa y profunda atonía. Gra-

cias a ellos se produce un cambio en el concepto que prevalecía en la España de su época en cuanto a la incompatibilidad existente entre el ejercicio de la inteligencia y el de la actividad política. Oigamos lo que "Azorín" opina: "... salvo alguna excepción, los políticos no estudian la historia. A los políticos no les importa nada la historia de su patria. La patria no existe para los políticos. Ni existe para los políticos la patria, ni existen los factores más poderosos que han formado la patria, las letras y las ciencias ... Nunca ha habido en nuestra patria tan honda separación entre la política y la inteligencia. La política es un desierto; un desierto de ideas y sentimientos. No se sabe la historia y así ocurre que sin saber la historia, sin conocer la historia de España, un político frecuentemente, gira en torno de los grandes problemas sin tener una idea aproximada de su importancia. Duda, vacila, va, viene, torna a dudar... O bien, en vez de vacilar, se lanza a la más terrible decisión, sin comprender que esa resolución extrema ha sido ya antiguamente expiada con dolor en la historia. (17)

Mediante su actuación en el campo de la política, imprimen a esta un tono elevado, de gran categoría, que por desusado resultaba sorprendente. Muchos años habían pasado desde que el ejercicio de la política se practicaba de muy distinta forma a la que prevalecía en la época. Alfonso Reyes, en su Tertulia en Madrid, se hace eco del ambiente que se respiraba y con fina ironía que no desmiente su estirpe mexicana, exclama: "¡Oh que ingrata palabra! ¡Que desacreditada en España y en todo el mundo! ¡Que maldición semántica!". Más adelante abandona Reyes el tono que en un principio adoptó y continúa ahora ya con toda seriedad y plenamente identificado con los intelectuales españoles, sus colegas y amigos con quienes convivió durante su larga permanencia en España: "¿Tiene algo mejor que hacer el hombre -como profesión, como ca-

rrera- que dedicarse a resolver, en la medida de su capacidad, la magna cuestión de la convivencia del hombre entre los hombres? Nada más cabal hay que la política". (18)

Valioso es también el favorable testimonio de Gregorio Marañón, -- con respecto a la intervención de los intelectuales, a quienes califica de "parte de la conciencia de su patria", en la política. Considera esta actividad "un deber auténtico". Cuanto más intelectual menos político, era la opinión generalizada. Pudiera afirmarse que, con muy pocas excepciones, todos los escritores de esta generación se sienten y manifiestan orgullosamente políticos, en la mejor y más alta acepción del término. Constituye la sensibilidad política, dirá Azaña, "el punto -- más alto de la cultura personal". Irrebatible afirmación que nadie osaría discutir.

Con la actitud intervencionista que toman, estos escritores, responden a las muy justificadas quejas de "Azorín", por la disociación que -- observaba en su país entre los que ejercían la política y los intelectuales.

Favorable a la participación en la política de los intelectuales, a quienes califica de "parte de la conciencia de su patria", es el testimonio de Gregorio Marañón, valioso por provenir de quien proviene. -- Considera que para el intelectual constituye "un deber auténtico", la -- participación en el campo político y que por su condición están más obligados que nadie, a practicar "la crítica, imparcial o apasionada de lo que sucede en su país". Son ellos quienes representan, termina afirmando, "no la conciencia actual sino la histórica". (19)

Los novecentistas hacen irrupción en el escenario español, con un decidido propósito de actuar dinámicamente. No son contemplativos; le-

jos de ellos el afán de pontificar desde un confortable diván de cualquier café madrileño, para lanzar ardientes invectivas contra los males que aquejaban a la sociedad. Desde los altos puestos que ocupaban muchos de ellos en la docencia, por méritos propios, utilizando el periódico o la tribuna pública, el salón de conferencias o el tablado a la intemperie, cuando se requería, se aprestan a combatir por alcanzar la meta que para ellos constituye su aspiración primordial: "Ser lengua y manos para la construcción de una nueva España", como con certera expresión ha dicho un crítico de este grupo de escritores. Con su participación activa en la política, desmiente el concepto barojiano: "Para mí un político es un retórico".

En la conducta que observan no solamente en su vida pública sino también en la privada, podían tomar buen ejemplo sus conciudadanos. Ni un gesto desmesurado, ni el menor atisbo de pintoresca bohemia se advierte en ellos. "Azaña y sus amigos, graves y recatados" dice el poeta Alberti. (20) Si bien no llegan a identificarse totalmente con el rígido puritanismo de la Institución, se sienten fuertemente vinculados a las normas éticas que la caracterizan.

En su expresión literaria se muestran contrarios a todo retoricismo, van "al grano" y por ello mismo, por la forma recia y sincera con que se manifiestan en su vida y en su obra, podría justificadamente considerárseles como clásicos de nuestras letras.

Fundan una revista, Realidad, que no llega a alcanzar larga vida. El nombre, por sí mismo, resulta altamente revelador de lo que pretenden los escritores con esta publicación a la que pudiera considerarse como su tribuna generacional.

No faltaron quienes, movidos a nuestro juicio por razones más de -

carácter personal que de otra índole, arremetiesen contra los hombres - del novecientos, con críticas que, por injustas, carecieron realmente - de valor. Tal fué el caso de Gómez de la Serna, a quien citamos por -- ser el más renombrado de sus detractores. Cita a Azaña, Díez Canedo y Bello, entre otros asistentes a la tertulia del Café Regina y comienza por lamentarse del "ambiente desolador" que allí se respiraba, para de saprobar a continuación, con cierta amargura, que jamás pudo escuchar entre los contertulios "la polémica del Madrid castizo". (21) Pecado este sin absolución posible por cuanto irremediablemente les llevaría a precipitarse en las profundidades en las que finalmente cayeron: -- "... perdieron el sentido de la tradicionalidad de España". (22)

No será preciso extendernos en largas consideraciones para demostrar el hondo abismo que existía entre lo que para los novecentistas - significaba el concepto tradicional y la opinión que sobre el mismo tenía Gómez de la Serna.

Antes de cerrar este comentario, no podemos ocultar una duda que nos asalta. ¿Hemos interpretado acertadamente las palabras de Gómez - de la Serna? ¿Ha pretendido con las mismas condenar realmente a los - hombres del novecientos por su actitud ante España o ha tratado simplemente de sorprendernos una vez más con este juicio, quien fué maestro en la práctica de deslumbrantes pirotécnicas y piruetas literarias?

Vistos, en términos muy generales aquellos aspectos que pudieran constituir los rasgos principales que caracterizan la obra de los escritores novecentistas, será oportuno plantear nuevamente la cuestión a -- que anteriormente aludimos, de si estos escritores constituyen propiamente una nueva generación literaria o sería más justo considerárseles como unos continuadores de la del 98. Si efectivamente forman una gene

ración distinta a la que les precedió o se limitan gracias a sus nuevas y ricas aportaciones a hacer "casi" una realidad de los propósitos que perseguían los hombres del 98.

Para tratar de dilucidar esta cuestión, sería conveniente observar previamente, cuales han sido los puntos de coincidencia y cuales aquellos en que disienten ambos grupos.

Como un indicio de lo que pudiera constituir una continuidad entre una y otra, merece la pena señalar en primer término, que "la brecha generacional" tan profundamente acusada entre los del 98 y los que le preceden, apenas se observa entre los novecentistas y los del 98. Esto podría constituir, quizá, un argumento sobre la continuidad a que hacemos mención.

Numerosas son tanto las coincidencias como las diferencias que podrían señalarse entre ambas generaciones, pero nos atreveríamos a afirmar que son más numerosas y significativas las primeras que las últimas. Es mucho más lo que les une que lo que los separa. ¿Cuales son unas y cuales las otras? ¿Que puntos de contacto pueden advertirse entre los hombres de tales generaciones y cuales son aquellos que los separan?

Sería indispensable, como cuestión previa, recordar, entre sus principales características, cuales han sido las que se han considerado como más específicas, más representativas, más definidoras de la generación del 98, cuyos representantes indiscutidos fueron Azorín, quien confirmó el bautismo que aplicara Maura a este grupo de escritores, Baroja, Valle Inclán y Maeztu y en la que se ha incluido también a Antonio Machado, Unamuno y Benavente, además de otros de menos renombre.

Quienes han estudiado la generación del 98 y han sido muchos, Azorín entre otros, han coincidido en señalar como característica común de

todos los que la integran, la preocupación por España. "Azorín" lo declara en estas palabras:

"Ha existido siempre entre nosotros una aspiración reconstructiva, basada en la crítica más o menos áspera, más o menos vidente de nuestras cosas y de nuestras corruptelas; pueden servir como jalones para trazar la ruta de nuestra crítica social a través de los siglos, los nombres de Saa vedra Fajardo, Gracián, Cadalso, Cabarrús, Jovellanos, - Larra ..." (23)

Esta preocupación por España, que tiene antecedentes en los escritores que señala "Azorín", constituye el denominador común de los escritores de la Generación del Desastre, como fue bautizada por un notable político de la época, Antonio Maura, aludiendo así a lo que constituyó la chispa que hizo estallar el malestar existente por la pérdida de las últimas colonias españolas de ultramar, Cuba y Filipinas, y que fue una consecuencia de la ineptitud mostrada por los gobiernos que el país padecía de mucho tiempo atrás. Pudiera decirse que tan lamentable situación, que venía arrastrándose desde casi tres siglos atrás, se iba agravando y discurriendo peligrosamente por una pendiente cada vez más pronunciada cuyo final no era difícil predecir, especialmente para los hombres del 98, agudos y perspicaces, que constituían la vanguardia del pensamiento de su país.

Como precursores del movimiento noventayochista, se ha señalado y con justa razón a otros hombres que con fino espíritu crítico y mente despierta, habían señalado y denunciado valerosamente los males que aquejaban a la sociedad de su tiempo. Son estos escritores, Larra el más cercano a ellos en el tiempo, a quienes los propios componentes de

la generación del 98 han reconocido como precursores suyos; al igual -- que ellos señalaban nuevos rumbos a tomar para superar vicios y defec-- tos muy arraigados, pesado lastre que impedía un resurgimiento de su pa-- tria.

La culminación de la decadencia que se había iniciado en el país - desde varias centurias atrás, induce a los escritores del 98 a realizar un profundo examen de conciencia, prelude de lo que Salinas llamó la - "confesión patética"; confesión que hacen pública y desgarradamente. - Resultaba imposible tolerar por más tiempo tal estado de cosas y consti-- tuía una tarea impostergable encontrar un remedio a tan lamentable si-- tuación. Se entregan afanosamente a investigar el origen de los males que se abatían sobre su infortunado país, a conocer su pasado y descu-- brir su destino histórico, como una condición previa para hallar la so-- lución adecuada.

Refiriéndose a esta aspiración, diría Maeztu, que su deseo era ha-- cer "una España más bella, más rica y más grande" y para alcanzarlo, -- los del 98, empleando una frase de este escritor, luchan "heroicamente con el fecundo heroísmo de la paz". Podía advertirse ya en estas fra-- ses de Maeztu, el proceso ideológico degenerativo que comenzaba a inva-- dirle. Su amor por España hace crisis y lo lleva a adoptar finalmente la posición de enfermizo y trasnochado nacionalismo que determinaría su muerte violenta.

Como primera providencia, los del 98 quieren hallar la raíz más -- real de lo hispánico y después de ello, tras cubrir otras etapas, lle-- gar a la meta, la regeneración del hombre español.

Este propósito despierta en ellos una inextinguible sed de investi-- gar, de ahondar en la búsqueda de remedios y soluciones. Sumidos en es

ta tarea se les ve ensimismados, preocupados y tristes y como consecuencia de ello sufren la burla de gentes mezquinas que les zahieren y ridiculizan. Nada puede detenerles en su lucha contra la ignorancia y lo rutinario. Estos escritores de "clara pupila y abierta sensibilidad", de acuerdo con la descripción de "Azorín", cuyo agudo espíritu crítico constituye quizá, una de las principales características que los diferencia de las generaciones anteriores, representadas por Valera, Pereda y Galdós, generaciones realistas del 68 y del 74, se manifiestan rebeldes, inconformes e insatisfechos con la realidad inmediata que consideran, justificadamente, discutible y desdeñable.

Gómez de la Serna, al referirse a los del 98, a quienes moteja de "solos, inoportunos e impolíticos", dice que "viven en contra" (24) y Moreno Villa los señala como los introductores de la discordia en la vida española de la época, quienes "con fundamentos filosóficos ejercían la crítica". Esta "bendita" discordia "hermana o hija de la crítica" (25) que llegó para terminar con el tono frívolo e intrascendente que utilizaban ciertos escritores de la época, que no pasarían a la historia, adoptado quizá deliberadamente con el propósito de rehuír, de no comprometerse y escapar de los problemas que afrontaba su país y que los hombres del 98 encaran con ánimo valeroso tratando de encontrar su solución.

Se ha dicho que son los escritores del 98 los que infunden seriedad a la vida española. Abordan temas morales y filosóficos y a tal fin utilizan el ensayo y el artículo periodístico, formas que eran sin duda las que mejor se prestaban para la exposición de tales temas. Con la aparición de estos escritores pudiera decirse que aparece también el término "ensayo", en la vida literaria de su país y con ellos prolifera y alcanza gran jerarquía.

Por el interés que tiene el mencionado género, el "ensayo", conveniente será detenerse, así sea brevemente, para tratar del mismo. Díez Canedo (26), después de apuntar las dificultades que ofrece su definición, dice de él que constituye "un genero fronterizo con todos los demás, un voto particular en todo tema especulativo"; continúa diciendo - que "todas las formas le son asequibles, aún el verso" y que contrariamente a la opinión que a muchos les merecía, "no son la inconsistencia y la levedad, condiciones esenciales suyas". Como cualquier otro género literario, el ensayo podía ser utilizado para exponer trivialidades sin ningún mérito, pero también -y hay buena prueba de ello- existen numerosos sumamente valiosos.

Con esta afirmación, Díez Canedo parece responder a Salinas (27) - que considera de un limitado rigor intelectual al ensayo español, siendo esta la condición fundamental que debe poseer. Dice que en su mayor parte no son sino "poesía de las ideas. Un pensar encendido y poético". A nuestro juicio, tan respetable autor quiso aquí hacer una frase ingeniosa, que resultó más ingeniosa que afortunada. Si bien los hay, sin duda, superficiales, existen numerosos que poseen valores externos e internos, de primer orden.

Fernández de la Mora atribuye la predilección que sienten por el ensayo los del 98 a "la doble motivación que tiene para ellos la lucha por el estilo, la estética y la lógica".(28) Triple serían en este caso, más que doble, los motivos que acertadamente señala este crítico, para explicar el porqué estos hombres hicieron del ensayo uno de sus vehículos preferidos para manifestarse.

Sabido es que los noventayochistas, conceden en general más importancia al factor ético que al estético, sin que con esto queramos decir

que desdeñaron este último. Con el agudo espíritu crítico que les caracteriza, analizan el tipo psicológico del hombre español. A ellos se debe el introducir en las letras de su país, la curiosidad, que alguien calificó certeramente del "instrumento original y eterno de la civilización". (29)

Se ha considerado que la aportación de estos hombres junto con la pedagogía krausista, fueron los hontanares de la República en su patria.

Los hombres de esta generación manifiestan un común rechazo al positivismo, a la novela naturalista, a la poesía tradicional y al drama neorromántico. Como consecuencia de ello, atacan despiadadamente a Campoamor y a Echegaray, al primero por su sentimentalismo "subversivo" y al segundo por la ausencia de arranques generosos en su obra teatral, que consideran el símbolo perdurable de toda una época de trivialidad y de chabacanería en la historia de España, emblema de "vulgaridad literaria" y "síntesis de una época que desaparece".

En lo que se refiere al estilo que utilizan, todos ellos muestran un antirretoricismo radical, que expresan en una frase que constituye un lema: "Torcer el cuello a la retórica", en clara alusión a los modernistas, cuya producción eminentemente esteticista podía calificarse de hueco contenido. Aborrecen la hinchazón y la aridez de que adolecen los literatos del siglo XVII y arremeten contra la propensión barroca, muy en boga en la literatura española; gusto bastante extendido del que también Ortega y Gasset se lamenta con estas palabras: "Nuestra literatura... patentiza el desequilibrio entre lo poco y vago que tiene que decir y la ampulosidad y la gesticulación con que lo dice". No era posible condenar en forma más acertada, si bien un tanto cruel, la situa-

ción de las letras españolas en tal época.

Constituye también una característica común en los del 98, en lo que se refiere a sus gustos literarios la falta de devoción a "lo gongorino", la poca simpatía que muestran por Lope y por Calderón, actitud debida a la dramaturgia un tanto artificiosa que uno y otro utilizan en su teatro y al exceso de palabrería. "No han leído ni a Calderón ni a Lope", dice un crítico queriendo significar el desapego que hacia ellos muestran por los citados motivos. Una similar actitud adoptan hacia Moreto, Rojas y Tirso de Molina, cuya obra dramática califican como vacía de observación, carente de realismo y de poesía. Dicen, no sin gracia, de los personajes de sus obras, que "son gentes que hablan de honor y a cada paso y a cada paso cometen mil villanías". Tan exagerada afirmación, no puede producirnos extrañeza, si consideramos que los escritores del 98 caían con frecuencia, por sus apasionados juicios, en posiciones injustas por desmesuradas.

Vuelven sus ojos hacia los primitivos, en cuyas creaciones encuentran una espléndida lozanía pura y auténtica. "El arte de ayer le parece viejo y busca el arte de anteayer, tienen vergüenza de sus padres y echan de menos a sus remotos abuelos", dice Gómez de la Serna al referirse a uno de los escritores más representativos del noventa y ocho. -- (30) Por la sensibilidad nueva que en la misma descubren, coinciden en afirmar que su producción es "algo salvable y digno".

En cuanto a Cervantes el valor primordial que le reconocen es el de su originalidad. Este es, para ellos, su principal mérito que supera el de haber sido el creador Don Quijote, cuya paternidad engrandece al autor, dicen y permite pasar por alto ciertos pecadillos literarios que descubren en el resto de su obra. Baroja lo califica de "espíritu

poco simpático" (31); los motivos, más adelante nos lo dirá, "haber pactado con el enemigo", que son para Baroja la aristocracia, la iglesia y el poder. No basta ello y agrava Cervantes su actitud, cuando "lo disimula filosóficamente". Continúa Baroja en su requisitoris contra Cervantes, "... a pesar de su amor por el Renacimiento, me parece vulgar y pedestre; pero está sobre todos sus contemporáneos por el acierto de una invención, la de don Quijote y Sancho que es en literatura lo que el -- descubrimiento de Newton es en física". No deja de ser curiosa la comparación, si se tiene en cuenta el aparente desdén que los noventa y ochistas mostraron generalmente por los descubrimientos de la ciencia. Sin duda quiso aquí don Pío rendir un gran favor al descubridor de la Ley -- de la gravedad, al reconocerle, aunque en distintos campos, méritos comparables a los de Cervantes.

De esta obra maestra de Cervantes, nos parece oportuno recordar lo que para Vossler significa. Es, dice, el ilustre hispanista alemán, la "obra de arte europea o más bien humana, por su intención, por su significado y sentido, su efecto y contenido eterno". Encuentra Vossler en la obra, como aquello que constituye propiamente lo español, el escenario en que se desarrolla la acción ya que el personaje desborda los límites nacionales y se convierte en figura universal. Gran verdad encierra esta afirmación y no menor satisfacción debe producirnos el que la creación de este personaje tuviese lugar en el ámbito hispánico por obra y gracia de una de sus más ilustres plumas.

Este escenario a que alude Vossler como el que tomó Cervantes para mover en él a sus personajes, Castilla, ha sido tema importante del que, con mayor o menor extensión, se han ocupado los escritores del 98 en general. Hasta tal punto ha sido manifiesta esta preocupación, que se -- llegó a decir de tal región española, que es un "invento" de los noventa y ochistas.

tayochistas. No se debe al azar ni a inexplicables circunstancias su -
castellanidad profunda" (32), la fuerte atracción que sobre ellos ejer-
cfa la tierra castellana, su "paisaje concreto", austero e ilimitado, -
carente de frondosidades y exhuberancias, tenfa forzosamente que atra--
erlos, constitufa una representación, pudiera decirse, de muchas de sus
aspiraciones. "Todo paisaje es un estado del alma", ha dicho Zamora Vi-
cente y continúa "... la amargura presente del momento histórico les --
lleva a buscar un paisaje concreto, un paisaje en que se reconozca un -
correlato justo, un horizonte que represente de alguna manera el actual
dolor"(33).

Para cerrar este capítulo, recordaremos la definición que hizo de
la generación del 98 Fernández de la Mora. La califica de "insólita --
primavera literaria" y en verdad es acertada tal calificación, que una -
verdadera primavera fue para las letras españolas la vivificante apari-
ción de estos escritores, no sin el acompañamiento de ciertas ronchas y
"sarampiones", manifestaciones propias de tan apetecible estación. Pe-
ro no fue únicamente el campo de la literatura, al que parece querer re-
ducirlo este crítico, el que se benefició con la aportación de los no--
ventayochistas. El sacudimiento que provocaron en la conciencia de sus
conciudadanos, el brote de nuevas esperanzas que supieron despertar, des-
bordaron generosamente el reducido límite de las letras.

Gómez de la Serna hace gala de su singular sentido del humor y ca-
lifica con justeza a esta generación, tomando para ello a sus más repre-
sentativos exponentes: "Azorín, Baroja y Valle Inclán, suponen la anti-
toxina de un suero trivalente, el primero contra la realidad chabacana,
Baroja contra la cursilerfa prolija y Valle contra la poesía y la mala
prosa". (34)

Señaladas ya, si bien un tanto superficialmente, las que se consideran como las características más originales de la generación del 98, veremos a continuación, cuales son aquellas que son comunes con los novecentistas.

En los hombres que pertenecen a una y otra, se advierte una atención vigilante por cuanto les rodea; expectantes y curiosos aplican su espíritu crítico a un fin común, a un mismo propósito que es una amplia y profunda renovación de la cultura de su país y su preocupación fundamental, sobre cualquier otra, se puede resumir en una: España.

En el aspecto de sus preferencias literarias, comunes son también en unos y otros, sus gustos y antipatías. Despojándolo de ocultas intenciones, rinden merecido culto al inmortal libro de Cervantes; al resto de sus obras les conceden valores discutibles.

Podríamos decir que en lo fundamental, ambos grupos de escritores, noventayochistas y novecentistas, coinciden. No sería posible, ni deseable, la existencia de una perfecta uniformidad entre ambos. Señaladas ya sus coincidencias, será conveniente observar que es lo que los diferencia, lo que separa a unos de otros.

Cuando aparecen en escena estos hombres "adustos y ensimismados", como definió alguien a los del 98, encuentran su país en una situación caótica. Tan desconsolador panorama despierta en sus conciencias un irrefrenable deseo de corregir esta situación y consideran que para ello sería indispensable llevar a cabo una renovación profunda y radical. Piensan que es necesario cambiar no sólo las cosas sino también a las gentes y ante la magnitud de la empresa que deben acometer, concluyen que es necesario, como primera providencia, destruir todo, desde su raíz misma.

La actitud destructiva que adoptan, les hace caer en un pesimismo tan negativo y profundo, que termina por conducirlos a una posición de un rabioso nihilismo que es también una consecuencia de un espíritu crítico exagerado que los induce a una "desgana total" (35). Como una muestra bien elocuente de ello, recordaremos el título de una obra de "Azorín" en la que fija su posición, Contra esto y aquello y por si alguien abrigase alguna duda sobre lo que estos escritores pretendían, Baroja, expresando una opinión que es también la de sus compañeros, hace esta tremenda declaración: "Otros vendrán que edifiquen. Después de todo, si no quieren edificar, a nosotros nos tiene sin cuidado".

Si tratásemos de encontrar una justificación a esta actitud, que llevada a extremos tales pudiera calificarse como negativa, la hallaríamos quizá, si pensamos que ante lo ingente de la tarea que se habían propuesto, el desánimo podría dictarles ciertos exabruptos. Lejana la meta, espinoso el camino, lleno de dificultades, acentuado por un ambiente de escasa madurez y poco propicio para desenvolverse, con unos limitados medios para remediar la situación que imperaba. La reacción que debieron sufrir finalmente ante ello es la de encerrarse en su "torre de marfil", para predicar desde allí la destrucción, se diría que por el placer de ella misma y dan rienda suelta a manifestaciones que son "más disolventes que cristalizadoras", más demolidoras que constructivas. Tal actitud de "no dar la batalla" y de encerrarse en su limitado círculo, sin querer comprometerse, les lleva finalmente a caer en una posición elitista que termina por marginarlos. La actitud de nihilismo extremado que ellos asumen y que no deja de tener cierto tufillo de insinceridad, está influenciado por Nietzsche, de quien al decir de alguno de los críticos de esta generación, heredaron estos escritores actitudes y posiciones frente a ciertos temas como la predilección por

el superhombre, el cristianismo, la estética y la sociología.

La exteriorización de la actitud de inconformidad ante la situación que prevalecía, que caracterizaba a los escritores del 98, no se limitó al ámbito nacional, traspasó las fronteras de España y sonó con fuerza en países vecinos, especialmente en Francia. Invitado por la Sorbona a pronunciar unas conferencias, Pío Baroja aprovecha la tribuna de tan ay gusto recinto, para señalar los graves males que aquejaban a su patria y las causas a que se debían estos.

La respuesta a lo que para algunos constituía una osadía intolerable no se hace esperar. Julio Casares, ensayista y crítico, entre otros, vocero de quienes por su formación conservadora y tradicional, -- mantenían una posición opuesta a los noventayochistas, replica de inmediato a Baroja con una reprimenda en donde la ponderación y el espíritu de comprensión de que quiere hacer gala, apenas logra disimular la indignación que le posee: "Yo no he creído nunca en la eficacia de esa crítica social deprimente, que sólo halla inspiración para proclamar -- con trágicos acentos la ineptitud de los de arriba, la incultura de los de abajo, la cobardía colectiva, la decadencia de la raza, etc. Concedo, sin embargo, que en algún caso las censuras y apóstrofes de un escritor, dirigidas a sus compatriotas, puedan tener la acción revulsiva del sinapismo, por lo menos en la intención de quien así procede. Ahora bien ¿cabe algo más fuera de lugar, más indiscreto y... menos plausible que ir a exponer las lacras nacionales, verdaderas o fingidas, ante la indiferencia egoísta de un auditorio exótico?". (36)

Triste actitud la que asume el señor Casares. Su posición de un patriotismo exacerbado y lamentable, le lleva a increpar a Baroja por haberse atrevido a exponer las "lacras españolas", suponiendo que pudie

ran existir, fuera de su país. ¿Como permitir la exhibición de tales -
horrores ante un "auditorio exótico" y que por añadidura, tremendo agra
vante, era francés?.

Los detractores de quienes pertenecieron a esta generación, que --
tambien los hubo como hemos podido ver, han calificado de limitada su -
formación cultural, de autodidactas y de vivir de espaldas a la Univer-
sidad. Dicen de ellos, que carecen de una formación sólida y rigurosa,
que desconocen la especialización y son poco científicos y ajenos al sa-
ber europeo. Si se interesan por el derecho y la historia, dicen, lo -
hacen con insuficientes bases científicas. Están influenciados por leg
turas irregularmente seleccionadas, "dispersas e inconexas" y los
conocimientos que adquieren provienen de tales lecturas y no de métodos
científicos o investigaciones sociológicas; se guían por observaciones
subjetivas que los llevan "al lirismo y a la ensoñación".(37)

En juicio ciertamente injusto y cruel por lo muy exagerado y par--
cial, Fernández Almagro resume su opinión: "Pese a sus lecturas sabían
poco".

Les critican tambien cierta dosis de aldeanismo que creen advertir
en la mayoría de ellos, no obstante haberse formado en Madrid y discul-
pan esta actitud diciendo que en su escenario mental España ocupa tanto
lugar que apenas pueden adivinar el mundo transpirenaico, el nivel euro
peo.

La buena dosis de "dilettentismo" que muchos de estos escritores -
les atribuyen, no sería otra cosa que una consecuencia de lo anterior,
lo mismo que la actitud que adoptan de "niños terribles". Sus actitu--
des, que jamás traspasaron los límites verbales, son originados por un
afán de sorprender, de "épater le bourgeois".

Justo es el reproche que les hacen de que "nunca muerden en la acción" y que en el orden político su obra quedó inédita, lo que pudiera traducirse en un íntimo reconocimiento de su impotencia en unos espíritus de escasa fortaleza. Para Ortega y Gasset esta carencia de optimismo, esta ausencia de confianza deben atribuirse, escribe en artículo para "El Faro", a que "las lecciones de la adversidad, moderaron en ellos las posibles exaltaciones de la fe juvenil", aunque en su defensa, el pesimismo que manifiestan pudiera considerarse como una "vivencia de lo real y de lo imaginario". (38)

Evidentemente quienes en forma tal se producían difícilmente podrían ser los que transmitiesen ánimo y esperanza a sus conciudadanos. Estos jóvenes, prematuramente envejecidos, carecían de los indispensables elementos para promover la acción fecunda que los tiempos requerían.

Se les ha criticado también cierto cosmopolitismo, superficial y epidérmico, que se manifiesta en la adopción de términos extranjeros en algunas de sus obras, en los lugares en que sitúan las mismas y en introducir en sus usos e indumentaria administrativos extranjerizantes.

Duramente y esta característica del 98 es la que se ha atacado con más rudeza, ha sido su exagerado egotismo. Ciertamente en sus manifestaciones adoptan un aire de suficiencia, un tono profesoral, que forzadamente despierta desconfianza y recelo. Para Azaña los móviles principales de los del 98, fueron la egolatría y el exhibicionismo, juicio un tanto apasionado en el que muestra la poca simpatía que, en lo que atañe a su conducta, quizá más que a otra cosa, despertaban en él estos escrutadores.

Fernández de la Mora coincide con la apreciación que hace Azaña y

dice que "su desenfadado amor propio estrechó el campo de su preocupación hasta acentuar su "yoísmo" de un modo abusivo y absorbente". Y Gu tiérrez Solana, también perteneciente a esta generación, más conocido - como pintor, que lo fué de grandes méritos, que como escritor, en el -- prólogo de su Madrid Callejero, dice de sus compañeros que fueron "hombres de acción y de presa, capaces de todo... que concluyeron por divagar de la manera más lamentable"; estos ataques injustos por exagerados, están inspirados con frecuencia por diferencias de tipo ideológico. Na die osarfa, en justicia, atacar a quienes tan extraordinario servicio - prestaron a su país. Su inconformidad con las estructuras sociales y - políticas de su país, la manifiestan por el cauce de la literatura, que es el suyo, y el grito de alarma que lanzaron, potente y desgarrador, i nunda el ámbito nacional y sacude las conciencias escépticas y aletargadas de sus conciudadanos. Grande debe ser por ello la gratitud a que - se hicieron acreedores.

Reconocidos sus merecimientos y después de la gratitud que por la obra que realizaron se les debe, habremos de analizar objetivamente las acusaciones que se lanzaron contra ellos y admitiendo que son por apasionadas poco objetivas, forzoso será reconocer que en algunas de ellas puede encontrarse un fondo de verdad.

Si bien es absolutamente cierto que todos ellos se afanaron por ad quirir una vasta cultura, obtuvieron ésta a través de múltiples lecturas, fueron pues sus conocimientos, más "librescos" que producto de un contacto directo con las cosas y las gentes; tales conocimientos quizá fueron también superiores en extensión más que en profundidad y no les permitió especializaciones que por otro lado tampoco, les interesaban y quizá desdeñaban. Es obligado reconocer también el inmoderado sentido de autovaloración de que todos ellos hacían gala, actitud esta que les

mantenfa un tanto lejanos y desalentaban las tentativas de acercamiento de quienes pretendían hacerlo. Como un aspecto de este generalizado de fecho del que adolecen los del 98, se les ha tildado de "snobismo".

No es fácil perdonarles su actitud con la excepción valiosísima de Antonio Machado, que supo fundirse con su pueblo y compartir, hasta su muerte, los aciagos días de infortunio que padeció los más significados compañeros suyos de generación, desde su voluntario exilio, mantuvieron una posición ambigua, a ratos complaciente, hacia quienes sumieron a su país en una guerra fratricida, que les valió acres censuras. - Con más pasión que justicia, alguien los calificó como "grupo de traidores y apóstatas". (39)

Para algunos estas actitudes que observan en los noventayochistas, condenables sin duda, no dejan de ser pecadillos veniales. No lo son a nuestro juicio, si bien es justo reconocer que en el balance desapasionado y objetivo que pudiera hacerse de su obra, este sería favorable -- considerando, es preciso repetirlo, la muy apreciable aportación cultural que en beneficio de su país realizaron. A su paso, "dejaron un surco imborrable en la historia española, porque consiguieron modificar -- muchos aspectos de la vida". (40)

Terminaremos este capítulo con un breve resumen de las afinidades y las diferencias entre los escritores del 98 y los novecentistas.

Lo que fundamentalmente les une es la preocupación, casi obsesiva, por alcanzar un cambio, una renovación del hombre español, con el propósito posterior, una vez obtenido este, de que tal cambio en última ins-

tancia se reflejase en el ámbito en donde este hombre habita: España, "gran país estropeado por sus moradores", nueva y liberada de ancestrales vicios y servidumbres. Su país, y esto puede aplicarse justamente a los de una y otra generación, constituye, repetimos, el vértice de su preocupación.

Es pues, afán común que une a los dos grupos, España y si es justo acreditar a los del 98 que fueron ellos quienes lanzaron el grito de alarma, que desgarradamente "pusieron el dedo en la llaga", la razón es primordialmente cronológica ya que directamente recibieron el impacto producido por la crisis que provocó el "desastre" motivado por la pérdida de las últimas colonias ultramarinas.

Quienes llegaron después de los noventayochistas, los hombres del 900, poseedores de un bagaje intelectual más riguroso y sólido, con una cultura más especializada y dispuestos a la acción, a la controversia y al diálogo público, dispusieron con todo ello de armas más eficaces, de mejores elementos para combatir por unos ideales, que si bien no llegaron a alcanzar, difícilmente se alcanza la cima de un ideal, si les permitió dar un paso extraordinario hacia el mismo.

A diferencia de los del 98 a quienes pudiera tildarse de haber sido un tanto contemplativos, los novecentistas no se limitan a exponer, actúan y lo hacen con un gran dinamismo. Terminantemente lo expresa -- Azaña: "Si la romería pasa por el llano, prefiero ir en la romería que epilogar sobre ella desde un otero".

Sus diferencias, por lo demás, no fueron muchas como se ha dicho -- y más superficiales que profundas, más formales que de sustancia. Combativos y dinámicos, confiados en un futuro más prometedor para su patria, los del novecientos, no adolecen de pesimismo ni egolatría; tampoco

co de nihilismo destructivo ni de cierto dilentantismo que se atribuye a los del 98.

En la figura para nosotros más representativa de los novecentistas, Manuel Azaña, como en los de la generación que les precede, repetimos, se advierte un profundo y acendrado amor a su país, "español en los huesos y en la sangre", declara ser el citado escritor, para añadir después como una justificación a la actitud que adoptó: "Esta España yo no la quiero, queremos otra mejor".

Por su formación cultural y ética superior, ya señalada, con "cabeza fría y corazón caliente", limpios de los "pecados" en que incurrieron sus antecesores, la labor que realizaron fue posiblemente más positiva y fecunda.

Se ha hablado de generaciones polémicas y cumulativas. Típicamente polémica sería, si nos atuviésemos a esta clasificación, la generación del 98. La forma resuelta, tajante, a sabiendas injusta en ocasiones, con que se enfrenta a la que le precedió; el tono desmesurado, - - cruel a veces, que utiliza para atacarla en sus figuras más representativas y el camino que siguen, en dirección opuesta a la de los escritores que les precedieron, obligaría a calificarla de esta manera. Recordemos, como un ejemplo de ello, el manifiesto que a iniciativa de Valle Inclán lanzan los escritores jóvenes con motivo del homenaje nacional a Echegaray, laureado con el premio nóbel, en el que acreditan su oposición a cuanto significa "el viejo idiota", como calificaron al citado dramaturgo.

De la generación de los novecentistas podría decirse que pertenece al grupo de las generaciones cumulativas. Son patentes y no las repetiremos por haber sido señaladas ya anteriormente, las múltiples coinci--

dencias que entre ambas existen.

Con matices peculiares y con aportaciones importantes, de las que también hablamos ya, los del novecientos recogen la antorcha de manos de los noventayochistas y logran un gran avance hacia el objetivo común, objetivo que cada grupo con distintas armas pugnaban por alcanzar, representando las aspiraciones de la mayor y mejor parte de la sociedad española de su tiempo.

En el deseo de renovación que experimentaba la sociedad española de finales de siglo, los hombres del 98 se aprestan a librar la dura batalla que para este fin se requería. Con los medios que tienen por más eficaces, la pluma, actúan como fuerza de choque, son los minadores que no vacilan en utilizar la dinamita insustituible para abrir la brecha liberadora.

Ya lograda su misión, tal vez la magnitud del esfuerzo que realizaron, quizá el paso del tiempo que comienza ya a abatirse sobre sus hombros, va a inundarles de un profundo cansancio, de una desgana que finalmente les lleva a adoptar una tremendamente negativa actitud escéptica y conformista. Han cumplido, sin embargo, una misión.

Los hombres del novecientos, por el contrario, gentes que poseen voluntad firme, gran dinamismo y capacidad de acción puesta al servicio de una robusta fé en el destino que la historia reserva a su país, aprovecharán la brecha que en las viejas estructuras abrieron los del 98 y por ellas penetran con una conciencia clara de lo que pretendían, realizar en España las reformas y los cambios que en todos los campos y muy particularmente en el de la cultura, exigían los tiempos.

VI.- SU OBRA LITERARIA

La creación literaria de Manuel Azaña, si bien no es extensa sí es de una calidad indiscutible. La obra política que nos legó supera con creces a la de carácter puramente literario, lo que se explica si se tiene en cuenta que es a aquella actividad, la política, a la que dedicó la mayor parte de su tiempo.

En el transcurso de este trabajo veremos una pieza de cada uno de los distintos géneros literarios por los que incursionó, no siempre con igual fortuna pero saliendo en todo momento airoso de la empresa. Si bien esta elección se ha hecho de manera un tanto arbitraria, ya que no se ha tomado lo que se considera mejor de cada uno de estos géneros, - por razones que ya fueron anteriormente explicadas, nos permitirán hacer una valoración objetiva de la obra de Azaña.

En nuestras páginas siguientes habremos pues de comentar los artículos, críticas y ensayos, cuento, teatro, conferencias y discursos que nos legó Manuel Azaña.

Se ha dicho ya que en toda su obra, aún en la que pudiera considerarse específicamente política, aparecen profusamente valores literarios muy estimables que se ofrecen al más exigente lector. De sus escritos los que poseen mayor calidad son, como es lógico, los que corresponden a su época de madurez, si bien en los de su juventud se muestran ya ingenio y agudeza, junto con un buen manejo del idioma que adquirirá con el tiempo una perfección y solera insuperables.

En la obra de Azaña se encuentran plenamente los dos aspectos funda

mentales que deben buscarse en toda creación de arte y que de acuerdo con lo que "Azorín" dice al respecto, son el valor técnico, el alcance y la influencia social que pueda tener la obra. De ambos participa la obra literaria de Manuel Azaña, en tan perfecto equilibrio, que no sería cosa fácil decidir si es lo primero o lo segundo lo que impresiona en mayor grado. Si es la bien cincelada prosa que utiliza en la elaboración de su obra o el contenido de la misma, rico en sustancia y sugerencias que de manera tan profunda caló en la conciencia de sus lectores y que habría de trascender ampliamente a una gran multitud de sus conciudadanos que se adscribieron a los principios que sostenía el autor, convencidos de que eran los que a su país mejor convenían.

Como un hecho curioso debe señalarse que no se conoce a nuestro autor creación poética en el estricto sentido de lo que por tal cosa se entiende. No tenemos noticia alguna de poesías, que quizá escribió, pero que no han llegado hasta nosotros. Con esta afirmación no queremos decir que careciese de una fina sensibilidad poética, bastaría para demostrar que sí las poseía y en alto grado, las descripciones que hace del paisaje, particularmente del castellano que tan hondamente sentía, recordamos las que aparecen en El jardín de los frailes, entre otras de sus obras. De un lirismo acentuado, que jamás traspasa los límites de la sobriedad y del refinado gusto que le son propios, están saturadas sus poéticas descripciones. Un atardecer del otoño escurialense que tan magistralmente supo plasmar en esta obra constituye una estampa saturada de poesía.

"Todo paisaje es un estado del alma" ha dicho alguien. Al referirse a ello Zamora Vicente (41) afirma que en la descripción de un paisaje, cuando la descripción es de calidad, todas las sensaciones del hombre, visuales, auditivas, táctiles, etc. se amontonan "en milagroso a--

cuerto", para adentrarnos en él. Y concede a ello una importancia tal que: "Dá la medida de un artista su sentimiento de la naturaleza, del paisaje. Un escritor tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la emoción y el paisaje" (42). Quienes carecen de esta emoción, como los escritores realistas, son fríos e incapaces de transmitir cualquier emoción al lector, se diría que su afán de exactitud, de prolijidad, -- continúa Zamora Vicente, les lleva a realizar "fotografías en negro, -- sin calor ni color".

Díaz Plaja, coincide con Zamora Vicente en la importancia que tiene, por lo revelador de la sensibilidad del artista, la descripción del paisaje. A su juicio, "el paisaje trasciende a valores supra-sensoriales.. La tierra se valora en función de un mensaje extraestético. Se le advierte cargada de historia, rica en valores morales, en posesión de factores económicos".(43)

De las sensaciones que experimentamos ante la descripción de un paisaje, de los valores suprasensoriales que trascienden de tales descripciones a que aluden los citados autores, dan buena prueba aquellos que en su obra nos presenta Manuel Azaña. Breves e intensos, auténticos -- "estados del alma", participan, equilibradamente, del "factor ético y el factor estético", de que también habla Díaz Plaja.(44)

a) EL ARTICULO PERIODISTICO

Esta creación literaria, si bien de orden menor, no por ello debe ser desdeñada y consideramos injusto referirse a ella como alguien lo hizo en forma un tanto despectiva, llamándola "literatura con prisas", como piezas de escaso valor e intrascendentes.

Es innegable que en multitud de casos el artículo ha sido utilizado como vehículo escrito en el que se tratan acontecimientos pasajeros, de actualidad, en los que la principal preocupación del autor la constituye un cierto afán proselitista, para atraer al lector a su punto de vista y en la mayoría de los casos, expuestos apresuradamente y sin cuidar demasiado los procedimientos utilizados en la expresión de su pensamiento. Aún aceptando que tales males son frecuentes y que se encuentran en ellos descuidos e imperfecciones, nos parece injusto el menosprecio en que algunos lo tienen.

Creemos innecesario advertir que cuando hablamos de periodismo, no nos referimos al de la gacetilla o la noticia, sino a aquel otro practicado por plumas de reconocida calidad para la exposición de temas que pueden ser de la más diversa índole.

A manera de antecedente de las colaboraciones periodísticas, sería oportuno recordar el término que, con aguda ironía, acuñó Góngora para referirse a las colaboraciones que aparecían en publicaciones periódicas de su tiempo: "semanaguizar". Jocosos neologismo cuyo blanco sería, sin duda, algún escritor contemporáneo del poeta cordobés. Y corto pensaría que había quedado cuando al alumbrar tan famoso verbo no echó mano de bodrio en lugar de guiso, que así se las gastaban los que en su siglo se aplicaban al oficio de las buenas letras.

Aunque bien pudieran considerarse antecedentes del periodismo, las actas, crónicas, décadas, avisos y relaciones y como autores distinguidos que escribieron en tales publicaciones a Diego de Valera, Hernández del Pulgar, Pedro Mártir de Anglería, Luis Cabrera de Córdoba y Barriónuevo, entre otros, (45) puede decirse que es en el siglo XVIII cuando adquiere un aspecto similar al que tiene actualmente y que en el siglo XIX, se realiza plenamente.

Fuera de España y como colaboradores de periódicos, se cuentan entre otros, escritores de tanto renombre como Hugo, Dumas, Zola y Gide, en Francia; Mann en Alemania; Defoe, Thackeray, Twist, Ruskin, Shaw, - Kipling, Wells y Chesterton, en Inglaterra; Dostoyevsky, Turgeniev, - Tolstoy y Andreiev, en Rusia; Mazzini, en Italia (46), quien sostenía, como lo hicieron los noventayochistas y posteriormente los novecientistas, que la tarea primaria del escritor debía ser la de educar a la sociedad; en España, poetas y prosistas de la calidad del P. Marchena, -- Quintana, Gallegos y Juan Valera. Fué este último el que, con motivo de la recepción en la Academia del escritor Isidoro Fernández Flores -- "Fernanflor", dijo en su discurso que "el periodista debe ser literato" (47) y define a este como "el literato que escribe con frecuencia o casi a diario en un pliego, grande hoja volante que se estampa periódicamente y se difunde entre el público, a veces por centenares de miles de ejemplares". No habría de referirse Valera, cuando hablaba de tal número de ejemplares a los periódicos de su país, que no alcanzarían en tal época tan grandes tirajes.

Fueron también periodistas, escritores de la calidad de Alberto -- Lista, quien en "El censor", publicaba artículos sobre política y crítica teatral y Estébanez Calderón, sobre temas de costumbres (48). Deben citarse también a Sué en Francia y a Fernández y González en España, co

mo creadores del género folletinesco, género que si bien no tenfa gran valor literario si tuvo el extraordinario mérito de haber servido para iniciar en la lectura a multitud de personas hasta entonces iletradas. Refiriéndose a este indiscutible mérito contraído por el escritor español citado, alguien propuso que como justo reconocimiento al mismo, deberfa erigirsele una estatua... y al pie de esta someter a las llamas a su producción folletinesca. Salomónica decisión que, ignoramos por - que motivos, nunca se llevó a cabo.

Al referirse al artículo periodístico, Díez Canedo dice del mismo que, lo mismo que el ensayo, "tampoco define cualidades ni limita campos", que "ningún tema le es ajeno" y que ambos pueden tener valor ya - que entre uno y otro "no hay aprecio o desestima en la distinción.

Ortega y Gasset, justifica su colaboración en el periódico, "por-- que le urgfa ver su pensamiento hecho lección pública y porque antes -- que metafísico era escritor y pedagogo". A Ortega y Gasset el impulso que le lleva al periódico es el de poder comunicarse con el pueblo: -- "Porque en España hay que acertar a ser aristócrata en la plazuela" y a sí dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico" (49)

Es en el año 1898 cuando surge en España un periodismo que pudiéra mos llamar moderno, muy distinto al que se habfa practicado anteriormente y al que dan gran categoría escritores como "Azorín", Baroja y Unamu no; época brillante del periodismo español que más tarde se enriquece-- rfa con nuevas aportaciones de gran calidad: Ortega y Gasset, Luis -- Bello, Madariaga, Zulueta y Gabriel Alomar, por citarse algunos de los más distinguidos.

Antonio Espina, el fino escritor español, en su libro Ganivet, el

hombre y la obra, al referirse a lo que significó para la prensa de su país la colaboración de notables escritores de la época dice: "En los periódicos no era frecuente a fines del siglo XIX la colaboración intelectual de calidad". Y más adelante: "Los primeros que empezaron a escribir artículos como los que después dieron brillo y esplendor intelectual a la prensa diaria fueron Unamuno, Gómez de Baquero, Bonafoux y Maeztu. "Clarín" y Mariano de Cavia; pueden considerarse en cierto modo como precursores. "Azorín", Benavente, Eugenio D'Ors y Baroja que llegaron a la prensa más tarde, con las primeras luces del siglo actual".- (50)

Camilo José Cela, en unas declaraciones hechas para una publicación mexicana expresó: "Yo lo que no admito mucho es la diferencia entre periodismo y literatura; yo creo que el periodismo es una forma de literatura". Testimonio de gran valor por provenir de uno de los más brillantes escritores contemporáneos.

En conclusión, y de acuerdo con una opinión generalizada, no existen razones válidas para menospreciar esta forma de expresión literaria, por lo que en sí mismo representa. Como en cualquier otra creación artística, existirán buen número de artículos que no contengan mérito alguno, pero también podrán encontrarse multitud de ellos que contuviesen valores que bastarían para consagrar a un autor como escritor distinguido. La brevedad, que constituye una de sus cualidades, no podría ser motivo de menosprecio, que la brevedad según la justa sentencia de Gracián, es virtud más que defecto.

Para cerrar estos comentarios hechos a manera de preámbulo a la -- producción periodística de Manuel Azaña, que habremos de ver seguidamente, se nos permitirá ver dos definiciones, no exentas de gracia, hechas sobre lo que es el artículo periodístico, "secular cenicienta literaria",

según Antonio Espina y "pellizcos de literatura" para Pemán, con el almi-
barado y monjil gusto que caracteriza a este escritor gaditano.

* = * = * = * = * = *

Con el artículo periodístico, en su natal Alcalá y cuando contaba -
diecisiete años, se inicia Azaña en los menesteres de la pluma. Prime--
ro en "Brisas del Henares", revista decenal y bajo el seudónimo de Salva-
dor Rodrigo, publica siete artículos y otros trece más posteriormente. -
en "Gente vieja", nombre que no deja de esconder cierto sarcasmo si se -
considera que quienes redactaban tal publicación eran en general, todo -
lo contrario de lo que el título de la misma pregonaba.

Son éstos artículos de Azaña, sus primeros escauceos literarios y
la índole de los mismos muy variada. Desde el artículo en tono menor, -
escritos en 1897, que son los de su iniciación y en los que con socarro-
na malicia pasa revista a los menudos acontecimientos que no trascienden
del ámbito pueblerino, su marco natural, a aquellos otros de contenido -
más denso que denota la madurez que va alcanzando y expuestos ya en la -
limpia prosa que caracteriza a este escritor.

Los primeros artículos a que más arriba aludíamos, no tienen gran--
des valores salvo el de constituir sus primeros balbuceos literarios. Se
advierte en ellos cierto desgarró, cierto desenfado y petulancia de ado-
lescente provinciano; no están exentos de gracia si bien en ocasiones --
son de un gusto discutible y poseen ya un estilo que con el transcurso -
del tiempo habría de depurar hasta alcanzar límites a los que pocos es--
critores de su lengua llegaron.

De esta su primera época como articulista, mencionaremos "Un sueño" y "Cartas a Colorfn Colorao".

Al ocuparnos de los artículos escritos por Azaña, quizá hubiese sido más adecuado referirnos a ellos como literatura periodística, ya que algunos de ellos, como ciertos cuentos cortos escritos para "Gente vieja", pudieran considerarse como pertenecientes a otro género literario.

Los que escribe para "Gente vieja", de mayor extensión y en los -- que aborda temas de más enjundia y calidad, son también de muy diversa índole, no sólo en lo que se refiere al contenido sino también a su forma expresiva; utiliza en algunos el diálogo, otros aparecen en forma epistolar, cuentos cortos, etc. En la forma de exponer los temas que -- trata, se advierte como dijimos, cierta juvenil pedantería, disculpable si se considera la edad del autor. Arremete con brío contra cuanto juzga torpe e injusto, de "mercadería vendible" acusa al teatro que se representa en la época y se condeula y censura, con no menos vigor, de la estulticia humana que descubre --itan extendida!-- entre sus conciudadanos, si bien "filosóficamente" llega a la conclusión de que sin duda -- también los necios son necesarios para el buen orden de una república. De estos "El ventorro del Tuerto", "Tardes madrileñas", dos artículos -- uno de los cuales dedica al Ateneo de Madrid y "El coche simón", son a nuestro juicio los de mayor mérito.

Otros artículos podríamos comentar en este capítulo, no lo haremos y será suficiente, para terminar, anotar el que publicó en "La pluma" -- en 1921, dedicado a la obra de Pérez de Ayala y otro que trata de Valle Inclán.

En el primero enaltece la obra literaria del citado autor, por su

riqueza verbal nada común y los vocablos cargados de intención que utiliza, elogia su estilo, "de los pocos escritores contemporáneos que pueden dar razón cabal de los vocablos y giros que emplean". Se lamenta de que "escatime sus novelas" y arremete contra los escritores que maltratan el idioma que emplean que califica de "alarido, brutalidad, piruetas, descoco, barbarie en suma", que no de otra manera cabe calificarse el estilo utilizado por estas gentes. Insistiendo sobre ello, continúa más adelante. "una cosa es renovar el idioma y otra escribir mal a secas" y finaliza propinando, con plena justicia, un golpe contundente contra quienes causan al idioma tan graves males: "... con pretendidas ansias de remozamiento, no sólo jóvenes principiantes sino gente madura y hasta viejos maestros, rivalizan en humillar al castellano ...encubriendo con pretendidas ansias de remozamiento lo que no es sino brutalidad natural o dominio insuficiente del habla". Términos de tan extremada agresividad no se encuentran con frecuencia en Azaña; el enojo que manifiesta es una buena prueba de lo hondamente que le afectaba el mal uso que se hacía de su idioma por el que siempre mostró un gran respeto y utilizó cuidadosa y amorosamente.

Al terminar este artículo, se condele de como el periodismo literario absorbe el tiempo de hombres valiosos privándoles del que podían dedicar a componer obras de mayor envergadura. Al lanzar este amistoso reproche ¿no pensaría quizá que también podría aplicárselo a sí mismo?

En el dedicado a Valle Inclán, después de elogiar su producción literaria, dice de sus personajes que son "emisarios amables de un mundo quimérico". No debería ser la obra de Valle Inclán, no obstante los elogios que le dedica, de todas sus preferencias, si consideramos el gusto de nuestro autor en materia de prosas.

Merece también citarse, por su contenido, el que en el año 1911, - con el seudónimo de Martín Piñol, publica con el título de "El templo - de Minerva". En el transcurso de su lectura se advierte de inmediato - la ironía que encierra el título con que titula su artículo. No sería fácil encontrar un alegato más cruel y despiadado, si bien debe admitirse que le sobra razón, contra los sistemas docentes de la época, en su país. Nadie saldrá bien librado de este ataque. A los estudiantes les critica el que "fundan en el título la pitanza del futuro", siendo este su único y mezquino afán al estudiar una carrera. Define a la Universidad como "una oficina montada para servir intereses ya nombrados, una estufa en donde se mantienen vivas y se cultivan las más perniciosas supervivencias" y en donde "el triunfo se antepone al mérito y los accidentes a la sustancia", dentro de "sus edificios lóbregos y malolientes y descuidados, hay que sufrir la aridez de las clases sin objeto, someterse a una gimnasia mental absurda, apechugar con libros farragosos y tragarlos como quien traga estopa". Tan triste panorama no basta sin embargo para impedir que se produzca el milagro y a veces, "un libro, - un viaje, una conversación, les descubre de improviso el amplio mundo - intelectual que la pantalla académica mantiene oculto". Nuestro autor es una buena prueba de que tal milagro puede producirse en ciertas ocasiones.

En la amargura que destilan los tremendos términos con que Azaña - enjuicia el estado de la docencia en su país, se adivina la lesión, aún no cicatrizada, sufrida en su paso por instituciones educativas que tan bien describió.

Debe en justicia reconocerse que muchos de los males que señala -- Azaña, todavía en nuestros días perduran.

b) CRITICA Y ENSAYO

La crítica según Díez Canedo, debe poseer: "...cumplida información ...gusto certero, finas cualidades de hombre de mundo (en quien - las escribe) ...gracia y persuasión más que por afirmaciones dogmáticas y por corroboraciones eruditas!" (51)

En cuanto al ensayo, se ha dicho que no proviene de grandes linajes literarios (épica, novela, drama), pero sí se le reconoce un "largo abolengo y antigua estirpe en las letras hispanas".(52) Su arranque debe buscarse en la didáctica y el moralismo que tienen su desarrollo en la edad preclásica de nuestra literatura.

Al referirse al ensayo, continúa Gomez de Baquero, podría definirse como un tratado menor o un tratado imperfecto... "la didáctica hecha literatura"; continúa más adelante afirmando que este género "que pone alas a la didáctica, es en cierto modo el sucesor moderno de la antigua poesía didascálica que en tiempos más positivos habla en prosa" (53)

Como creador de este género pudiera considerarse a Montaigne, que confiere al mismo sólo un valor de bocetos. En España tiene una larga y rica tradición, hecho muy explicable, si tenemos en cuenta "la tendencia moralista y discursiva que se manifiesta en un abundante número de sus escritores, desde sus orígenes hasta la novela picaresca".(54) Como -- precursores, obligado sería citar en primer término, al cordobés Séneca; destacaron también en el género, más tarde, Antonio de Guevara, Juan de Valdés, Saavedra Fajardo; Feijoo, Isla, Quevedo, Gracián, Jovellanos, - Larra, Valera, "Clarín"... Nombres todos ellos, que podrían ennoblecer las letras de cualquier país. Fuera de España, Bacon, Carlyle, Maquiavelo, La Rochefaucauld, Nietzsche, Kierkegaard y Montaigne, ya citado an-

teriormente, quien fue autor de unos compendios de filosofía, historia y política a los que dió precisamente el título de "Ensayos". Este nombre con el que bautizó Montaigne su obra, tomó carta de naturaleza en otros países de Europa y hasta nuestros días es utilizado por quienes producen este tipo de literatura.

El ensayo, que en España comienza a utilizarse por los del 98, adquiere con ellos un gran auge y calidad. En el patrón moderno que ellos emplean, introducen una variante impuesta por el estilo periodístico, -- la limitación de su extensión. Puesto que el vehículo literario que -- más utilizan para la publicación de los ensayos lo constituye el periódico, los trabajos nunca podrán ser muy extensos y en ocasiones se les ha llegado a confundir con el artículo, como ya se señaló al ocuparnos de éste.

Salinas confiere al ensayo una actitud puramente intelectual, estima como una condición indispensable que debe tener el rigor en su contenido; no lo observa en los del 98, a quienes, por tal motivo, no considera "ensayistas terminantes". En la producción de estos escritores, -- cree descubrir que no obstante los temas morales, históricos y filosóficos que tratan en sus ensayos, la actitud lírica supera a la intelectual.

¿Podría acusarse de ello a Manuel Azaña? A nuestro juicio en lo absoluto. El valor de sus obras en lo que al estilo se refiere, con -- ser mucho, nunca supera al de su contenido. En ningún momento la actitud intelectual se llega a ver desbordada por el carácter lírico que tiene siempre un valor secundario en su obra, y en el que, si se conoce al autor, jamás pudiera pensarse que cayera.

En Barcelona, atalaya excepcional desde donde podía contemplarse - en mayor precisión y con la adecuada perspectiva, el panorama de los -- frentes y la retaguardia y que por ello permitía pulsar el estado de ánimo que prevalecía en la zona leal a la República, cuando ha transcurrido ya un año desde que se iniciara la guerra civil en 1937, escribe Azaña La velada de Benicarló.

De limitada extensión, podría calificarse la obra como un ensayo - socio-político sobre la contienda civil española. El tema del libro es rebasado al adentrarse el autor en consideraciones profundas sobre lo - que para él constituye una preocupación obsesiva: España y los españoles.

El autor define su libro como "Diálogos sobre la guerra de España", así lo subtitula y esto es realmente, una serie de diálogos en los que aquellos que participan no tiene rostro, representan más que hombres, - "estados de ánimo". Más que personas, los que intervienen son símbolos, pudiera decirse, de determinadas actitudes ante el problema español. - Aunque el pensamiento del autor se descubre en las opiniones que expresan distintos dialogantes, alguno de ellos, tiene con él tan numerosas coincidencias en el arduo tema que constituye el objeto del debate, que pudiera creerse que es el propio Azaña el que habla.

En la nota preliminar declara el autor que su libro no es el producto de un "arrebato fatídico", ni pretende en él mismo hacer vaticinio alguno, sino tan sólo ser un testimonio de los acontecimientos ocu-

rridos en su país durante los años de guerra. Testimonio ecuaníme y ob-
jetivo es en verdad esta obra, que tantas enseñanzas ofrece al bienin-
tencionado lector.

A todo lo largo del libro se advierte la ponderación, el elevado -
espíritu y la objetividad con que está concebido. En un momento de fla-
queza, sin poder evitarlo y a través de uno de sus personajes se ha con-
dolido de la actitud que mantiene "ingrata fortaleza!" No renunciará
a ella a pesar de todo y hasta el final de su vida se muestra incommov-
ble, firme en su actitud. Indispensable era poseer su fortaleza y en -
vastas proporciones, para no dejarse arrastrar por las pasiones que en
aquellos meses en que la guerra alcanzaba mayor ímpetu y rigor hicieron
sucumbir a tantos espíritus débiles.

Ni complacientes concesiones ni indulgencias para nadie se encuen-
tran en La velada de Benicarló. Sobre todos, en proporción mayor o me-
nor, hace recaer la responsabilidad de lo que está sucediendo en España
y si en alguno de sus juicios se advierte una mayor severidad, será en
los que dirige a sus afines en ideales, que por este mismo hecho debían
ser quienes mostrasen una conducta más limpia e irreprochable, conse-
cuentes con los principios que sustentaban.

No pretende el autor eludir compromisos ni responsabilidad alguna,
aunque dolorido confiese a través de uno de los personajes del libro: -
"Me declaro ajeno a este tiempo!" Reafirma su actitud de comprensión y
tolerancia tan difícil de mantener en tan críticas jornadas y condena -
las posiciones de intransigencia y fanatismo, contra ellos manifiesta: -
"Mi postura es la más incomoda. Ninguno de los valores que formaron mi
persona moral se han derrumbado, lo que antes me parecía justo sigue pa-
reciéndome. Lo odioso también. No puedo ni quiero dejar de ser lo -

que soy". (57) Insuperablemente quedaba expresada en tales palabras, una actitud vertical, recta y sin tacha, consecuente y nada fácil de mantener en los momentos en que fueron pronunciadas.

Más adelante la posición que siempre ha mantenido queda definitiva-
mente manifestada "desde la zona templada del espíritu, donde no se a-
climata la mística ni el fanatismo políticos, de donde está excluida to-
da aspiración a lo absoluto". (58) En el transcurso de su vida jamás -
su espíritu traspasó la "zona templada" que presidió todos sus actos; -
aún en los más críticos momentos padecidos -y fueron muchos- supo mante-
nerse fiel a los principios expuestos en esta profesión de fe liberal -
y expresados en forma tan bella y elocuente.

No obstante su confianza en la definitiva superioridad de la razón
sobre la de las armas, persuadido de que es el convencimiento y no la -
imposición por la fuerza lo que en última instancia llega siempre a pre-
valecer, concluye su libro con este sombrío pronóstico para el futuro -
inmediato de su patria después de la guerra sufrida: "Subsistirán los
móviles que la han desencadenado y las cuestiones que se han querido --
solventar a cañonazos reaparecerán entre los escombros y los montones -
de muertos, empeorados por la guerra". (59)

El tiempo demostró que no se equivocaba.

Como sucede con muchos libros de Azaña, La velada de Benicarló, po-
dría constituir por sí sola motivo de un extenso estudio, que tanta es
la profundidad y la riqueza de sugerencias que contiene.

El tono pesimista que se observa en la obra no es frecuente en el

autor y pudiera decirse que no se había revelado en obras anteriores, - concebidas en un tono esperanzador: "¿Que regresión monstruosa padece nuestro país? ¿O no había regresión y nos habíamos engañado acerca de - su progreso?". (60) Tan patéticas interrogaciones pueden causarnos ex- trañeza aunque explicable fuese este desfallecimiento de su ánimo. En el horizonte europeo se advertían signos de guerra, de una guerra cuyo prólogo se estaba escribiendo en España, en cuyo cielo y suelo poten- cias de oriente y occidente experimentaban nuevas estrategias guerre- ras e ingenios bélicos de reciente invención. La espantosa catástrofe que se cernía sobre el viejo continente y la perspectiva de una prolon- gada y feroz dictadura en su país, justificaban plenamente el amargo y pesimista tono del libro.

Por su interés y originalidad, merecen destacarse los juicios que nuevamente por boca de uno de los personajes emite el autor en esta o- bra, sobre la mujer española y la civilización. Con la "matrona espa- ñola" a quien responsabiliza en buena parte de lo que sucede en su pa- tria por haber "contribuido a crear un ambiente propicio a un golpe de fuerza" (61), se muestra un tanto inclemente. No nos sorprende dema- siado el tono que adopta para expresarse de la mujer, en parte justifi- cado, si consideramos que hasta hace relativamente poco tiempo debido a viejos y muy arraigados prejuicios ya por fortuna en vías de desapa- recer, había permanecido un tanto al margen de actividades intelectua- les y por este motivo su actuación provenía más de impulsos cordiales que cerebrales.

Sobre la civilización, dice que esta debe ser el resultado de - - "cultivar sentimientos y domesticar impulsos feroces", no propiamente en "fabricar más tractores". En cuanto a las guerras civiles, se lamenta de las frecuentes contiendas que ensangrentaron el suelo pa- -

trio. Luchas entabladas "entre el sable y la palabra" como les llama--ron en otros tiempos a las que libraron las gentes liberales contra la reacción militarista.

De los numerosos ensayos de los que fue autor, nos detendremos en uno que por el tema que trata, por lo bien documentado y por la forma - amena y pulida con que está escrito, le proporcionó a nuestro autor una gran notoriedad. Nos referimos a los Estudios de política francesa contemporánea, publicado por la Editorial Saturnino Calleja, muy conocida en su tiempo por su especialización en la literatura infantil.

Forman la base de este libro tres conferencias pronunciadas por el autor en el Ateneo de Madrid a fines del siglo pasado, corregidas y ampliadas en la obra. Divide el libro en tres partes: I Política Militar; II El laicismo y III La organización del sufragio. En la primera parte, en forma exhaustiva, estudia la política militar de Francia -país de sus preferencias- desde la Revolución hasta veinte años antes de la primera guerra europea, en el año 14.

Es una de las primeras obras que publica y en el mismo se manifiesta ya la limpieza y elegancia de estilo que habría de advertirse en obras posteriores. El libro, bastante voluminoso, reproduce literalmente y en impecable traducción del propio Azaña -tarea fácil para él que era un profundo conocedor del idioma francés- abundantes y extensas citas de multitud de autores franceses en su mayor parte.

La bibliografía es copiosísima, prueba irrefutable de una concienzuda documentación que el propio autor confiesa, como testimonio de que

no está hablando a la ligera ni improvisando: "A muchas fuentes he acudido..(62)Las ideas que aparecen en el libro, las opiniones que sobre política militar sustenta el autor, le llevaron a ocupar el cargo de Ministro de la Guerra en el gobierno de la segunda República española, como ya se ha dicho.

Pero ¿cuales fueron los motivos que impulsaron a Manuel Azaña, hombre civilista por excelencia a mostrar un especial interés por asuntos de carácter militar? Como respuesta alguien ha dicho que antes de decidirse por seguir la carrera de Derecho, había pretendido ingresar en una academia militar.

De ser fidedigna la información, sobre la frustrada aspiración de Azaña de seguir la carrera de las armas, aspiración que en él pudiera considerarse inusitada, muy por encima de ella la razón que con más fuerza le llevó a ocuparse de cuestiones castrenses, debió ser sin duda, el grave problema que también en su país representaba esta cuestión así como su preocupación por encontrar una solución adecuada para el mismo. No era este sin embargo, con ser importante, el único propósito que le guiaba, pretendía también que sus conciudadanos que tan necesitados estaban de información sobre el alto grado de madurez que, en general y particularmente en los campos de la cultura y en los sociales y políticos habían alcanzado los franceses, pudieran extraer de la lectura de su libro útiles y positivas enseñanzas. Poco se conocía de Francia, no obstante ser el país vecino y lo que de allí se sabía era a través de informaciones escasas y con frecuencia torcidas. Expone el autor lo que con su libro pretendía y aunque, modestamente, sólo alude a una parte del mismo, dice: "La historia de la política militar francesa es -- por más de un motivo, un gran ejemplo para cualquier hombre que tenga patria, pero lo es sobremanera, para los españoles de nuestros días" --

(63)

Las dos partes restantes del libro, El laicismo y La organización del sufragio, son temas que a nadie podríamos sorprender, conociendo su -- formación de hombre liberal y apasionado demócrata; ello puede explicar cumplidamente el interés que demuestra el autor por unos temas de tan -- antiguo debatidos y que todavía en nuestros días son objeto de apasiona -- das controversias.

En esta obra el autor rebasa el tema que le sirve de título y se -- extiende ampliamente en consideraciones profundas y sugerentes sobre el ideario de algunos escritores franceses posteriores a la Revolución. -- Deben citarse los que dedica a Renán, Taine y Barrés, cimas del pensa -- miento tradicional en su país y a Hervé y Jaurés, que representan los -- ideales pacifistas e internacionalistas. De manera clara y brillante -- expone una síntesis del pensamiento de estos grandes autores, cuya hon -- da influencia no se circunscribió a su país de origen cuyos límites -- -- traspasó para extenderse por toda Europa.

Como español el autor no puede sustraerse al deseo de comentar -- -- ciertas situaciones que presentaban grandes coincidencias con las que -- existían en su país, así al referirse al ejército francés, dice que es -- taba constituido por "compañías anémicas de efectivos; un mal de la mis -- ma índole --aunque no tan grave-- como el que sufrió y sufre el ejército -- de España".

Será conveniente que nos detengamos, para conocer el pensamiento -- -- de Azaña sobre la generación del 98 y sobre la influencia de Barrés en -- Cataluña, expresados en el estudio que dedica al gran escritor citado.

"La sensibilidad de Barrés nos interesa por más de un -- motivo; entre ellos, porque nos parece encontrar en -- los escritos de este autor (salvando la distancia que

haya que salvar) cierta analogía con algunos momentos de la literatura y de la política españolas contemporáneas. El egotismo, el dilettantismo escéptico, la interior desolación producida por el análisis, son comunes a los comienzos de la carrera de Barrés y a los de la generación literaria española (posterior a él) que ahora está en la madurez. El pensamiento de Barrés ha sido desde aquel nihilismo y cosmopolitismo - de sus primeros años al tradicionalismo regionalista, al nacionalismo. Sería difícil decir cual sería ahora la orientación y pensamiento de aquella generación a que he aludido, vista en conjunto, pero cuando menos me parece claro que no es tradicionalista ni nacionalista". (64)

Aun sin nombrarla no hay duda que la generación a que se refería - Azaña es la del 98. La cita tiene un interés particular, tanto por ser muy escasas las ocasiones que a lo largo de su obra alude al citado grupo de escritores, como la concisa y certera definición relativa a las características más importantes de una generación de la que tanto habría de escribirse posteriormente.

En visión difusa que fotográfica, Azaña advertirá en escritos posteriores como las más específicas, las características siguientes en este grupo de escritores: Nihilismo; cosmopolitismo, en Azorín ("fecundación de lo nacional por lo extranjero"); egotismo, en Azorín y Baroja (el "yo" constante del primero y el tono autobiográfico del segundo); - el dilettantismo escéptico y el pesimismo de Maeztu ("no hemos sido - constantes sino... para regocijarnos de que la muerte acabe con todo".) Este pesimismo que una de las constantes de los del noventa y ocho y --

que Zulueta en La nueva edad heroica, calificara de "pesimismo patriótico".

Independientemente de este juicio crítico que hace Azaña sobre los del 98, en una coincidencia con ellos a que habremos de referirnos más adelante, no puede sustraerse a referirse a los personajes cervantinos del Quijote: "Los bienes terrenales no existen para el caballero. Don Quijote se quedó muy sorprendido cuando el ventero le dijo que un caballero debe llevar camisas en su maleta"; "Sancho se desespera porque su amo no quiere alzarse, en un dos por tres, con el reino Micomicón".

Años más tarde esta preocupación, que nunca le abandona, por la obra cervantina cristalizaría en su Invencción del Quijote, de la que también bien nos ocupamos en este trabajo.

Curiosa es la referencia que, en el libro que estamos comentando, hace cuando trata de la influencia benéfica que según los primeros románticos franceses, ejercía la naturaleza sobre el hombre, relacionada también con los personajes de Don Quijote: "...nuestro Cardenio y Crisóstomo, el desesperado y otros personajes de Cervantes que eran ya románticos sin haber leído a Rousseau".

Por revelar una coincidencia más con los del 98, el gusto por los escritores primitivos, mencionaremos una alusión breve, que hace al Infante Don Juan Manuel.

Aprovecha el autor el prólogo de esta obra suya, para lanzar una crítica a la sociedad española de su tiempo, siguiendo todavía, el espíritu de los noventayochistas y que creemos de interés reproducir:

"Ha sido menester que arda la tierra en una hoguera jamás vista, para que pueda hablarse en España de -

libertad sin que se la ríen a uno en las barbas. Es lícito esperar que dentro de poco la generosidad, el desinterés, el optimismo, serán ya admitidos por muchos españoles como móviles y estados de ánimo que existen en el mundo realmente, y que no se acabará nuestra vida sin ver extirpado del ánimo de muchos compatriotas aquel ponzoñoso rencor contra todos y contra sí mismos que los incapacita para entender la Historia y que ennegrece su propia vida. No habrá ya quien comente con deleite y sorna el infortunio ajeno, ni habrá quien mire como desquite de un agravio propio el vencimiento del ofensor por un tercero; no habrá esa cobardía, esperémoslo; y si hubiéremos de aguardar a que los inventores de ella mueran, sea su vida estéril y ocultemos a los jóvenes que llegan al pensamiento y a la acción este bochorno, para que no se detengan espantados en el umbral de su vida y no digan mal de quienes lo han sufrido; nunca podrán creer cuan pocos éramos para defendernos. Una revolución así, probable, necesaria, en la conciencia española restablecerá el equilibrio que hasta hoy hemos buscado en vano un cierto número de hombres..." - (65)

Más adelante, diríase que es Azorín el que habla, al dolerse del clima moral que prevalece en su país, prosigue Azaña:

"Se da a los españoles a diario una lección de moral perversa que consiste en alabar el buen éxito, burlar

se de los disidentes y poner como dechado de cordura a los que transigen. Lo que más necesita España es - que sus hijos adquieran confianza en el esfuerzo personal y no les asuste la probabilidad del fracaso".

(66)

No obstante lo árido que pudieran parecer los temas de cuyo estudio se ocupa, por el carácter de los mismos, y aunque se ciñe a ellos con rigor de historiador, la exposición y los comentarios, los hace en forma tal que su lectura resulta grata y amena para el lector.

Con claridad y limpieza se desarrolla el texto, escasas son las imágenes que en el transcurso del mismo pueden encontrarse y las que aparecen son de carácter rural, como cumple al origen del autor, enamorado de la tierra de su Castilla a la que se siente profundamente vinculado. Así, al hablar de la resurrección del espíritu republicano francés que tras el advenimiento del Imperio parecía haber dejado de existir, dice que este adquiere mayor pujanza gracias a las nuevas ideas vertidas sobre su ortodoxia antigua, "... como el agua de la fuente sabe a la tierra por donde pasa". (67) Páginas más adelante, al referirse al florecimiento de Francia, restaurada la paz pública en 1888, que hace aparecer a esta como si fuese un país nuevo, afirma lo siguiente: "Y nuevo era, al fin, porque en la explotación de su capacidad, un pueblo es semejante a la buena tierra, que rinde más cuanto se ara más hondo" (68). Los ideales republicanos tornan con nuevos ímpetus, como fecundo aluvión -- que no es posible detener, "... fuerzas que van luego a descender de -- allí, como las aguas de la montaña al derretirse las nieves para inundar las tierras inferiores". (69)

Muy significativo por lo bien que revela el carácter del autor, resulta el comentario que hace a una frase que dirigió Napoleón a Saint -

Pierre, como felicitación por una novela del citado novelista francés, que fue muy bien acogida por la crítica y el público de su tiempo. "Debería escribir un libro así al mes..." y añade Azaña, "Bonaparte creía sin duda que escribir un libro era lo mismo que ganar una batalla". Ingenua, aunque no sorprendente la observación de Azaña, que nos revela cierto desdén hacia las acciones castrenses frente al elevado concepto que siempre tuvo por las tareas literarias. Bien sabía nuestro escritor de los desvelos y los mal compensados afanes que comportaba el oficio de escritor.

Humanista por encima de todo, Azaña consideraba al hombre como -- tal, en su pureza original y en permanente lucha con sus sentimientos e ideas.

Rebate a Taine quien al tratarlo parece olvidarse de la persona en sí, para disertar sobre el tipo. Contra tan equivocada actitud se rebela Azaña y cincela en admirable definición que merece ser repetida, lo que es la personalidad humana: "...la cinta fugitiva y brillante de la conciencia personal donde tantos hilos se urden, es cada vez más delicada, más sensible, más difícil de reducir a una forma escueta... Excluir de ella cualquier rasgo es una mutilación preñada de inexactitudes y de injusticias". (70)

El exquisito cuidado que ha puesto Azaña en definir lo que para él constituye la conciencia del hombre, manifiesta bien a las claras el -- hondo respeto que le merecía materia tan sutil y delicada.

Al ocuparse de Jaurés, de cuya obra y cualidades políticas nos hace una acabadísima descripción, víctima gloriosa del fanatismo nacionalista, el autor pulcra su pluma y nos descubre al hombre que para él debió sin duda constituir un admirable ejemplo por las extraordinarias do

tes de polemista y orador que, además de otros méritos le distinguieron:

"En sus discursos, los últimos grandes discursos que pronunció en el Parlamento, se encuentran no sólo -- los habituales destellos de su talento oratorio, de su ardimiento en la polémica, sino un amor a la patria, una confianza en sus energías morales, una esperanza, no ciega, sino razonada, en sus destinos, y una percepción tan clara de lo que iba a ser la prueba futura -- más próxima de lo que nadie pensaba -- que bien podía hablarse ahora de intuición genial si sus pronósticos y planes no hubiesen sido un fruto de estudio, de la meditación, del conocimiento profundo -- del problema". (71)

En cuanto al procedimiento expresivo que emplea en esta obra, observamos que en ocasiones, muy contadas, con el propósito de imprimir a sus frases un mayor énfasis, llega a utilizar el adjetivo en forma reiterada. Citaremos como ejemplos los siguientes: "...una existencia (al referirse a la que aspira el hombre rousseniano) mejor, vigorosa, ardiente"; "...ejército pequeño, firme, adiestrado, coherente". (Esta última cuando alude a aquel por el que pugna la Asamblea Francesa)...

En raras ocasiones y tal vez como un contraste que permite apreciar mejor la sobria y elegante prosa que aparece a lo largo del libro, nos sorprende con frases hechas y expresiones de carácter popular. Así, entre otras, "hicieron furor"; "llevarse un chasco"; "flor de estufa"; "a rajatabla", etc. Constituyen, repetimos, tales expresiones verdaderas excepciones y su propósito al hechar mano de ellas debió ser demostrar que no era "pecaminoso" su empleo, cuando podían contribuir a dar gracia y sabor al texto.

Merece también examinar otro libro de no menor interés; de carácter muy distinto del anterior, pero poseedor también de valores múltiples del que Azaña no fue autor, pero para él que escribió un notable prólogo. Nos referimos a La Biblia en España, del inglés Jorge Borrow.

Traducido impecablemente, en traducción directa del idioma inglés en que fue escrita y conservando vivo el colorido que imprimiese a su obra Jorge Borrow. Azaña la vierte al español. Utiliza, para su traducción, la edición hecha por U. R. Burke en 1896, una de las múltiples ediciones, -se hicieron veinte- que de este libro singular vieron la luz sólo en la Gran Bretaña, en donde alcanzó en su tiempo, un éxito extraordinario. Traspasando las fronteras de Inglaterra, se conoció también en Rusia y Francia, donde fué publicado en los idiomas de estos países.

A la traducción española, hecha con primor tal que diríase que había sido escrita en tal idioma, el autor agregó notas, en número limitado, tomadas de la biografía que de Borrow publicó Knapp y que según confiesa el autor, "aclaran el texto o placen, simplemente a la curiosidad del lector". Al prescindir de prolijas y exhaustivas notas, afán al que se muestran proclives tantos eruditos y que sólo sirven para cansar al lector en muchos casos, Azaña nos dá nuevamente y sin proponérselo una muestra más de su tacto, de su elegancia y mesura.

La introducción, que modestamente titula Azaña "Nota preliminar", es un fino estudio sobre el autor del libro y la España de la época. -- Bien hubiera podido constituir por sí misma un jugoso librito de valor similar al prólogo que escribió para Pepita Jiménez, de Valera y que -- posteriormente, ligeramente ampliado, fué publicado en forma independiente.

El propósito que le anima a ocuparse por esta obra de Borrow, es -

manifestado por el traductor cuando dice, en primer término, que se trata de "una obra de arte", una creación... "La verdad artística y su efecto conmovedor son innegables. El libro no sólo es verdadero; es en ciertos puntos, revelador". (72)

El traductor descubre en él un verdadero mosaico de distintas tendencias y movimientos propios de la literatura española: ...pasajes que parecen arrancados de un libro picaresco, el movimiento de ciertos cuadros, podrían pertenecer a un episodio nacional, el sabor de otras escenas de costumbres, los bosquejos de tipos y caracteres...

Insiste en las razones y refuerza los motivos que la impulsaron a traducir el libro de Borrow, al decir: "Aunque The Bible in Spain no fuese... el mejor libro de Borrow, sería... el que más títulos tendría a la atención de nuestro público. El mérito intrínseco del libro y la singular reputación de España, le hicieron popular en Inglaterra y Norteamérica... motivos también valederos para su divulgación en nuestro país, con más el de ser los españoles, no lectores distantes, sino parte interesada, actores en las escenas y su tierra marco de aquella narración... No es muy honroso para nuestra curiosidad, que hayan transcurrido cerca de ochenta años de que vio la luz, sin ponerlo hasta hoy, traducido, al alcance de todos". (73)

Y a la tarea de subsanar tan injustificable desconocimiento se aplica gustoso Azaña y pone finalmente al alcance de sus coterráneos este curioso libro de Borrow, el no menos curioso personaje británico, -- que tan bien penetró no sólo físicamente en las tierras de España, sino también en el espíritu de sus habitantes; que logró ganarse la estimación de los españoles que frecuentó, quienes en demostración de amistad y con la familiaridad y llaneza --excesiva en la mayoría de las ocasiones-- que es característica de aquel pueblo, llegaron a conocerlo co-

mo don Jorgito el Inglés y a veces -en Andalucía tenía que haber sucedido- por don Jorgito el Brujo...

Y en verdad su extravagante apariencia no podía pasar inadvertida fácilmente para los españoles. Véase si no el retrato que de tan famoso personaje nos hace Manuel Azaña: "Era alto, flaco, zanquilargo, de rostro oval y tez olivácea; tenía la nariz encorvada, pero no demasiado larga; la boca bien dibujada, y ojos pardos, muy expresivos. Una canicie precoz le dejó la cabeza completamente blanca. Las cejas, prominentes y espesas, ponían en su rostro un violento trazo oscuro". (74)

Los rasgos físicos descritos en este retrato, la apasionada defensa de su fe religiosa, el interés que mostró por él Knapp podrían constituir entre otros indicios de la ascendencia hebráica de "mister" - - Borrow.

Otros motivos más debieron influir en Azaña para interesarse por este libro. La personalidad del autor debió indudablemente atraer su simpatía. Hombre de leyes de profesión, que no de afición, tuvo Borrow que ejercer la abogacía para subsistir. ¡Que bien lo comprende Azaña y como parece asociarse a las penalidades y los sinsabores que tuvo que soportar obligado a ejercer una actividad que le era ingrata, cuando hace estos comentarios: "Y así... vivió el pobre cinco años, amarrado a un oficio tan opuesto a su vocación... Se libera, lanzándose a una actividad más de acuerdo con sus aficiones... como un desquite de la aridez de su empleo". (75)

Más paciencia o quizá menos necesidades que Borrow, tuvo su traductor, que en menor tiempo, supo liberarse de lo que para él constituía una insoportable carga.

El carácter quijotesco de Borrow, tan afín al de nuestro autor de-

bió ser, por último, algo muy atractivo para Azaña. Veamos la simpatía que rezuman estas líneas: "...en favor de Borrow hablan su osadía personal, la consideración de que luchaba contra un poder omnímodo, irresponsable, y de la que, formalmente, pugnaba por un mínimo de hospitalidad, de libertad, sin la que los hombres en sociedad son como fieras; y esto está siempre bien, hágase como se haga". (76)

El libro posee indudablemente un valor temático y estilístico. -- Constituye un feliz producto resultante de la conjunción de un tema de interés, enfocado con agudeza y penetración por quien lo expone y proporcionado al lector de habla hispana con un impecable estilo que ennoblece, pudiera decirse, el texto original.

En el caso de La Biblia en España, no sería posible aplicar lo que no sin justicia afirma una vieja y conocida sentencia que habla de la traición cometida por quien vierte a otro idioma distinto al utilizado originalmente en una obra literaria.

Constituye también un interesante ensayo, el que bajo el nombre Valera en Italia, es publicado el año 1929, en Madrid, por la Editorial - Páez.

Presentado por un miembro de su familia a Carmen Valera, Azaña pudo tener acceso al epistolario, muy abundante por cierto, del escritor cordobés, "aquel ingenio amabilísimo", de acuerdo con la definición de su biógrafo. Esta relación aparte de otros motivos que más adelante señalaremos, debió avivar su interés por el autor citado. Tuvo Azaña el propósito de escribir una biografía de Don Juan Valera y sus libros - Valera en Italia y La novela de Pepita Jiménez, pudieran considerarse -

capítulos de esta obra que infortunadamente, no sabemos por qué motivos, nunca llegó a terminar.

El contenido del libro está expresamente indicado en el subtítulo del mismo Amores, política y literatura y nos presenta en él a Valera - no sólo en su calidad de literato y político, aspectos estos que habrían de interesar fundamentalmente y sobre cualquier otros a Azaña que también participaba de ambas vocaciones, sino como galanteador afortunado, al relatar los escarceos eróticos en los que fué pródigo este don Juan de las letras hispanas.

La figura del personaje biográfico, "fervoroso admirador de Byron", hombre mundano, liberal y escéptico como suele acontecer en este género literario, queda desbordado por lo que pudiera decirse que constituye una crónica del siglo XIX.

Reiteradamente se intercalan en el libro cartas de Valera. De ellas, algunas que dirige a su padre, el Marqués de Paniega, de éste a su hijo y otras destinadas a miembros de su familia y a ciertas damas con quienes mantuvo relaciones amorosas. Alcanza singular brillo en tales cartas cultivando un género literario tan en boga en la época y tan del gusto del autor. Recuérdese su novela Pepita Jiménez, posiblemente la que más renombre le dió y que está escrita en esta forma epistolar.

Divide Azaña este libro en ocho capítulos, con profusión de anotaciones que nos muestran al erudito y que constituyen un apreciable e interesante complemento del mismo que beneficia al lector. Su lectura es amena e interesante la información que proporciona sobre las guerras que por la libertad se libraban en Italia y a las que España no fue ajena. No ocultaba Valera su simpatía por los revolucionarios italianos, aunque se conduce de los excesos que podían malograrla.

En el transcurso de la obra aparecen otros dos esclarecidos andaluces, que con fortuna cultivaron también la literatura, Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas y Don Seraffín Estébanez Calderón, quien firmara - sus obras como El solitario. Del primero se ocupa Azaña brevemente en cuanto a la influencia literaria que ejerció sobre Valera y cuya amistad hizo que este, se "internase por la senda de la literatura". Al -- Duque de Rivas deben pues las letras del romanticismo español, no sólo lo que su pluma aportó para el enriquecimiento de éstas, sino la toda--vía más valiosa de don Juan Valera.

De estébanez Calderón al que llama "espíritu de un linaje sin posteridad" (77) y de su interesante producción literaria hace un interesante estudio en los dos capítulos que le dedica; establece un paralelismo entre ambos escritores y observa la gran influencia que ejerció - este sobre el autor de Juanita la Larga.

Considera a Estébanez Calderón lector infatigable a quien la desamortización le brindó "cazas portentosas", como un epígono, quizá como un rezagado que "extravaga del tiempo actual sin continuar por eso tradición alguna". (78) Que tan singular escritor tenía conciencia de su - situación en las letras de su país, lo prueba el seudónimo bajo el que se le conoce.

Alude nuestro autor en este libro al estilo literario y dice de -- este lo siguiente: "Proponerse lo castizo, dirigirse a cazarlo en lo - pintoresco y lo fútil, es abnegación involuntaria, sin recompensa en el mundo del arte". Prosigue páginas más adelante: "La tradición imitati--va reviste formas usadas, pensando ascender por su medio a la virtud -- que tuvieron en su primera novedad; trabaja tales formas como materia - valiosa, no mirando si están huera, y en ellas se place, porque aca--rrean memorias de otro lugar de veras amable y hermoso; produce remedos

y monerías. Quien a tanto llega, sin enlace vital con sus modelos ni acomodado en la familia literaria en que ha nacido, se queda expósito". - (79) En este atinado juicio que hace Azaña de la obra de Estébanez -- Calderón amigo y contertulio de Merimée, coincide con la opinión que sobre el estilo literario, tienen los noventayochistas.

Enaltece lo que constituye "el gusto popular de España", pero se cuida de advertir que no se refiere al superficial y folclórico, que no contiene un valor real, sino al que "proviene del arcaísmo", y tomado por el pueblo, "...le torna al pasado, le aporta textos parlantes que aventajan en viveza a los escritos". (80)

Cuando estudia la influencia que ejerció sobre Valera, Estébanez -- Calderón, alude en primer término el magisterio que este último ejerció sobre el primero, no sólo en el aspecto político sino en el de las letras, en lo que llama "la propaganda iberista"; reproduce, en lo que -- significa un indudable acto de solidaridad con la actitud que mantiene el escritor cordobés, unas palabras que pronunció este con motivo de su ingreso en la Academia Española de la lengua: "Tampoco soy de los que -- por amor al lenguaje y su pureza, se desvelan por imitar a un clásico -- de los siglos XVI y XVII. Prefiero una dicción menos pura; prefiero incurrir en galicismos, que censuro, a hacerme premioso en el estilo, o -- duro y afectado". (81)

Alude nuestro autor al "iberismo" que figuraba en programas de los emigrados españoles y portugueses en Francia, en los que se pretendía -- "la unión peninsular", inspirados en sentimientos de libertad y fraternidad políticas, como "tema dominante en las preocupaciones españolas -- de Don Seraffn, que no se hartaba de adoctrinar sobre ello a Valera" -- (82), quien también llegó finalmente a ser "iberista... a su modo". Trata el tema de las nacionalidades peninsulares y comenta lo que sobre --

las mismas dice el gran hispanista portugués Oliveira Martins, en su --
Historia de la civilización ibérica.

Censura acremente Azaña, la "retórica inhumana" que utilizan los es-
critores españoles de la época de la guerra de Independencia, quienes -
"con mengua de la inspiración poética consintieron derramar inutilmente
el espíritu nacional y lo sepultaron bajo el galimatías de escuela: "el
carro de Palas", "el sanguinoso Marte", "lauros de Salamina"... Hoja--
rasca barroca que tanto le desplazaba a nuestro autor.

Reafirma Azaña su posición populista en esta afirmación rotunda, -
si bien no sorprendente para quienes conocen su trayectoria política: -
"En presencia del pueblo se cree estar en presencia de la verdadera, de
la única España!"(83) Como una consecuencia de la actitud que siempre ha -
mantenido en lo que se refiere a las escuelas literarias, ataca por con-
siderarlo incinero y artificioso el tardío movimiento costumbrista, --
que "se deleita en lo trivial". Reafirma a continuación cual es su posi-
ción a este respecto: "Difícil es admitir una representación de lo es-
pañol cifrada en idiotismos, modales y hábitos caedizos, pendientes de
un cambio en las condiciones de trabajo, en los modos de viajar o en el
corte de los vestidos. Somete la retórica popular a una retórica emba-
razosa!" (84)

Este propósito, manifestado constantemente, de sumergirse en el --
pueblo para buscar en él las raíces del genuino espíritu nacional, la -
censura acre que dirige a los escritores que en su propósito de ceñirse
a moldes literarios de otras épocas llegan a caer en lo meramente super-
ficial y ridículo, el profundo y auténtico sentimiento "iberista", que
elogia en Valera, unido a la revalorización que hace de los escritores
españoles aludidos, constituyen, como ya se ha dicho, otras de las mu-
chas coincidencias con los del 98.

Al margen de estas consideraciones sobre los valores populares, señala Azaña, en una apreciación sutil e innegable, que "... la exaltación de lo popular consiguiente a la guerra (se refiere a la invasión de las tropas napoleónicas) halló en la pintura su género interpretativo". (85) Como escritor se lamenta de que "las potencias reveladas por la guerra", no hubiesen sido adecuadamente aprovechadas por quienes cultivaban las letras: "Recogerlas pertenecía a la literatura... y ... depurada devolvérsela a los españoles para formar conciencia nacional sobre -- una causa de más cuantía que un simple episodio violento en el reinado -- de Fernando VII" (86)

Para Azaña, quizá por cierto resabio de "afrancesado", la guerra -- que el pueblo español sostuvo contra el invasor napoleónico, no pasó de ser sino un "episodio violento". Al calificarlo de esta manera parece como si no quisiera concederle al hecho la importancia que indudablemente tuvo para España.

Al comentar la admiración que el pueblo manifestaba por los guerrilleros, cita a "Pasos Largos" a quien califica de bisnieto de los soldados de Juan Martín. "Ultimo brigante de nuestro siglo", aquel, "que ni siquiera cabalga, como demuestra su remoquete gracioso".

Para terminar insiste en la forma insuperable con que el arte pictórico, sobre el de las letras, supo plasmar estos sangrientos episodios de la vida española: "Percibir el valor de la guerra se reservó a un pintor. ¿Que son la Elegía de Don Juan Nicasio y la Oda de Quintana, frente a -- los fusilamientos de Goya? El héroe de la guerra es aquel personaje --- tremendo que maldice y alza los brazos al cielo en el punto de recibir -- la muerte fulminado por un destino sin par". (87) Forzoso será dar la razón a quien tal cosa dice; las grandilocuentes y huecas composi-

ciones literarias escritas sobre la invasión francesa, apenas se recuerdan hoy en los manuales de literatura. El lienzo que pintó Goya, obra maestra de la pintura continúa siendo la admiración de quienes lo contemplan.

Encontramos también en este libro de Azaña, no solo en su espíritu sino en cuanto a la forma de tratar los temas, las coincidencias a las que ya hemos hecho referencia anteriormente con alguno de los escritores del 98. El donaire, la gracia cargada de intención con que describe la vida española durante el reinado de Isabel II, tiene un innegable sabor "valleinclánesco", díganlo si no las siguientes líneas: "Narváez... impuso la dictadura incontrastable para sofocar una revolución de mentirijillas, y cubierto de gloria peninsular, se captó la admiración y el aplauso de las gentes de orden de Europa". "...la batalla de Torrejón (una de las más gloriosas que no se han dado)"; "... la rama izquierda del constitucionalismo se quedó entonces sin general prestigioso que le guiase a la Real Cámara".; "Narváez apacentaba con garrote y honda la grey española"; "Y en el poder ejercido sin escrúpulos ... repartió palos o turrón, según el criterio de un caudillaje personalista"; "La graciosa voluntad de las reinas confería el cargo de timonel ... operación difícil, a veces imposible, porque los antojos de Isabel, de sus favoritos, las intrigas del rey y su camarilla, los intereses de María Cristina y de su familia morganástica, no podían concordarse"; Era Narváez el amo de España como podía serlo de un cortijo; "... debía tomar en la real cámara (Narváez) el porte de un papá o de un ayo regañón". (88)

Cuando alude a don Francisco de Asís, el "semirrey", dice que en uno de sus frecuentes disgustos con Isabel, "no quiso salir y se estuvo picado y encerradito en su cuarto". Triste condición la de este rey

consorte en cuya desgracia no se recrea Azaña y apenas lo "roza" en esta alusión.

El senado en que tal gobierno se apoyaba, "corral de los pilletes" (89), "gallinero" y otras lindezas les llamó alguien, estaba integrado -- por "45 generales, 25 grandes de España, 19 exministros, 14 obispos, 12 magistrados y 7 títulos de Castilla. En las cortes, un diputado de la oposición" (90).

Quizá en forma más picante y cargada de intención, que no más graciosa, había descrito Valle Inclán en su Ruedo Ibérico, la vida cortesana en tan desgraciada época de España.

Con punzante ironía, que apenas logra esconder la indignación que les produce observar los vicios y la decrepitud de un régimen que pretendía desterrar definitivamente de su país, Azaña y Valle Inclán han descrito la corte isabelina, tomándola como el índice más elocuente de lo que la institución monárquica significaba para España. Se anticipó Azaña en tratar el tema, que más tarde al pasar por el temiz galáico de Valle Inclán, adquirió, quizá, más punzante intención y agudeza, si bien no más originalidad y precisión.

Pudiera considerarse como una diferencia, en todo caso de orden cronológico y que no reviste una mayor importancia, con los escritores del 98, el que para estos, el revulsivo que habría de provocar una indignada reacción contra la situación que prevalecía en su desventurada patria, el punto de partida, fué la pérdida de las colonias de ultramar, Cuba y las Filipinas. Azaña para mostrarnos su inconformidad con una España sumida en un marasmo casi mortal, se remonta a los años de la guerra de independencia contra las tropas napoleónicas: " ... vestía la mortaja de la quietud, silencio y orden amanerado de un Real sitio".

apuntando con palabras de Valera: "... la nación española está como desmatada, su espíritu busca pensamiento nuevo; las clases elevadas, sin pensamiento propio, olvidan el castellano genuino". El idioma no podía constituir una excepción, en una etapa en la que languidecía la patria de Valera.

Al estudiar en su libro, los movimientos literarios de la época, se detiene en el romanticismo, que considera como "... algo más serio que la transformación en las estructuras de las comedias y en los metros". (91) Apreciación justa, si bien superficial, ya que efectivamente este movimiento llevó a la literatura cambios más profundos y trascendentes que los meramente formales de que habla Azaña.

Hemos visto que no fue puramente el azar lo que impulsó a Azaña a ocuparse del escritor cordobés. Algo más debió despertar en Azaña un especial interés y simpatía por este personaje, cuyas preocupaciones y gustos encontraba tan afines a los de él. Efectivamente común a ambos eran el formidable espíritu crítico y renovador así como el acendrado amor a su patria. A Valera, "hombre de salones atildado y perezoso", poseedor de una gran "erudición... en letras hispánicas, erudición peregrina servida por una memoria feliz y una capacidad de asimilación que le nutría por las raíces, sin cubrirle con la falsa corteza de las imitaciones". (92) Lo mismo que a Manuel Azaña, este afán de servicio, este deseo de ser útiles a su patria les lleva a intervenir activamente en la política a la que generosamente se entregan conscientes de los quebrantos y sinsabores que ello habría de acarrearles.

El estilo del libro es el sobrio y sin artificios que caracteriza al autor; parco en imágenes y figuras retóricas, que su estirpe castellana no era propicia a barroquismos ni arabescos literarios. Contadas ve-

ces, como ocurre en alguna otra de sus obras, recurre a términos y expresiones populares, que en ocasiones pueden sorprender al lector: "no cantó la palinodia" , dice al referirse a Narváez y califica de "arregas tonitruantes" las de Donoso Cortés, cuando comenta la oratoria -ampulosa de este célebre tribuno tradicionalista. Tales expresiones, - que parecen inusitadas por no estar con el tono a que nos tiene acostumbrados Azaña, no sorprenderán a quienes conozcan su obra más a fondo como hemos señalado anteriormente, no las desdeña cuando estima que hacerlo conviene, cuando contribuye eficazmente a describir personajes y situaciones tan particulares que requieren este tratamiento que es el que mejor cuadra a unos y otros.

En cuanto a escenario en el que transcurre la acción del personaje motivo de la biografía, nada que pueda distraer al lector, ninguna concesión, ningún paisaje. El autor no sucumbe aquí, como lo ha hecho en otras de sus obras, a la tentación de describir los amenos lugares -tan propicios por su belleza a ser retratados- por donde Valera paseó su juventud de literato y político ambicioso de gloria y renombre. El personaje, el interés histórico y literario, social y político, que absorbe toda la atención y en cuya descripción se afana nuestro autor, excluye preocupaciones de cualquier otra índole.

A través de la obra, la silueta del joven Valera ha quedado claramente dibujada, no solamente en su apariencia física sino en su contenido espiritual también: "...hombre mozo, ambicioso y artista".

Muy distinto del libro que acabamos de analizar, pero que, como es te podríamos calificar también de ensayo, es El jardín de los frailes, posiblemente el de mayor valor literario entre los que escribió. El libro, escrito entre los años 1921 y 1927, ha sido calificado por algún crítico, como "literatura introspectiva", calificación que bien podría ser discutida si se tiene en cuenta que en mayor o menor grado, gran parte de lo que se escribe tiene este carácter y pudiera por lo tanto ser calificado en esta forma.

Lo da a conocer al público en forma fragmentaria, en números consecutivos de una publicación literaria, "La pluma". Posteriormente el libro es editado con una dedicatoria a Cipriano Rivas Cherif, amigo -- por quien sentía un gran afecto y con quien años más tarde emparentó al contraer matrimonio con una hermana suya. Está dividido en diecinueve capítulos y posee un reducido volumen.

Escrito con el gusto literario que le es peculiar, parece advertirse en el libro el placer, no declarado, de quien sabe el deleite que su prosa habría de causar en el lector.

El jardín de los frailes, podría calificarse como su primera obra "formal", ya que lo que produce anteriormente quizá con alguna excepción, estaba constituido por artículos, pequeños ensayos, prólogos, -- etc. en lo que se refiere a obra escrita además de la que podríamos llamar verbal, conferencias, discursos.

El libro bien pudiera haber llevado como subtítulo "Confesiones de un colegial adolescente", pues ello es lo que constituye la base fundamental del mismo, las confesiones de un joven escolar español de su época, internado en una institución docente de religiosos, en este caso el colegio que en San Lorenzo del Escorial, dirigían los frailes agustinos.

Sin concesiones ni ocultamientos de ninguna especie, con plena objetividad, nos ofrece el autor su conciencia al desnudo, si bien en el prólogo de la obra se cuida de advertir al lector que el personaje que aparece como protagonista en ella no es persona con nombre y rostro, si no puro signo. Razonable es la advertencia, pues cuanto se manifiesta en el personaje es una etapa de la vida en la que se inicia "el inhabil balbuceo de pensar", en la edad que constituye "un cruce de corrientes y tensión"; los sentimientos que experimenta son los naturales de esta etapa de la vida de un hombre. Similares tendrían que ser los que en análogas circunstancias, edad, época y ambiente, sufriría un mozo de quince a veinte años. Tiene sobrada razón nuestro autor en abstenerse de dar nombre al protagonista de su libro. Sobre la presencia del autor en su obra, oportuno sería recordar lo que decía Baroja: "En toda la obra entera, que cuando vale algo es autobiografía larga, el disimulo es imposible, porque ahí donde menos lo ha querido el hombre que escribe, se ha revelado" (93)

Entre los beneficios, no fueron muchos, que declara el autor haber recibido durante su estancia en el internado agustino, nos declara y -- sin duda es a este al que concede un mayor valor, haber sido allí en -- donde se produce su iniciación literaria. Cuanto escrito cae en sus ma nos es leído con avidez --"devoré libros"-- confiesa, y son Verne, Reid, Scott, Dumas, Hugo y Châteaubriand, entre los extranjeros, Pereda y -- Juan Valera, quienes sacian su sed de lector primerizo. En el medio en que se desenvuelve ser exigente en la selección de sus lecturas, hubiese sido vana aspiración. Son los autores citados los que le abren el mundo de la imaginación y al sumirse en la lectura de estos libros, no era su única pretensión la de procurarse distracción y satisfacer su in terés por adquirir nuevos conocimientos, afán que comenzaba ya a aguijo

nearle y que no le abandonó durante toda su vida, aspiraba también y no menos ardorosamente a la soledad, a evadirse, a buscar un refugio que - le sirviese de amparo y defensa contra el ambiente que le rodeaba; huir hasta donde le fuera posible de la disciplina imperante y de los tediosos estudios de una profesión a la que se le destinaba, el derecho y -- que a la postre hubo de terminar no obstante la escasa inclinación que por la misma sentía. Finalizar esta carrera únicamente por satisfacer los deseos de familiares y por autodisciplina, no le impidió años más tarde como es sabido, cultivar otras aficiones y seguir otros caminos - que estaban más de acuerdo con sus inclinaciones. Aplicarse plenamente a las leyes, según confiesa, hubiese significado el suicidio de su vocación verdadera.

Los autores que le inician en su afición literaria, en los libros que constituyen sus primeras lecturas, excitan su imaginación, pero no habrían de ejercer una mayor influencia en su gusto literario. Cuando madura, salvo de Valera, no se advierten rastros de la influencia de esos autores de su juventud.

Nos muestra Azaña en su libro, la lucha que en su agitado interior de adolescente libran pasiones encontradas. La rígida disciplina escolar que sufrían los alumnos del internado, el dogmatismo que prevalecía en el sistema pedagógico que imperaba, va despertando en el joven escolar una rebeldía que transcurrido el tiempo se acentúa cada vez más - - fuertemente. Su temperamento dinámico, inclinado más a la acción que a la contemplación, con frecuencia sin objetivo bien definido, su insaciable afán de analizar y conocer y una extremadamente fina sensibilidad, tenían que llevarle forzosamente a rechazar el ambiente en que debía desenvolverse. Para fortuna suya, transcurrido el tiempo, logra satisfacer gran parte de sus aspiraciones y ello le reconcilia con la vida.

Con amargo acento se lamenta de la soledad y el abandono que padeció durante su etapa de colegial, en una tierna edad en la que "por el corazón se vive tan sólo", (94), según expresa por medio de la frase - tan delicadamente poética. Ayuno de afecto y de comprensión su espíritu infantil, con ambición de afectos, incomprendido y sólo, "empieza a tejer luego un capullo donde encerrarse con lo mejor de su vida". Ese amor del que careció y que provoca su amarga queja, al no encontrar cauce adecuado por donde discurrir ni correspondencia, lo impulsa a dirigirlo hacia los objetos: "Amaba mucho a las cosas, casi nada a los prójimos". (95) Patética confesión que ayuda a explicarnos su carácter - retraído. En una etapa tan importante de la vida, en la que comienza a forjarse la personalidad del hombre, el cariño la ternura y la comprensión de que careció, tenía forzosamente que afectarle profundamente.

Nadie sería capaz, sin pecar de injusto, de censurar la actitud de rebeldía que manifiesta. Hostil el marco en que trascurren sus días: - "Oquedad fría de los corredores, desnudez agria de las paredes blancas, ruidos tristes..." (96) Infranqueables las barreras que se interponen entre el alumno y sus maestros y no menos difíciles también, las -- que se alzan entre el joven escolar y sus compañeros de internado, tan opuestos en general a él. La licencia chabacana, sin sentido ni razón, los instintos bestiales, despiertan en su delicada sensibilidad una explicable aversión; complacerse en camaradería tal, lo estima como algo indigno y propio de gente bárbara. En forma breve y certera describe - el ingrato ambiente de los dormitorios que le era forzoso compartir y - que constituye un signo elocuente del clima que prevalecía en el internado: "...borrasca de lapsos y cachetinas..." (97) Tal era el ambiente de grosería que cualquier manifestación de espiritualidad parecería extraña y fuera de lugar. Unido a ellos, las frecuentes manifestaciones

de un erotismo que el encierro exacerbaba, hacen despertar en el joven Azaña un sentimiento de repulsión y rebeldía que no trata de disimular. Hasta donde le es posible rehuye el contacto con sus compañeros y frecuenta sus retiros a una celda, pretende con ello recuperar "la posesión tranquila de sí mismo". (98) De manera poderosa, decisivamente, como puede verse, actuaron para moldear su carácter introvertido, los años de su adolescencia que vivió en el internado del Escorial.

El jardín de los frailes, es un libro fundamentalmente subjetivo, un acabado estudio de la personalidad del protagonista, lo narrado tiene el propósito más que de procurar el deleite del lector, de señalar abiertamente, de denunciar en ocasiones con toda crudeza y descarnadamente, los graves perjuicios a veces irreversibles a que pueden dar lugar unos sistemas educativos con los que se hacía urgente terminar de manera definitiva. Con la pasión, nada menguada aunque reprimida, que caracteriza a nuestro autor, arremete ardorosamente contra los procedimientos pedagógicos imperantes en la institución en donde estuvo internado, los mismos que generalmente seguían los colegios confesionales de la época y gran número de los del estado. Procedimientos tales constituían la negación misma de lo que debería constituir la enseñanza. La profusión de programas y de textos, inadecuados la mayoría de ellos, el excesivo número de pruebas y exámenes, no servían en definitiva más que "para ganar ciertas habilidades de orangután domesticado"; (99) los conocimientos adquiridos por el escolar eran limitados y conducían contrariamente al propósito a que aspiraban "a la corrupción de la probidad intelectual y a minar las bases del respeto al saber". (100) En la denuncia de métodos tan negativos, continúa el autor con esta amarga confesión: "Era útil enseñarse a hacer trampas".

Acerbamente continúa la descripción de los sistemas pedagógicos anticua

dos e inoperantes en los que campea la mera especulación y que consti--
tufan freno y muralla contra cualquier propósito de investigación y de
análisis que permitiesen al alumno obtener conocimientos verdaderos. Co
mo símbolo de estos sistemas que debían ser abolidos, en forma escueta
pero muy expresiva y certera, nos habla de "retortas con telarañas, pro
betas y tubos de ensayo desportillados y puestos a buen recaudo..." No
podía ser expresada en forma más elocuente el desprecio que para quie--
nes ejercían el magisterio en el Colegio del Escorial, merecía todo a--
quello cuya base no fuese lo especulativo y dogmático.

Carentes de todo estímulo real, toda motivación positiva, el esco
lar se corrompe y deforma. El adiestramiento que sufre para la trampa
habilitosa y el disimulo, el "hacer que hace", el dejar todo para maña
na, llega finalmente a corromper y deformar la personalidad del adoles
cente.

No obstante la finalidad fundamental del libro, profundo y concep
toso, El jardín de los frailes no ofrece dificultad ni produce tedio a
quien lo leyere, por el contrario, su bella prosa, en primer término, -
cautiva al lector y en el transcurso del mismo las descripciones de sen
saciones auditivas, olfativas y visuales experimentadas por el autor, -
muy especialmente estas últimas hechas en cortos pero muy expresivos --
trazos, llegan a penetrar también en los sentidos de quien los lee, cau
tivando su atención de principio a fin.

Los cielos velazqueños que presiden el paisaje escurialense, pueden
"contemplarse" cuando el autor nos habla de los "rebocillos de bruma --
que marzo no tardaba en barrer y que dijérase están prendidos en los --
riscos lejanos". Termina el invierno y como anuncio de la nueva esta--
ción, "días que entretienen el paso y se demoran en el llano antes de -
morir, dejando al Escorial en la quietud sollozante de sus tardes cre--

púsculos, los picachos sin su oro, las pizarras apagadas, la herrerfa - en sombra, mientras arde en la raya del horizonte la pira bermeja del - caserfo de Madrid". (101) Espléndida descripción de un paisaje que de - nota el estado de ánimo de quien poseído de una profunda melancolfa e - insatisfacción, nos lo ha sabido legar en tan bella forma.

Finalmente la lucha librada en el espíritu del protagonista de la obra llega a su término. La timidez egoista, el recelo que impide todo avance por la ruta abierta de los sentimientos, el vivir receloso e hipócrita van desapareciendo al impulso de una decisión firme de su recio carácter. Se ha consumado la escisión: "Me propuse soltar aquellos lazos, no padecer martirio. Lef en el horizonte, neblina de rosa, borrones de humo negro, chispazos de caserfo, señales de Madrid. Allf era el comienzo de la vida... Me dispuse a la gran cabalgadura..." (102)

Cercana la capital, Madrid, ejerce en el autor la atracción poderosa de cuanto se la había negado, brindándole todo cuanto constituía su mayor anhelo acariciado en el transcurso de los largos y penosos años - de su internado. Allf podría satisfacer plenamente su inagotable sed - de conocimientos y de acción y hacia la capital se encamina decidido con paso firme. Se ha cerrado una etapa de su vida y se abre, plena de promesas y de esperanzas, una nueva. A partir de este momento, "arrostrarfa la tormenta en vez de soslayarla". Fuertes y tremendas hubo de arrostrarlas durante el resto de su vida.

c) NOVELA

En el género novelístico, Fresdeval es la única creación que nos ha legado Azaña. Por tratarse de una obra especialmente literaria, tiene para nosotros un mayor y más particular interés. Ello será el motivo que nos inducirá a dedicarle más espacio del que hemos dedicado a comentar otras de sus producciones.

Son múltiples los valores que la obra contiene, un denso contenido rico y sustancioso, expresado en bella prosa; no obstante contar con tales méritos no puede decirse que la novela que tuvo era el éxito de crítica ni de lectores que a nuestro juicio merecía. Adoleció, tal vez, de ser excesivamente intelectualista, lo que pudo suponer un obstáculo para ser justamente apreciado por un público que, como el español de la época en que fue escrito, no sentía una gran inclinación hacia ese tipo de literatura.

Comenzada en el año 1930 y finalizada en 1931, la novela consta de tres capítulos. El primero de ellos "La casa de los Budia", el segundo "El ocaso de los Anguix" y el tercero al que no puso nombre alguno.

Posee Fresdeval, como hemos dicho, múltiples valores. No solamente en lo que se refiere a su aspecto formal, la prosa utilizada es de primera calidad, sino también en su ameno e interesante contenido. En cuanto a la clasificación que podría darse a la misma, hacerlo constituiría nada fácil empresa. ¿A qué género podría decirse que pertenece? ¿Cómo calificarla? ¿Novela psicológica, de caracteres? ¿Picaresca? ¿Tremendista? ¿Esperpento? ¿Drama rural? Muy rica y variada, repetimos, la obra participa ciertamente de todo ello y cualquier pretensión para encasillarla dentro de cualquiera de los citados géneros sería a -

nuestro juicio, reducirla en lo que la misma es realmente.

No podría considerarse el tema propiamente como lo que en la obra tiene una importancia primordial. La vida, la evolución de un pueblo - de la planicie castellana, vistas a través de las personas más relevantes del lugar, los Budía y los Anguix, comerciantes y propietarios acomodados los primeros y representantes de una clase feudal en extinción, con añeja prosapia castellana los segundos.

En bien urdida trama, el autor utiliza el asunto de la obra como - un cañamazo sobre el que va bordando diestramente tipos y caracteres, - costumbres y sucesos acaecidos en el imaginario pueblo que sirve de título a su obra. "La quinta esencia de la vida española se encierra en este pueblo", dice no sin cierto asomo de orgullo uno de los personajes de la obra. Y así es en verdad, en la descripción de lo que Fresdeval significa, con la relación de los acontecimientos que tienen lugar en - el mismo, el autor ha pretendido y lo ha logrado presentarnos un pueblo, cualquiera, de Castilla y rebasando sus límites y con pequeñas y superficiales diferencias, lo que podía ser un pueblo, no importa cual, de - la España de un pasado relativamente cercano.

Pueblos tristes, de difícil y áspera vida, incomunicados de los -- centros urbanos desde tiempo inmemorial y no tanto por las distancias - geográficas no grandes, cuanto por el abandono y el olvido en que los - tenían los gobernantes del país. Pueblos sometidos al yugo ancestral - de curas y de caciques, a los que en cierta ocasión, en alguna de sus - intervenciones electorales, definiese Azaña como "burgos podridos", cru - do aunque certero calificativo que definía una situación que se hacía - necesario corregir, incorporándolos al progreso con el resto de la na - ción.

Podríamos decir que en Fresdeval y no solamente por los lugares en que la acción acaece, sino por algo más profundo, algo que está en el meollo de la obra, encontramos un cierto sabor cervantino que mucho contribuye a hacernos su lectura amena y sabrosa.

En la descripción de sucesos y costumbres así como de tipos y de paisajes, puede advertirse claramente que el autor ha "palpado", ha conocido a fondo todo ello. Este conocimiento "desde dentro", es sin duda un producto adquirido en su primera juventud alcalaína.

Personajes principales de la novela son con Nicolás Anguix, Ildelfonso Budía, "El Brihuego" de sobrenombre, en alusión a su lugar de origen. Fundador en el pueblo de un productivo negocio de venta de aceites y jabones, granos y vinos, hombre de sentimientos reaccionarios y clericales a machamartillo, no obstante deber el crecimiento de su capital a la posesión de bienes eclesiásticos adquiridos mediante sucios procedimientos. "Pecado escandaloso" este, que no le impide ser bien acogido y gozar de la estimación de clérigos y gente conservadora del lugar. Sus descendientes, nunca directos que no los tuvo quien sabe -- por que oscuras razones, sino colaterales, Filomeno y Bruno, "rudo y de rancia doncellez" el primero y el segundo más refinado, "sentimental y contemplativo", con fama de raro y un poco chiflado y fin de su dinastía. Gusta de la historia de su pueblo, se interesa por ella para contribuir, según explica "a que haya en él un poco de espíritu". Es, casi inusitado en familia tal, "un Budía con ilustración".

Los Anguix, que con los Budía constituyen ejes, cada uno en sus círculos, de los acontecimientos que se desarrollan en la novela, es la otra familia importante de Fresdeval. Se les describe aventajados de talla, "colorados de rostro y crines", los Anguix pertenecen "al linaje de campos góticos de Castilla la Vieja". Uno de sus más prominentes

miembros es Roberto, "barbitaheño, notable por la simetría de sus facciones y la hechura prismática de la testa", otro, Pedro "barba rala y lacia, alargado el óvalo y el rostro, boca pequeña y carnosa y un poco aplastados los pómulos", rasgos que era frecuente contemplar "en ciertos retratos de gente principal castellana". Nicolás, por último, con cuya desaparición se produce también la de su dinastía.

Justificadamente orgullosos podían mostrarse de sus gloriosos antepasados. Habían dado a su patria "soldados y navegantes, peruleros... ningún cortesano ni legista, ni eclesiástico..." que no eran estas ocupaciones que fuesen de acuerdo con la idiosincrasia de estas ambiciosas gentes "de empuje rapaz". Todos ellos eran "hombres descomunales a quienes el señorío sobre las cosas parecía otorgado desde el nacer". En el escudo de la familia "partido, con loba pasante sobre gules y tres puñales en campo de plata, su lema que es un desafío: "Mi fuero, mi hierro"...

Con la muerte de Nicolás Anguix, al enfrentarse a su hijo Zeñón -- que se le opone violentamente a que pague su padre cierta deuda de juego que dejaría en la ruina a la familia, desaparece esta ilustre casa. Asistimos así, al descenso hasta la extinción total, de una familia de noble estirpe castellana, de una señorial casa que desaparece, constituyendo un símbolo de que tal clase social por anacrónica no puede tener ya cabida en el siglo que corría.

A través de estas dos principales familias de Fresdeval, alrededor de las cuales gira toda la vida del pueblo, el autor ha querido -- presentarnos, y así llega a confesarlo, las dos tendencias que durante siglos y en el transcurso de la historia, se disputaron violentamente la hegemonía de su país, por medio de encuentros sangrientos en numerosas ocasiones, en crueles guerras fratricidas.

Los tipos que nos ha mostrado Azaña en su novela son más que personas, que también lo son y de carne y hueso, símbolos. Veáanse si no estos Budía cerriles y fanáticos, "obedientes a las normas hereditarias - del oscurantismo..." Nada es para ellos capaz de alterar la rutina de la vida que si guen, si a tal conjunto de mezquinos y estériles hábitos pudiera dársele nombre tal; "...devociones muchas, esparcimiento ninguno, amistades pocas y sin amenidad, la vivencia rancia y apartamiento - receloso del mundo, como huyendo de alguna pestilencia". En su cerrazón: "Proferfan el vocablo moderno con efusión de hieles, con terror y dolor, como si en vivo les rajasen el hígado". El pensamiento de esta familia, tradicionalista a machamartillo, no podía quedar limitado a lo interno y era forzoso que se reflejase en la fachada, así algún miembro de ella, para que no existiese duda alguna de cual era su bando, dejaba se crecer la patilla hasta el bigote, no tanto por un afán de vanidad - masculina sino "porque así lo usó Zumalacarregui". La adhesión al cau-dillo debía ser total.

Situados en el extremo opuesto, los Anguix la otra familia principal de Fresdeval. Curiosamente y no obstante su aristocrático abolengo, imperaba en ella "la impiedad y el jacobinismo". Actitud singular por infrecuente, que podría explicarse por el exacerbado individualismo y el temperamento insumiso -no doblegarse ante nadie y ante nada- que caracterizaba a los miembros de esta familia. Tipos de una descomunal naturalaleza, rezagos de siglos ya pasados y cuya extinción debía consumarse.

Las dos familias, se disputan la hegemonía del pueblo a que pertenecen: "Ambas casas... asumieron una figuración simbólica y en su derredor giraban y se arremolinaban las pasiones políticas del siglo". - Ha confesado ya el autor lo que constituye el propósito principal de su novela.

Además de estos personajes que son los protagonistas de la obra, - aparecen numerosos de carácter secundario pero no menos interesantes y bien dibujados, que contribuyen a proporcionar el ambiente adecuado a la novela. Entre ellos, "el tío Pelagatos" el "estanquero famélico y rabioso carlista" cuyos ideales se dirían no ir de acuerdo con la modesta función que ejerce en el lugar; el señor Mariano, "Leyes" por sobrenombre y al que por sus actividades leguleyescas califica el autor de "astilla de Pedro Crespo" y don Juan Clímaco, viva estampa del cura rural, "grande, obeso, turgente el rostro". ¡Como nos recuerda a los que nos presenta Gutiérrez Solana en la España negra! "bárbaros de la tierra que se retratan con el crucifijo en la mano, pero que piensan más que en la religión, en las mujeres, la caza y en jugar al dominó y al tute". (103)

Personaje no menos importante es Matefto el tabernero, dueño y señor de la única taberna del pueblo, que es centro de reunión obligado de los hombres del lugar. En su establecimiento, incitando los sentidos de los numerosos parroquianos, vista, olfato y paladar, pendientes del techo a una conveniente altura que pudiese desalentar fuertes tentaciones, "relieves de matanza y ristras de chile"; amontonados en los -- burdos y apenas desbastados anaqueles adosados a los enjabelgados muros, "jarros de loza, frascos de guindas en aguardiente y copas de vidrio grueso", invitaban a la concurrencia a remojar sus resecos gaza-- tes...

No podría faltar, el barbero del lugar, Evaristo, "diestro en sobar" y sangrador como tradicional complemento de su oficio. Sus horas libres las llenaba con el piadoso menester de mandadero de las monjas bernardas que allá tenían su convento y alternaba este meritorio quehacer con otros que si bien no lo eran tanto, no por ello dejaban de ser útiles y necesarios a la comunidad, prestamista y alcahuete.

Junto a estas gentes que se mueven en el medio rural en que se desarrolla la narración, se nos muestran otras de carácter urbano no menos bien trabajadas: Trinidad Ledesma, inevitable cacique de la región, que desde la capital y en beneficio propio más que de la comarca, dirige los destinos de ésta; el aristócrata Pomares de Valsalobre, cuyo nombre revela bien cual es su condición y un notable espadón, el General - Mambrilla, de la muy hispánica estirpe de los Narváez, estirpe infortunadamente aún no totalmente extinguida en nuestros días en tal país. Entre sus más sobresalientes méritos, se señalaban, "aparte del servicio y del tresillo", la frecuencia y la extraordinaria destreza con que sabía silbar.

Aparecen también descritos en la obra con singular maestría, aldeanos y cortesanos, hidalgueros que "nada sabían hacer y que mal vivían - gracias a préstamos de antiguos renteros", por quien tuvo ocasión de tratar y de conocer a fondo a unos y a otros. La descripción que de tales personajes se nos ofrece no se limita exclusivamente a su aspecto exterior, su idiosincrasia, el estudio que hace el autor del interior de ellos, constituye una certera exposición psicológica de tales gentes.

Vivos, reales en toda la crudeza de su bárbara condición, poseedores todos ellos de las "virtudes de su raza", desfilan por la obra estas gentes retratadas sin caer en distorsiones que no pocas veces debieron tentar al autor.

En cuanto a las mujeres de la novela, éstas aparecen siempre en segundo término, fugaz y un tanto fantasmalmente como corresponde al lugar y a la época en que la acción se desarrolla. La triste condición que a las mismas estaba reservada hace innecesario recordar, por bien conocidos, los refranes a que ellas aluden: "La mujer y la mula..." -

Otros muchos más podrían recordarse en los que claramente se expone el lugar que la sociedad de la época reservaba a quienes pertenecían a este sexo.

De la descripción que se hace de los tipos humanos, no desmerece la de los lugares y los paisajes que sirven de marco a la narración. Si bien los primeros son tratados con cierta rudeza y un tanto descarnadamente, la pluma de nuestro autor se torna suave y amorosa en la remembranza de los paisajes y de los pueblos castellanos de sugerentes y sonoros nombres. Ante nuestros ojos van desfilando, descritos con breves y magistrales trazos, "Pioz, cuadrilongo, macizo espesas tintas de lirio sobre llanuras bermejas. Torija, se yergue en la cañada, amarillento y roído, como torre de calaveras... Sigüenza entona lo pardo con brochazos ferruginosos... Atienza, Molina, en ocre bisunto..." (104) - ¡Cuanta historia de España encerrada en tñn sonoros nombres!

Con la descripción del pueblo que da nombre a la novela, pueblo que no sería difícil de identificar para el avisado lector, termina esta galería de cuadros tan espléndidamente trazados por la mano del autor. "Gris de plata, en el regazo de tiemblos y pobos, expira gracia tímida... en su armonía, la gracia aligera los pasos, disimula el grandor" (105)

Veamos una estampa de un atardecer en el campo castellano, no sin señalar de pasada que quien nos lo describe, dejados ya atrás sus años mozos, bien templado el espfritu y superadas las ansias y los afanes propios de esta etapa de la vida, gusta y se recrea morosamente de la paz deleitosa que este ocaso, produce en su bien acusada sensibilidad: "El poniente reblancece la tarde con rancios oros fluidos y ventolina - sazónada de aguaceros remotos. Los cipreses del plantel, en filas de -

jóvenes arqueros, curvan el tallo. Estridores de sedas rasgadas en las flámulas del maíz".

Una vez más al leer estas líneas, despiertan nuestros sentidos y pudiera decirse que escuchamos, contemplamos y nos acaricia un soplo del viento a cuyo vigoroso empuje se doblegan los maizales y los cipreses; sobre nuestra piel, nos parece haber experimentado la sensación estimulante producida por un viento cargado de humedad.

En una nueva e inimitable galería pictórica literaria, a cuya reproducción no podemos sustraernos, las distintas estaciones del año se nos presentan como sigue: He aquí al estío, en primer término, al que posteriormente habrá de seguir el otoño y el invierno: "Olor de parvas, vaho caliente del río en los agostos, extenuado el caudal en su lecho - de guijos; olor de vendimia, luego de llover, cuajado de avispa el rayo de sol que dardea las uvas del lagar; lumbre de leña a prima noche, corriendo el mes de las ánimas; soles de invierno, brillo azul, fría -- blancura, desleídas en vapor las formas garapiñadas de escarcha; fragor de río, alto y rotundo despeñando en la presa la ruidosa canción de sus espumas..." (106)

La lluvia, que ha de dar el pan cotidiano a los lugareños, cuyo modesto bienestar está supeditado a lo que el campo produce, llena a todos de una gozosa alegría que parece haber contagiado a nuestro autor: "Jolgorio arrollador del agua -icuantísima!- recia, furiosa. El suelo se atraganta. Se colman los surcos, las sendas, los caminos, corren por las laderas borbotones sucios". Fiesta grande son para los campesinos estas aguas; bendición del cielo para sus tierras siempre ávidas del vital líquido. Seguridad del diario sustento, incierto en tierras ateniadas a la voluntad de la naturaleza a los caprichos del básico elemento.

Un campesino, parco, escueto como la tierra que le ha visto nacer, resume sentencioso el feliz acontecimiento: "Esta agua ha valido un valer".

Si nos fuese permitida cierta dosis de hipérbole, diríamos que este libro de Azaña, constituye un pequeño tratado sobre Castilla. A través de sus hombres, de sus paisajes y de sus pueblos, de los quehaceres cotidianos de las gentes de la región, el lector sin moverse de su lugar, se imagina haber convivido con estos hombres y haber pisado las tierras descritas. Tan fuertemente impresionado queda por lo que ha leído que a veces llega a dudar si no ha sido partícipe de los hechos acontecidos en el lugar en que la narración se desarrolla.

Insistiendo sobre el notable poder descriptivo del que hace gala el autor a lo largo de su novela, el imaginario pueblo, Fresdeval, todo gracia y encanto cuando se contempla desde cierta perspectiva lejana, pierde bastante de lo primero y de lo segundo en el momento en que nos adentramos en él. Sometido a la indiscutible voluntad de clérigos y de caciques, sus habitantes soportan una vida dura y con más incomodidades que satisfacciones. Promiscuidad y miseria en un modo de vivir que ha perdurado durante siglos: "Trojes, cochiqueras, corrales anejos de lóbregas casas, donde se vive puramente a lo labrador, según cierta tradición coetánea de los romances..."

En Fresdeval, lo mismo que en tantos pueblos del campo español, se diría que el tiempo se ha detenido. Las tapias de las casas que lo circundan han detenido el avance de la civilización.

¿Quiénes son los hombres que pueblan Fresdeval? "Raza aborigen, - diríase desdeñada; el invasor imperante no los conquista, no los corrompe ni los extermina". El indomable espíritu de estas gentes resiste y se muestra impermeable a cualquier influencia que sobre ellos pretendie

sen ejercer los invasores que desde distintos puntos cardinales holla--ron su suelo en el transcurso de la historia. La tierra y el clima, du--ros e inclementes, forjaron en sus hombres el carácter recio e indivi--dualista que impide cualquier penetración del exterior.

Triste y desconsolador panorama que nos lleva, sin proponérmolo, a abrir una interrogante: ¿Que podrfa hacerse para elevar las condicio--nes de vida, morales y materiales de tantos pueblos de España que, como el que se nos presenta, se encuentran en el mayor desamparo y olvidados por todos? Pesimista se nos muestra el autor al tratar de ello: "Se -evapora el espíritu motor asediado por lo rústico". Por otro lado, es clara y manifiesta la indiferencia con que contemplan tan lamentable si--tuación, quienes estarfan obligados a remediarla y si alguna vez se de--ciden lo hacen en forma inconveniente: "...el estado moderno, falto de vocación más clara, los muda en presidios y cuarteles, colmenas de bu--rócratas".

Escasos y modestos son los esparcimientos y las diversiones a que se pueden entregar los lugareños, que la tierra es celosa y exige la -plena entrega de quienes de ella se sustentan. Quizá el único entrete--nimiento sea la cacerfa y aún este, como solaz, es disfrute casi exclu--sivamente permitido a gentes de posición social elevada, que con enfe--brecida pasión se aplican a este arte en terrenos acotados, propicios a tal diversión. Veamos esta estampa venatoria: "...los últimos dis--paros rayan de fuego la umbrfa de los robles. El ánimo belicoso, e--brio de sol, de pólvora, de tónicos silvestres... Esta será la sazón -que aprovecharan los númenes del monte para imbuir en los cazadores -- los grandes mitos cinegéticos".

Fuera de estos paréntesis placenteros de los que si no es furtiva--mente, apenas puede participar la gente del pueblo arriesgando mucho,

la vida transcurre gris y rutinaria, nada es posible hacer sino "...vagar por las calles, funciones de iglesia, entierros y partidas de mus - con los curas". Constituye una preocupación generalizada de los moradores del pueblo, "arañar ochavos". Tan modesto pasar no impide que los tradicionalistas del lugar digan con jactancioso orgullo: "Cuanto hemos sido y hemos hecho en el mundo encuentra aquí un altar". Alguna -- mente más lúcida exclamará como respuesta a tan vanidosa actitud: "Todo será en la vida cabildos y catedrales, monjitas y fachadas platerescas? La propia existencia debe importarle a uno más que todo".

Tampoco podfan pasar por alto en el libro alusiones a las delicias culinarias de la región. Su descripción constituye una verdadera invitación al lector para holgarse con ellas. En los platos, bien colmados "ajo, pimentón y chile", que son "primores del suelo español", constituyen el principal aderezo. El lector se uniría de muy buena gana a quienes con placentero ánimo, se aprestan a atacar briosamente y hasta su total exterminio los sabrosos platos, honra y prez de la cocina castellana. Dispongámonos -¡ay!- sólo mentalmente a participar en tan espléndido festín: "...tras breve salva de jamón curado y sopa del puchero con menudillos, que prepara el estómago: cochifrito, morteruelo, -- caldereta, callos, matanza fresca o el primor del lomo asado; luego un capón, un pato o perdices con verdura... postre de torrijas, arrépalos y bartolillos. Vino añejo y aguardiente". (107)

No siempre ha transcurrido la vida de Fresdeval pacífica y tranquila, como sucede en el tiempo en que la obra se desarrolla. En alguna época de su historia, el pueblo ha sido escenario de graves acontecimientos que estremecieron y llegaron a romper con violencia el curso monótono en que se desenvuelve su vida. Hechos de importancia tal, que -- aunque no tenemos constancia de ello, debieron dar lugar a relatos y ro

mances que ciegos trashumantes, portando carteles y puntero en ristre, relatarían en villas y pueblos. Los males y desventuras que sufrió la nación, alcanzaron a tocar este escondido rincón castellano, quebrantando si no la felicidad y la abundancia que de tanto bien jamás gozaron - sus moradores, si la paz y la resignada tranquilidad en que vivían. No sin cierto sabor "valleinclanesco", sabor que ya hemos creído advertir en alguna otra obra de nuestro autor, se relatan en la novela ciertos hechos acontecidos en España y de los que Fresdeval fue escenario. Después de sospechosos "tejemanejes preparatorios de la guerra carlista", se produce una "minúscula revolución social", atemorizados los habitantes del pueblo presencian "cuando los artesanos entraron al ayuntamiento". Los ánimos de los invasores enardecidos se encrespan y "los retratos de la reina salieron precipitados por el balcón de la casa consistorial a las hogueras patrióticas". Volando por los aires pudieron entonces verse, entre multitud de objetos, el óleo bien enmarcado que presidía el salón del concejo, con la regia efigie de Isabel II, "fofa, pechierguída, tras la impúdica cenefa de su blonda".

Un personaje, que se diría imprescindible, cuya presencia contribuye a realzar el ambiente de la época en que la narración se desarrolla es el Batanero, bandido generoso, terror de la comarca, que periódicamente y de manera furtiva entra al pueblo para recibir de los ricos, -- buenas cantidades de dinero como una cuota de protección a sus propiedades. Espléndidos antecesores, estos bandoleros españoles cuyos hechos y nombres dan lugar a leyendas y romances, de los que años más tarde habrían de jugar un importante papel en la historia de no pocas ciudades de Norteamérica.

Otros pintorescos personajes que desfilan por la novela, príncipes de la Iglesia, generales masones y filibusteros enriquecidos gracias a

inconfesables operaciones ultramarinas; disputándose el gobierno de la nación en cruentas y repetidas "guerras carlistas", Espartero y Zumalacárregui, cabezas de liberales y carlistas respectivamente, mientras -- que en estrados y salones, se combate también "a campo cerrado" y por medio de intrigas y maniobras cortesananas. Escaramuzas tales que se alternaban con otra actividad, tampoco exenta de ciertos riesgos pero más sustanciosa para ciertos paladares que era de la despellejar al prójimo. Buen ejemplo de ello, entre otros, el de un mundano purpurado, asistente puntual de estas reuniones, quien para referirse a cierto pecado cometido por uno de sus ilustres feligreses con una viuda fea y cuarentona, "suelta vagamente, con casi inaudible bisbiseo", en frase en la que no se sabe que admirar más, si la comprensión o la indulgencia hacia las flaquezas de la carne, "Dios nos libre de una prisa..."

Indudable tinte de aguafuerte goyesco, tienen las estampas de la invasión francesa de la que no se libró Fresdeval, que se nos muestran en la obra. Tumultuosamente, acompañada de un gran estrépito, irrumpe en sus calles una patrulla de la caballería francesa: "El pueblo se -- llenó de armas, estruendos y resplandores". Hieren los ojos y oídos de quienes presencian asombrados la batahola, "el retintín y cabrilleo de espuelas, sables y divisas". Transcurridos los primeros momentos de estupor e indecisión que motiva tan inesperada presencia, el imponente -- enemigo no consigue someter a los moradores del pueblo y la indignada respuesta no se hace esperar. Con arrojo, sin pedir ni dar cuartel, -- hombres y mujeres, se aprestan a rechazar a los invasores con lo que -- más a mano tenían. "cazaban franceses a tenazazos, según salían de su yacija, algunos empalmaron los dos sueños..."

No podía nuestro autor dejar de aludir en esta obra, así fuese de pasada, a lo que para él constituía uno de los más graves males que se

abatían sobre su país, los anticuados y perniciosos sistemas educativos que eran utilizados por aquellos en cuyas manos estaba tan noble y delicada función. Señala y se duele de ello, como "los escolapios, fulminaban con una vara de taray o una correñlla viborezna, pizmienta y redondita" a sus alumnos más inquietos o distraídos y los medios de que estos se valían para defenderse de la agresión: "Algunos mozalbetes se untaban de ajo las palmas de las manos previendo el dolor de los correaos y los verdugones..." (108)

Da fin la obra cuando se produce la extinción, el ocaso, de los dos casas que constituían los pivotes alrededor de los cuales había girado la vida toda de Fresdeval. Con la muerte del personaje más representativo del linaje de los Anguix, toda una época se extingue también. Familia esta que curiosamente, como ya hemos hecho observar, no obstante representar en el limitado ámbito de su pueblo los ideales liberales del siglo, constituían al mismo tiempo los últimos vestigios de una clase feudal que resultaba ya un verdadero anacronismo. En cuanto a los Budía, la evolución que se manifiesta en el último de sus miembros, familia que había constituido el símbolo de la burguesía rural, conservadora a ultranza como tal y cerrada a toda idea de renovación y progreso, experimenta el cambio que imponen los tiempos que corren. En forma lenta se va desprendiendo de la posición mantenida por su familia, colmada de viejos prejuicios, mantenidos por siglos y heredados generación tras generación y de acuerdo con su época, comienza su evolución.

Lo que el autor ha pretendido ofrecernos por medio de su novela, ha sido plenamente logrado, circunscrita a las limitadas proporciones de un pueblo de Castilla, la imagen de un país, España. Con el cierre de una triste etapa de su historia, se diría que el autor ha pretendido despertar en sus lectores la esperanza, que el mismo acaricia, de que -

el nuevo capítulo que se abre deberá conducir a su país a un destino me
jor y más provechoso.

d) TEATRO

La producción teatral que nos legó Manuel Azaña fue muy limitada, no obstante la indudable y bien conocida atracción que el género dramático ejerció en nuestro autor. Prefirió, quien sabe por que motivos, que sus relaciones con el teatro fuesen pasivas más que activas, si -- así puede decirse, y desde los altos puestos políticos que desempeñó, fue protector de este así como espectador impenitente, frecuentó a actores y directores muchos de los cuales se contaron entre sus mejores amigos.

La pieza más importante que escribió para el teatro fue "La corona", curioso título escogido para la obra por quien era un decidido adversario de la institución monárquica, aunque bien pudiera explicarse al ver lo mal parado que a través de la pieza teatral, queda este real símbolo.

La obra dividida en tres actos, subdivididos en escenas alguno de ellos, está dedicada por medio de las iniciales de su nombre a la que fue su mujer. La acción tiene lugar, al decir del autor, en un país imaginario y en una época indeterminada.

Con un éxito discreto, que no trasciende al gran público, limitado casi exclusivamente a los círculos intelectuales de su época, se estrenó en Madrid en febrero del año 1928.

Posee La corona, lo que, según Madariaga, deben constituir las -- condiciones indispensables para que una obra teatral pueda considerarse como tal, "dones hondamente poéticos, la intuición del alma y la magia verbal"

De todos ellos, especialmente de los señalados en primero y segundo lugar, participa indudable-

mente el drama.

En una nota preliminar el autor tiene buen cuidado de recomendar a los actores que habrían de llevarla a la escena que deberían abstenerse de adoptar el habla de algunos de los personajes de la obra y que los parlamentos se pronunciarían naturalmente, sin remedo de ninguna especie. Pretendía con ello no acentuar un carácter que, por lo bien marcado que aparecía, hubiese resultado inconveniente por lo reiterado y no reducir su valor al imprimirle un tono que podía aparecer excesivamente localista.

Impregnada de cierta dosis de esperpentismo, medurado como convenía al temperamento y gusto de su autor, esta pieza tan teatral quizá podría calificarse con más propiedad de farsa que de drama. A fuerza de aparecer como prototipos de lo que cada uno representa, los personajes pierden autenticidad y se dijera que actúan como si fuesen movidos por el hilo sutil de quien los maneja detrás de las bambalinas. A los fines que el autor pretendía es de suponer que tal cosa no le importase en lo absoluto.

Advierte Azaña que tanto los personajes de la obra como el lugar en que la acción se desarrolla no corresponden a un país determinado. Una pequeña dosis de ironía parece encubrir la advertencia que a nadie convence... ni pretende convencer. Se diría que en su fuero interno -- Azaña se solaza de esta pequeña trampa que tiende al espectador, seguro de que este por poco avisado y perspicaz que fuese, no habría de caer en ella y se percataría prontamente de la intención que le guía.

Acentuadamente hispánicos son tanto el marco en que se desarrolla el drama, como los que dentro de él se mueven. Lugares, acontecimientos y tipos, nos transportan de inmediato a la España de la época isabe-

lina, que tan primorosamente distorsionada y sin embargo de manera tan fiel, retrató Valle Inclán en la trilogía que llamó La Corte de los milagros. Rotunda, indiscutiblemente ibéricos son estos personajes que poseen "caracteres enteros de una originalidad poderosa", presentes en este drama de Azaña, están junto a otros tipos muy de la época, los facciosos, nombre con el que se conocía a los carlistas que combatían contra los liberales defensores del gobierno y los guerrilleros, vocablo - este que acuñado en España, ha pasado a distintos idiomas para designar combatientes que no pertenecen a un ejército regular y luchan aprovechando los accidentes geográficos de una región por ellos bien conocida. Soplonos y polizontes, desfilan también por la escena del drama así como un gobernador civil, fiel representación de la administración en turno, sexagenario "rollizo, peliblanco y rubicundo", personaje de apariencia respetable bajo la que se esconde el cinismo, la podredumbre y la corrupción. Hombre oportunista y convenenciero, confiesa sin empacho, que su principio consiste en no profesar ninguno, seguro según añade, de que - tal principio resulta fecundo como el que más. ¿No es este acaso el vivo retrato físico y moral del gobernante finisecular de la historia de España en tal época?

Inconfundibles también, netamente hispánicos, son la Princesa, el Embajador y el Caudillo. Prófugo de un seminario, este último, embozado en capa blanca y al frente de sus leales, más de una vez, se decía - había acabado con todo un ejército; cuando la ocasión fué propicia no dudó en pasar por las armas a una guarnición entera, ni en abrasar en - las llamas a todo un pueblo que cree hostil, con la absoluta convicción de que la misión que se le había conferido provenía de la Divinidad: - "...rebeldes a una ley temporal, ellos eran la ley eterna que representaba su raza". Que otra raza podría ser sino la hispánica productora de

"zumalacárreguis" y "santacruz" esta a que alude Azaña. Imposible sería situar en otras latitudes, fuera de España, a estos descomunales y crueles personajes, azote y espanto de las regiones que servían de marco a sus andanzas guerrilleras.

Como contrapunto a la violencia que campea en la obra, el autor intercala unas breves escenas que permiten al público recuperar el aliento en suspenso. Escenas cortesanas, de acentuado gusto rococó, que también nos hacen recordar al Valle Inclán, en su época modernista de las Sonatas. En los jardines de un palacio, entre "parterres" y estanques, de afrancesado sabor, una linda menina y un gallardo paje, caricias furtivas y tiernos galanteos, inician un romance.

En esta ocasión, Manuel Azaña, se ha valido del teatro, por considerarlo un medio literario más efectivo y de más profunda penetración para influir en el ánimo de sus conciudadanos. Utilizando esta vez el escenario se lanza a la empresa y presenta una etapa de la historia de su país, degradante y vergonzosa, que el autor y con él un buen número de la mejor gente de su tiempo, pretendían que quedase enterrada para siempre. Intento vano el de estos altos propósitos, con las variantes que el tiempo imponía, la infortunada patria de Azaña, habría de padecer nuevamente una situación muy semejante a la que nos presenta y que se suponía definitivamente superada.

Al penetrar como autor en el género teatral, quiso también Azaña probar fortuna escribiendo un entremés. No sabemos si llegó a represen

tarse, pero en todo caso y para solaz de sus lectores sí fue publicado. Por otro lado quizá el autor tampoco tuvo un interés mayor en que fuese llevado a la escena y el impulso que lo llevó a escribirlo se debió tal vez a su deseo de producir una pieza de un género tan genuinamente español.

En El sereno, que con este nombre tituló a su entremés, el autor - hace gala de su agudo ingenio y de cierta chispeante gracia. El título es de por sí lo sobradamente elocuente para que el lector sepa de antemano lo que va a encontrar en esta pieza. Entre los tipos, muy madrileños todos ellos, que nos muestra en la obra, el sereno, una cupletista, un galán, un trasnochador y la casquivana mujer de éste, tienen lugar unos diálogos llenos de gracia picante e intención. El tono general de la obra, su ambientación, el humor desgarrado y chulesco de los diálogos, - que es gala y orgullo del bajo pueblo madrileño, hacen de esta pieza teatral una obra maestra en su género, que no hubiesen desdeñado firmar ninguno de los maestros del mismo.

Un sereno, filosofante y sentencioso como cumple a la importante - función municipal que ejerce, una cupletista nada avara de sus encantos, el donjuanesco galán a quien nuestro autor califica con sobrenombres de quevedesco ingenio como cataportales, ratón de entrepuerta, saltasótanos, entre otros no menos jocosos, junto con un marido burlado y la mujer de este, hembra ligera de cascos, son los personajes que desfilan por la escena, graciosa y habilmente manejados por el autor.

Es un hecho curioso que debemos señalar, que ni el ambiente en que la obra se desarrolla, el Madrid castizo, ni los personajes que aparecen en la misma, tipos y escenarios que tan caros fueran para don Ramón de la Cruz, no lo son propiamente ni despertaron nunca la simpatía de nuestro autor. ¿Que pretendía con ello? Posiblemente su intención fue, ma-

drileño por adopción al fin, no solo demostrar que conocía bien los tipos y el ambiente sobre los que trata su obra, que era capaz de situarse a la misma altura de los maestros del género, sino más que todo ello, en tono amable poner en solfa, al tipo madrileño castizo que con cierto orgullo muchos de los hijos de la villa y corte, pretendían perpetuar y que resultaba ya falso y anacrónico en los tiempos que corrían.

e) PIEZAS ORATORIAS: Discursos y Conferencias

Es cuestión que no está a nuestro juicio claramente dilucidada lo que pudiera constituir la diferencia entre una conferencia y un discurso. ¿Existe en realidad alguna diferencia entre lo uno y lo otro? Quizá no ha sido más que la costumbre la que ha establecido una cierta diferencia al conferir a la conferencia una importancia superior por lo que se refiere al contenido, más enjundioso, más elaborado y como consecuencia de ello para la exposición se requería dedicar más tiempo y mayor cuidado a su preparación. Solamente quienes fueran poseedores de una especial y superior formación cultural estarían en posibilidad, en todo caso, de proceder a su improvisación.

El discurso, que indudablemente puede poseer también valor y trascendencia y de hecho son múltiples los que por uno u otro motivo han pasado a la historia, en multitud de casos pudieron ser improvisados, sin haber sido objeto de una preparación previa.

En nuestro trabajo, dada la índole del mismo y aunque tanto las -- conferencias como los discursos e incluso algunas intervenciones parlamentarias de Azaña contienen independientemente de los valores sociopolíticos e históricos otros muchos que justifican amplios análisis y comentarios, nos limitaremos a hacer referencia de sus conferencias, atendiendo para su selección, las que tengan para nosotros una significación más específica.

La característica principal que distingue las piezas oratorias de Azaña, independientemente de su tema, generalmente de interés, bien escogido y ampliamente documentado, es la exposición del mismo realizado en forma sobria e impecable; sin retoricismos que su estilo literario -

rechaza y ausentes de concesiones demagógicas que por negativas desprecia. De la misma manera que maneja su pluma, escueta y elegante, utiliza la palabra.

En un buen número de sus conferencias se advierte una ironía amarga, cierto tono punzante que nos hace recordar a Quevedo y a Larra. Los grandes inconformes de nuestras letras que lo mismo que Azaña, no podían mostrarse indiferentes o ajenos al ambiente que prevalecía a su alrededor y recurren para combatirlo a las armas sutiles en las que eran diestros, la pluma y la palabra. Tras veladas alusiones, comentarios llenos de intención que dentro de lo jocosos se esconden acres censuras, que en general pasaban desapercibidas para quienes eran objeto de las mismas, pero no para el pueblo que con su intuición sabía recogerlas y aprovecharlas convenientemente. Nunca sin embargo, para censurar lo que le desagrada, recurrirá Azaña a utilizar términos que el buen gusto rechazaría.

En sus exposiciones oratorias, sabe crear una perfecta comunicación espiritual, que le permite establecer entre él y quienes les escuchan el nexo necesario para que estos discurren en su compañía a lo largo de su disertación. Desprecia el fácil recurso, que bien podría movilizar de proponérselo, de estremecer las fibras sensibles de su auditorio. Sus conceptos van dirigidos más que al corazón a la conciencia y al cerebro de sus oyentes y de esta forma que por ser más ardua y sutil requiere -- las condiciones excepcionales que poseía el orador, alcanzan plenamente su propósito, convencer a quienes le escuchan gracias a sus razonamientos bien fundamentados, sinceros y claramente expuestos.

La técnica expresiva que emplea la debe en gran parte a los padres agustinos que fueron sus primeros maestros, especializados en la preparación de sus alumnos para el foro y el parlamento. Técnica nada fácil de

adquirir y que requería no solo una larga práctica y experiencia sino - también gran dosis de cultura.

Sus oraciones son modelo de buen decir y para aquellos que no lo - conocían a fondo, los diversos tonos y matices que empleaba, la lógica y claridad de sus conceptos, la ordenación de los mismos y la sencillez verbal, podría resultar sorprendente.

Por su extraordinaria talla como orador se ha dicho que podría con siderarse a Azaña, legítimo sucesor de los grandes tribunos españoles - de todas las épocas. De Cánovas heredó el espíritu analítico así como cierto escepticismo, de Canalejas el estilo y la capacidad de síntesis de Castelar, si bien el lenguaje que emplea este último es opuesto al - de Azaña. El que utiliza Castelar de acuerdo con la época en que vivió tiene mucho de romántico, en tanto que el de Azaña podríamos calificarlo de clásico o mejor quizá si atendemos a su tiempo, de neoclásico.

En los discursos de carácter político, sorprende observar la serenidad con que los pronuncia; dichos algunos en momentos críticos se encuentran libres y sin contagio de la pasión que fuera lógico esperar. Refractario a toda arbitrariedad, tolerante frente a la intolerancia, - sus intervenciones oratorias jamás pierden la ponderación y la sobriedad que hacen a las mismas cobrar mayor valor y fuerza. Ni agravios ni reproches al adversario; nada que no fuera respetuoso. Nada tampoco -- que pareciese campechanía o compadrazgo. Tuvo buen cuidado de no incurrir en la demagogia que repugnaba a su carácter, no obstante ser este un vicio del que mucho adoleció la política de todos los tiempos y que en su país no constituía una excepción.

Poseedor del don de la improvisación, don que define al orador par lamentario, se revela como tal en un debate provocado con motivo de la

discusión de cierto artículo de la nueva Constitución de la República en las Cortes, pocos meses después de proclamado el nuevo régimen. Su intervención, breve y concisa, sorprendió gratamente aún a sus propios adversarios políticos. Se ha dicho, justificadamente, que Azaña fue una verdadera revelación no solo como parlamentario sino también como gobernante de muy singulares méritos.

Que Azaña era un orador nato sobre constituir un hecho evidente y que nadie discute, lo confiesa él mismo en el comienzo de una conferencia pronunciada con el tema Cervantes y la invención del Quijote, que así tituló a la misma y que más adelante habremos de comentar.

Al aludir a lo que él llama "la oratoria útil", que según lo indica su nombre es la que tiene una utilidad inmediata, que va dirigida a promover una acción, en este caso "una acción interior del ánimo", hace una diferencia entre esta y aquella otra que pertenece al "orden de las palabras bellas dirigidas al placer". A ninguna de las dos desdeña y afirma finalmente: "Hablar es un placer de los más vivos que se ha procurado la inteligencia. Contagioso y comunicable como otros placeres. El placer de ser hablado, que es suscitar el placer correlativo en el oyente". Remata su conferencia recomendando a quien hablase en público que cuidase mucho de no caer en la persistencia pues de hacerlo podría convertir lo placentero en tedioso: "Placer y persistencia son términos inconciliables". (109)

Esta indiscutible verdad expuesta de manera elocuente, nos hace recordar como unos siglos antes, en los albores de la poesía en su país, lo expresó también por medio de unos versos de conmovedora sencillez e insuperable elegancia una gloriosa pluma, orgullo de las letras españolas.

En España puede considerarse a Azaña como el iniciador de un nuevo estilo oratorio que rompía viejos cánones que durante muchos años prevalecieron en este país. Sus piezas oratorias, al decir de quienes lo frecuentaban, las preparaba inicialmente durante sus largos paseos nocturnos madrileños. En su mente, a lo largo de estas "cavilaciones solitarias", comenzaban a engendrarse los discursos y conferencias que más tarde habrían de admirar a sus oyentes.

Entre sus discursos memorables está el que pronunció en Valladolid con motivo de un homenaje que le tributaron sus correligionarios políticos. Se trata de una magistral pieza oratoria; ciertos pasajes contenidos en la misma, particularmente una visión del campo castellano, que sería propio de una antología.

Por los conceptos vertidos consideramos de un valor apreciable la conferencia que en el año 1930, pronuncia en un club femenino, el Lyceum y la que ya anteriormente habíamos aludido, Cervantes y la invención del Quijote.

Hemos de volver sobre ella para comentarla con la extensión que requiere. A manera de introducción y antes de entrar en materia, aclara el motivo que le ha llevado a pronunciar su conferencia y no trata, según costumbre establecida generalmente por un orador cuando inicia una pieza oratoria, de excusarse ni presentar disculpas de ninguna especie a su auditorio. Consciente de su valer nunca adoleció de la falsa modestia que hacía caer en estos fáciles recursos a gran número de los que hablaban ante un público.

A continuación, confiesa la satisfacción que le producía poder dirigirse a un público atento e interesado en el tema tan de su agrado sobre el que disertaría.

Tras estas palabras iniciales y adentrándose en el tema de su conferencia, señala la burla reticente, la sorna que se advierte en su personaje, Cervantes, y que se manifiesta en su obra maestra el Quijote. - Califica tales muestras de su carácter como "el más auténtico fruto y el más peligroso de su tierra nativa". (110) Bien podía observarlo - así Azaña, hijo como Cervantes del solar castellano y que, quizá a su pesar, mordió también en ocasiones tan incitante producto. Obligado se rfa señalar sin embargo, que tanto uno como otro, jamás traspasaron los límites de la medida y del buen gusto que fueron característicos de tan distinguidos autores.

Considera que la magia que posee el Quijote, estriba en la facultad de descubrir en el lector nuevos modos de sentir, que antes de leer lo ignoraba, por este motivo, entre otros, "le somos deudores de una parte de nuestra vida espiritual que él ha descubierto".

Para Azaña el Quijote es fruto de una elaboración poética, "asimilada por el pueblo, de más antigüedad que su expresión literaria en el romancero". Observa que este valor que posee el libro de Cervantes, no está contenido en la totalidad del mismo sino en parte de él, en otras decae el tono y es solamente "designio satírico y costumbrismo". Huelga decir que no es esta parte a la que en segundo término alude Azaña, la que despierta su atracción. En cuanto a la resonancia que el libro de Cervantes obtuvo, no proviene de que este sea el "poema de un fracaso, fracaso de Don Quijote o fracaso de Cervantes, sino de conocer y aceptar la condición subalterna de cada hombre ante el fenómeno inexplicable de la vida". (111)

Estima también que no es propiamente el tema lo que constituye un valor de primera importancia en el Quijote, para él lo más importante -

del mismo es su poder de "alucinación y plasticidad", facultades ambas, que poseyó el autor en grado sumo y afirma, juicio compartido por buen número de cervantistas, que la raíz de "tan estupendo libro, es autobiográfico".

El Quijote, dice, es fruto concebido por su autor en su "otoño copioso", producido en la etapa de crisis de la madurez, "cuando el espíritu se vigoriza y la serenidad de la inteligencia se impone al juego sentimental". Continúa Azaña y se extiende bella y poéticamente hablando de los beneficios que recibe el hombre cuando alcanza su etapa de madurez. Se imponen "los dones otoñales... la dulzura, la melancolía, el humor y aquella resignación placentera ante el rigor de la vida". Es entonces cuando "el raudal de lirismo frenado por la sabiduría" (112) se contiene, fluye regular y armoniosamente y evita los fáciles desbordamientos que son propios de la edad juvenil ya superada.

Advierte en el libro que constituye el tema de su conferencia, como la actitud reflexiva del poeta se impone sobre su propio ser y encuentra en él mismo ciertas muestras de desesperanza, "desesperanza, que no desesperación, sin funebridad, rebelión sin frenesí románticos, nimbas por las suaves luces de un otoño sereno". (113) Señala, con la satisfacción propia de quien participaba de los mismos gustos de Cervantes, que este "se exime de lo retórico convencional" y aconseja a continuación al lector del Quijote que debe abstenerse de "roerlo como texto criptográfico", curiosa recomendación que alude a un extraño afán que ciertos cervantistas experimentaron y que llegaron a acometer y que no pasaron de lucubraciones que a nadie convencieron. Esta apreciación de Azaña sobre el libro de Cervantes, la ha repetido años más tarde, el poeta sevillano Luis Cernuda, cuando afirma: "Nunca busco en Don Quijote más que lo que Cervantes dice"

Para poner término a su conferencia, dice que ningún escritor expresó tanto de España como lo hizo Cervantes en su inmortal libro y define al autor como sigue: "Abundancia, serenidad, hondura del manadero lírico de Cervantes, lo sitúan sobre todos los que en su tiempo y por diversas vías, trataron la materia española". En este rotundo juicio que nos hace Azaña se encuentra claramente la respuesta de por que la personalidad de Cervantes, ejercía en general tan extraordinaria atracción y muy particularmente para los hombres del 98 y la generación posterior de los novecentistas.

Ha terminado su conferencia. Centurias más tarde otro alcañino, de no menor sensibilidad, esclarecido ingenio y bien cortada pluma, superada también la etapa de "románticos ardimientos juveniles", en su "otoño sereno", dedicaría sus mejores esfuerzos igual que lo hiciera su ilustre coterráneo al tratamiento de una noble materia, "la materia española".

VII.- CONCLUSIONES

Es conveniente repetir que la obra literaria de Manuel Azaña reviste una gran calidad y no será necesario insistir recordando cuales fueron las causas, de carácter extraliterario, si se nos permite calificar las asf, que actuaron como una barrera interpuesta entre Manuel Azaña - escritor del público lector.

No habrá de ser, desde luego, esta aportación nuestra al estudio de su obra, la que permita situar a Azaña en el alto lugar que por derecho propio le correspondería en las letras españolas, pero si al menos lo--grásemos -desmesurado propósito- despertar entre los estudiosos de nuestra literatura un mayor interés en su obra, el objetivo de nuestro trabajo quedaría plenamente satisfecho.

Conviene repetir que no es el aspecto formal de la obra de Azaña - expuesta en un "lenguaje castellano genuino, sin alicño mediterráneo, gallego o andaluz" , la parte externa de ella, la que, aún siéndolo en alto grado, constituye lo más apreciable de la misma. El mérito de su estilo no le ha sido regateado por nadie y unánimemente es aceptado por quienes lo han leído y que no son, infortunadamente, tan numerosos como deberían ser. Con ser de primera calidad la forma expresiva que utiliza en su obra es precisamente el contenido de la misma lo que para nosotros tiene aún un valor superior. En cuanto al justo equilibrio -- que existe entre el fondo y la forma de lo que constituye su producción literaria, permite situar a nuestro autor y no creemos que haya quien - discrepe de ello, entre los clásicos de la lengua española.

Analizada ya la obra de Azaña a través de la selección hecha de -- los diferentes géneros literarios que cultivó, señalados sus valores de estilo y de contenido, procedimos a tratar de situar a nuestro autor en la generación de escritores a que, a juicio nuestro, pertenece. Con- - cluímos afirmando que no obstante ser múltiples las concomitancias que tiene con los hombres del 98, estas no serían suficientes para conside- - rarlo como perteneciente a esta generación, no sólo por motivos de tipo cronológico -que ello no constituiría un obstáculo de importancia mayor- - sino por otros más que por haber sido ya comentados, creemos innecesario repetir. Las coincidencias, múltiples, que existen entre Azaña y - los del 98 se explican fácilmente si se tiene en cuenta que el móvil, - España, es común a uno y otros, de manera tal que lo que realmente los separa son más que nada accidentes externos, no medulares, de actitud - más que de propósitos.

Aunque injustamente no se le cite, sabemos ya los motivos, Azaña - no sólo pertenece sino que para nosotros está a la cabeza de los hom- - bres que constituyeron, admitiendo su existencia, la generación del no - vecientos.

Lo que para alguno de sus críticos pudiera constituir una "desvia- - ción", al referirse a la parte de su producción considerada como no es- - pecíficamente literaria, en lugar de restarle importancia como escritor a nuestro juicio se la confiere en mayor proporción. Independientemen- - te de que en tales producciones utilice un estilo que pudiera servir de modelo para quienes tienen la vocación de las letras, que "quien escri- - be como habla irá más lejos en lo porvenir, que quien escribe como se - escribe", ha dicho Juan Ramón Jiménez, intercalados también en sus tex- - tos se encuentran con frecuencia trozos descriptivos que son de un ex- - quisito valor literario.

Se ha afirmado que el objetivo fundamental que deben perseguir -- quienes hagan literatura, es el de "hacer de ella un largo tratado de -- ética y estética". Si nos atenemos a ello y creemos no existe quien pu-- diera mostrarse en desacuerdo con este juicio que es justo y certero, -- nadie regatearía a Manuel Azaña su calidad de literato. A lo largo de su obra, en amistosa rivalidad, ambos valores están presentes.

La profesión de escritor en España, para quien la ejerció con ca-- bal conciencia del verdadero carácter de la misma y de las obligaciones que lleva aparejadas, ha sido en el transcurso de la historia, salvo -- breves y contados paréntesis, ingrata y arriesgada. Alguien que por ha-- berse entregado a ella conoció las servidumbres que tal profesión com-- portaba, en frase que rezuma tanta amargura como desencanto, la definió certeramente: "Escribir en España, es llorar". Fiel testimonio de e-- llo pudieran ofrecer buen número de españoles de todos los tiempos, -- quienes por expresar en sus obras ideas consideradas en el país poco or-- todoxas, sufrieron persecuciones y llegaron a dar con sus huesos en la cárcel.

La época en que transcurrió la vida de Manuel Azaña, no fué cierta-- mente fácil ni sosegada, por el contrario, estuvo preñada de amenazas y violencias crecientes que culminaron con la llamada, injustamente, gue-- rra civil. En tales circunstancias, Azaña no duda y fiel a su linaje -- liberal y a la tradición mantenida por las más gloriosas plumas de su -- país, fija su posición. Su recio carácter, su temperamento de pasión

ardiente, siempre refrenada, le impulsan en su decisión de combatir contra la lastimosa situación que contempla en su patria; con lúcida conciencia del compromiso que contraía y de los riesgos que este llevaba consigo, se entrega resueltamente a luchar por una renovación substancial de las estructuras imperantes, mediante el procedimiento más directo y eficaz: la acción política.

Como aborrecible traición a sus principios debió considerarse, si alguna vez pasó por su mente, el producir para solaz suyo y de sus lectores, una literatura puramente "estética", huera y sin substancia. Rechazaría también, consciente de que a su capacidad intelectual y de acción podía exigirle bastante más, seguir el camino de otros escritores que dieron rienda suelta a su inconformidad a través de cuartillas colmadas de inflamadas protestas y coléricas amenazas de destrucción de -- cuanto les rodeaba.

Cuando abandona las aulas del viejo colegio escurialense, rigurosa prisión más que amable refugio, liberado de las ataduras que pretendieron en vano aprisionar la mente y la conciencia del joven escolar, dueño al fin de su destino, contempla gozoso que un nuevo capítulo de su vida comienza.

En el cruce de caminos que se abren ante él, habrá de pensar por -- cual de ellos orientaría sus pasos, todavía indecisos como de adolescente. Descubre que no satisfacía a su vocación ejercer la profesión a la

N O T A S

1.-	Cipriano Rivas Cheriff	<u>Retrato de un desconocido</u>	pág. 3
2.-	Gregorio Marañón	<u>Españoles fuera de España</u>	" 15
3.-	Cipriano Rivas Cheriff	<u>Retrato de un desconocido</u>	" 12
4.-	Id. id. id.	<u>Id. id. id.</u>	" 13
5.-	Manuel Azaña	<u>El jardín de los frailes (obras completas).</u>	" 720 (T.II)
6.-	Id. id.	<u>Id. id. id.</u>	" 720 (T.II)
7.-	José Moreno Villa	<u>Los autores como actores</u>	" 29
8.-	Federico Sainz de Robles	<u>El espíritu y la letra</u>	" 85
9.-	Id. id. id.	<u>Id. id. id.</u>	" 85
10.-	Id. id. id.	<u>Id. id. id.</u>	" 88
11.-	Id. id. id.	<u>Id. id. id.</u>	" 86
12.-	Guillermo Díaz Plaja	<u>Modernismo frente a 98</u>	" 170
13.-	Ramón Gómez de la Serna	<u>Azorín</u>	" 223
14.-	José Onrubia	<u>Literatura española</u>	" 206
15.-	Salvador de Madariaga	<u>De Galdós a Lorca</u>	" 40
16.-	Manuel Azaña	<u>Estudios de política francesa (Obras completas)</u>	" 349 (T.I)
17.-	Azorín	<u>De Granada a Castelar</u>	" 13
18.-	Alfonso Reyes	<u>Tertulia en Madrid</u>	" 39
19.-	Gregorio Marañón	<u>Españoles fuera de España</u>	" 137
20.-	Rafael Alberti	<u>La arboleda perdida</u>	" 305
21.-	Ramón Gómez de la Serna	<u>Retratos contemporáneos escogidos.</u>	" 152
22.-	Id. id. id.	<u>Id. id. id.</u>	" 152
23.-	Azorín	<u>Clásicos y modernos</u>	" 172
24.-	Ramón Gómez de la Serna	<u>Azorín</u>	" 59
25.-	José Moreno Villa	<u>Los autores como actores</u>	" 35
26.-	Enrique Díez-Canedo	<u>Conversaciones literarias</u>	" 19
27.-	Pedro Salinas	<u>Literatura española del siglo XX</u>	" 80
28.-	Gonzalo Fernández de la Mora	<u>Ortega y el noventa y ocho</u>	" 142
29.-	Eduardo Gómez de Baquero	<u>Renacimiento de la novela en el siglo XX</u>	" 183
30.-	Ramón Gómez de la Serna	<u>Azorín</u>	" 138
31.-	Pfo Baroja	<u>Juventud. egolatrfa</u>	" 49

32.-	Guillermo Díaz Plaja	<u>Modernismo frente a 98</u>	pág. 224
33.-	Alonso Zamora Vicente	<u>Voz de la letra</u>	" 42
34.-	Ramón Gómez de la Serna	<u>Azorín</u>	" 37
35.-	Alonso Zamora Vicente	<u>Voz de la letra</u>	" 32
36.-	Julio Casares	<u>Crítica efímera</u>	" 346
37.-	Gonzalo Fernández de la Mora	<u>Ortega y el noventa y ocho</u>	" 93
38.-	Id. id. id. id.	Id. id. id.	" 70
39.-	Luis Cernuda	<u>Poesía y literatura</u>	" 382
40.-	José Moreno Villa	<u>Los autores como actores</u>	" 35
41.-	Alonso Zamora Vicente	<u>Voz de la letra</u>	" 40
42.-	Id. id. id.	Id. Id. id.	" 41
43.-	Guillermo Díaz Plaja	<u>Modernismo frente a 98</u>	" 229
44.-	Id. id. id.	Id. id. id.	" 229
45.-	José Acosta Montero	<u>Periodismo y literatura</u>	" 163
46.-	Id. id. id.	Id. id. id.	" 255
47.-	Id. id. id.	Id. id. id.	" 83
48.-	Id. id. id.	Id. id. id.	" 51
49.-	Gonzalo Fernández de la Mora	<u>Ortega y el noventa y ocho</u>	" 161
50.-	Antonio Espina	<u>Ganivet, el hombre y la obra</u>	" 80
51.-	Enrique Díez-Canedo	<u>Conversaciones literarias</u>	" 16
52.-	Eduardo Gómez de Baquero	<u>El renacimiento de la novela en el siglo XIX</u>	" 126
53.-	Id. id. id.	Id. id. id. id.	" 141
54.-	Id. id. id.	Id. id. id. id.	" 143
55.-	Manuel Azaña	<u>La velada de Benicarló</u>	" 429 (T.III)
56.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 431 (Id.)
57.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 435 (Id.)
58.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 457 (Id.)
59.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 411 (Id.)
60.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 405 (Id.)
61.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 437 (Id.)
62.-	Manuel Azaña	<u>Estudios de política francesa</u>	" 259 (T. I)
63.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 260 (Id.)
64.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 356 (Id.)
65.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 261 (Id.)
66.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 262 (Id.)
67.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 274 (Id.)

68.-	Manuel Azaña	<u>Estudios de política francesa</u>	pág. 296 (T.I)
69.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 335 (Id.)
70.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 349 (Id.)
71.-	Id. id.	Id. id. id. id.	" 409 (Id.)
72.-	Manuel Azaña	<u>Jorge Borrow y La Biblia en España</u>	" 1090 (T.I)
73.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 1082 (Id.)
74.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 1075 (Id.)
75.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 1074 (Id.)
76.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 1083 (Id.)
77.-	Manuel Azaña	<u>Valera en Italia</u>	" 125
78.-	Id. id.	Id. id. id.	" 126
79.-	Id. id.	Id. id. id.	" 126
80.-	Id. id.	Id. id. id.	" 129
81.-	Id. id.	Id. id. id.	" 161
82.-	Id. id.	Id. id. id.	" 171
83.-	Id. id.	Id. id. id.	" 136
84.-	Id. id.	Id. id. id.	" 140
85.-	Id. id.	Id. id. id.	" 133
86.-	Id. id.	Id. id. id.	" 134
87.-	Id. id.	Id. id. id.	" 131
88.-	Id. id.	Id. id. id.	" 215
89.-	Id. id.	Id. id. id.	" 210
90.-	Id. id.	Id. id. id.	" 207
91.-	Id. id.	Id. id. id.	" 126
92.-	Id. id.	Id. id. id.	" 159
93.-	Pfo Baroja	<u>Juventud, egolatría</u>	" 112
94.-	Manuel Azaña	<u>El jardín de los frailes</u>	" 668 (T.I)
95.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 669 (Id.)
96.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 674 (Id.)
97.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 668 (Id.)
98.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 672 (Id.)
99.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 679 (Id.)
100.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 677 (Id.)
101.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 684 (Id.)
102.-	Id. id.	Id. id. id. id. id.	" 719 (Id.)
103.-	José Gutiérrez Solana	<u>La España negra</u>	" 96

104.-	Manuel	Azaña	<u>Fresdeval</u>				Pág. 874
105.-	Id.	id.	Id.				" 874
106.-	Id.	id.	Id.				" 865
107.-	Id.	id.	Id.				" 833
108.-	Id.	id.	Id.				" 910
109.-	Manuel	Azaña	<u>Cervantes y la invención del Quijote</u>				" 1097 (T.I)
110.-	Id.	id.	Id.	id.	id.	id.	" 1099 (Id.)
111.-	Id.	id.	Id.	id.	id.	id.	" 1107 (Id.)
112.-	Id.	id.	Id.	id.	id.	id.	" 1108 (Id.)
113.-	Id.	id.	Id.	id.	id.	id.	" 1108 (Id.)

OBRAS CONSULTADAS

AZANA DIAZ, Manuel	<u>Obras completas</u>	Ed. Oasis, S. A. México, D. F. 1968
ABELLAN, José Luis	<u>Sociología del 98</u>	Ed. Península. Bar- celona, 1972
ACOSTA MONTORO, José	<u>Periodismo y literatura</u>	Ed. Guadarrama. Ma- drid, 1963
ALBERTI, Rafael	<u>La arboleda perdida</u>	Ed. Seix y Barral. Barcelona, 1976
AZORIN	<u>Clásicos y modernos</u>	Ed. Losada. Buenos Aires, 1943
"	<u>Lecturas españolas</u>	Ed. Espasa Calpe - (Austral) B.Aires, 1938
"	<u>De Granada a Castelar</u>	" " 1944
"	<u>Una hora de España</u>	" " 1948
BAROJA, Pfo	<u>Juventud. egolatrfa</u>	Ed. Losada. Buenos Aires, 1949
CANSINOS ASSENS,	<u>Los temas literarios y su interpretación</u>	V. H. Sanz Calleja. Madrid
CASARES, Julio	<u>Crítica effmera</u>	Ed. Espasa-Calpe. Ma- drid, 1944
CERNUDA, Luis	<u>Poesfa y literatura</u>	Ed. Seix y Barral. Barcelona, 1971
DIAZ PLAJA, Guillermo	<u>La ventana de papel</u>	Ed. Apolo. Barcelona, 1939
" " "	<u>Modernismo frente a 98</u>	Ed. Espasa-Calpe. Ma- drid, 1951
DIEZ CANEDO, Enrique	<u>Conversaciones litera- rias</u>	Ed. J. Mortfa. México, D. F., 1964
ESPINA, Antonio	<u>Ganivet el hombre y la obra</u>	Ed. Espasa-Calpe (Aus- tral). B. Aires, 1942
FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor	<u>Vida y literatura de - Valle Inclán</u>	Ed. Nacional. Madrid, 1943

FERNANDEZ DE LA MORA, Gonzalo	<u>Ortega y el 98</u>	Ed. Rialp. Madrid, 1968
GOMEZ DE BAQUERO, Eduardo	<u>El renacimiento de la novela en el siglo XIX</u>	Ed. Mundo Latino. Madrid, 1924
GOMEZ DE LA SERNA, Ramón	<u>"Azorín"</u>	Ed. Losada. B. Aires, 1942
" " " " "	<u>Retratos contemporáneos escogidos</u>	Ed. Sudamericana. B. Aires, 1968
GUILLEN, Jorge	<u>Obras completas de García Lorca (Prólogo)</u>	Ed. Aguilar. Madrid, 1960
GUTIERREZ SOLANA, José	<u>La España negra</u>	Ed. Taurus. Madrid, 1968
LAIN ENTRALGO, Pedro	<u>La generación del noventa y ocho</u>	Ed. Espasa-Calpe (Austral). B. Aires, 1947
MADARIAGA, Salvador de	<u>De Galdós a García Lorca</u>	Ed. Sudamericana. B. Aires, 1960
MAEZTU, Ramiro de	<u>España y Europa</u>	Ed. Espasa-Calpe (Austral) B. Aires, 1947
MARañON, Gregorio	<u>España fuera de España</u>	Ed. Espasa-Calpe (Austral). B. Aires, 1951
MARIAS, Julián	<u>Los españoles</u>	Ed. Revista de Occidente. Madrid, 1971
MARICHAL, Juan	<u>La vocación de Manuel Azorín</u>	Edicusa. Madrid, 1968
MOLINA, Antonio	<u>La generación del 98</u>	Ed. Labor. Barcelona, 1968
MORENO VILLA, José	<u>Los autores como actores</u>	Fondo de Cultura Económica. México, D.F., 1951
ONRUBIA DE MENDOZA, José	<u>Literatura española</u>	Ed. Labor. Barcelona, 1969
ORTEGA Y GASSET, José	<u>La rebelión de las masas</u>	Ed. E. Calpe (Austral) Madrid, 1961
" " "	<u>La deshumanización del arte</u>	Revista de Occidente. Madrid, 1976

REYES, Alfonso	<u>Tertulia en Madrid</u>	Ed. Espasa-Calpe (Austral). B. Aires, 1950
RIVAS CHERIFF, Cipriano	<u>Retrato de un desconocido</u>	Ed. Oasis. México, D. F., 1961
SAINZ DE ROBLES, Federico	<u>El espíritu y la letra</u>	Ed. Aguilar. Madrid, 1966
SALINAS, Pedro	<u>Literatura española del siglo XX</u>	Ed. Séneca. México, D. F., 1961
TARIN IGLESIAS, José	<u>Panorama del periodismo hispanoamericano</u>	Salvat Ed. (A. E.) Tallera, 1972
VILLANUEVA, Francisco	<u>Azaña; el gobierno</u>	Ed. Moderna. México, D. F.
VILLAUURUTIA, Xavier	<u>Obras</u>	Fondo de Cultura Económica. México, D.F., 1953
VOSSLER, Carlos	<u>Escritores y poetas de España</u>	Ed. Espasa-Calpe (Austral). B. Aires
ZAMORA VICENTE, Alonso	<u>Voz de la letra</u>	Ed. Espasa-Calpe (Austral). Madrid, 1958
ZULUETA, Luis de	<u>La nueva edad heroica</u>	Ed. Sudamericana. B. Aires, 1947
VALBUENA Y PRAT, Angel	<u>Historia de la literatura española</u>	G. Gili. Barcelona, 1946
" " "	<u>Diccionario de la literatura española</u>	Revista de Occidente. Madrid, 1969

HEMEROGRAFIA

CERNUDA, Luis	<u>Juan Ramón Jiménez</u>	El hijo pródigo n:3 Jun. 1943. México, D.F.
DIEZ-CANEDO, Enrique	<u>Rubén Darfo</u>	El hijo pródigo n:9 Dic. 1943. México, D.F.